

SELMA LAGERLÖF

La leyenda de una casa solariega

de



En *La leyenda de una casa solariega*, la premio Nobel sueca Selma Lagerlöf cuenta la historia del estudiante Gunnar Hede, quien, hechizado por la música de su violín y a punto de perder su mansión campestre en Dalecarlia, cae en la locura. La joven Ingrid Berg, rescatada por él de la tumba, aceptará la difícil tarea de curar a Gunnar con su amor inquebrantable y sacrificado. La novela —a la manera de cuento de hadas psicológico— plantea con extraordinaria intensidad el tema de la lucha entre el bien y el mal, sin dejar de ser un estudio de las relaciones personales y de la aceptación de la alteridad y de la diferencia, al tiempo que es una variante de *La Bella y la Bestia*, en la que la atmósfera de fábula se fusiona perfectamente con elementos terrenales y con el retrato humano de los personajes. Selma Lagerlöf, mundialmente famosa por su *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*, muestra un gran conocimiento de la psicología humana en esta novela en la que tanta importancia revisten los temas de la música y del amor, junto con notables pinturas del paisaje y motivos sobrenaturales que el genio de la autora consigue integrar orgánicamente en la narración. Esta historia es una de las obras más redondas, dramáticas y de mayor calidad estética de la más grande autora sueca de todos los tiempos.



Selma Lagerlöf

La leyenda de una casa solariega

ePub r1.0

Titivillus 13-12-2025

I

Era un hermoso día de otoño a finales de la década de 1830. Por aquel entonces había en Uppsala una alta casa amarilla de dos pisos, que se erigía, extrañamente solitaria, en medio de un pequeño y muy apartado prado en las afueras de la ciudad. Era una casa bastante fea e inhóspita, pero la embellecía la frondosa enredadera que reptaba por la parte soleada de la fachada ambarina, tan alto que enmarcaba las tres ventanas del piso superior.

En una habitación al otro lado de una de esas ventanas enmarcadas por la enredadera se hallaba un estudiante desayunando. Era un mozo alto y guapo, de aspecto distinguido. Llevaba el cabello, que se le ondulaba con gracia, peinado hacia atrás, muy retirado de la frente, aunque un mechón le caía continuamente sobre los ojos. Vestía un atuendo cómodo y holgado, pero muy elegante.

La habitación estaba bellamente decorada, con un buen sofá, sillas tapizadas, un amplio escritorio y unas magníficas estanterías en las que, sin embargo, no había apenas libros.

Antes de que se bebiera el café, entró otro estudiante. Era muy distinto a él: bajo y de anchos hombros, robusto, fuerte, feo, de rostro grande, cabello fino y piel tosca.

—Hede —dijo—, he venido a hablar muy seriamente contigo.

—¿Estás en un aprieto?

—¡Oh, no, yo no! —respondió el otro—. Eres más bien tú quien lo está.

Guardó silencio un momento, con los ojos bajos.

—Caramba, qué incómodo es tener que decírtelo —continuó.

—¡Pues entonces no lo digas! —sugirió Hede, a quien tal solemne gravedad le había dado ganas de reír.

—Eso es precisamente lo que ya no puedo hacer, callarme —replicó el visitante—. Debería haber hablado contigo hace mucho tiempo, pero, como comprenderás, me resulta muy difícil. No puedo evitar pensar que estarás diciéndote: «Mira, el Gustav Ålin este, hijo de uno de mis jornaleros, se cree ahora con derecho a leerme la cartilla».

—¡Por Dios, Ålin —contestó Hede—, cómo puedes creer que voy a pensar algo así! Pero si mi abuelo paterno era hijo de un campesino.

—Sí, pero hoy ya nadie se acuerda de eso —dijo Ålin, mientras su figura tosca y pesada adquiría por momentos modales más rústicos, como si eso pudiera ayudarle a superar la vergüenza—. Mira, cuando pienso en la diferencia que hay entre tu familia y la mía, creo que debería callarme; pero cuando recuerdo que fue tu padre quien en su momento me facilitó el acceso a los estudios, entonces veo que debo hablar.

Hede lo contempló con una bella expresión en la mirada.

—Habla pues —le conminó—, y así cesará tu apuro.

—Lo que ocurre —expuso Ålin— es que me he enterado de que no haces nada de nada. Parece que apenas has abierto un libro en los cuatro semestres que llevas matriculado en la universidad. Dicen que no haces más que tocar el violín todo el día; y me lo creo, pues antaño, cuando estabas en la escuela de Falun, tampoco querías hacer ninguna otra cosa; lo que pasa es que allí te obligaban a trabajar.

Hede se enderezó en su silla, algo rígido. A Ålin se le veía cada vez más azorado, pero prosiguió con tenaz resolución:

—Pareces pensar que alguien que tiene en propiedad una finca como la de Munkhyttan debería poder hacer lo que le dé la gana: trabajar, si quiere; o no hacerlo, si no le apetece. Si te licencias, bien; si no te licencias, bien también, ya que en todo caso no quieres ser nada más que terrateniente, y aspiras a vivir en Munkhyttan toda la vida. Te entiendo perfectamente, sé que esas son tus intenciones.

Hede callaba, mientras a Ålin le parecía verlo rodeado de un halo de distinción, el mismo que a los ojos de Ålin siempre acompañó a su padre, el vicepresidente de la Junta de Minas, y a su madre, la vicepresidenta^[1].

—Pero se da la circunstancia —continuó con cautela— de que Munkhyttan ya no es lo que era entonces, cuando la mina de hierro producía. Eso sin duda lo sabía tu padre, y por ello, antes de su muerte, decidió que tú debías estudiar. Tu madre también lo sabe, la pobre, lo sabe todo el pueblo. El único que no sabe nada eres tú, Hede.

—¿Insinúas —preguntó Hede un tanto irritado— que yo no sé que la mina ya no puede explotarse?

—Ah, no —respondió Ålin—, eso lo sabes muy bien, pero de lo que no estás al tanto es de que Munkhyttan no vale nada. ¡Reflexiona y te darás cuenta de que allá, en casa, en Dalecarlia occidental, no es posible vivir de la agricultura! Bueno, no sé por qué tu madre te lo ha ocultado. Pero ella tiene el control de la herencia indivisa, así que no necesita pedirte ningún consejo. No obstante, todo el mundo sabe que su situación es apurada: dicen que anda todo el tiempo pidiendo préstamos. A buen seguro no ha querido preocuparte con sus problemas, y en vez de eso intentará ir tirando hasta que te licencies. No quiere vender la propiedad antes de que hayas acabado y tengas un nuevo hogar.

Hede se levantó y dio una vuelta por la habitación. Finalmente, se detuvo frente a Ålin.

—Pero, amigo mío, estás tratando de meterme en la cabeza un sinfín de tonterías. Si somos ricos...

—Soy perfectamente consciente de que aún gozáis de gran prestigio en nuestra tierra —declaró Ålin—. Pero comprenderás que nada puede durar para siempre, cuando no se deja de gastar sin que haya ningún ingreso. La situación era distinta cuando teníais la mina.

Hede se volvió a sentar.

—Mi madre me habría informado de todo esto. Te estoy agradecido, Ålin, pero creo que te has dejado asustar por los chismes que circulan.

—Bien, ya me figuraba que no tenías ni idea —replicó Ålin con obstinación—. En Munkhyttan tienes a tu madre ahorrando y afanándose para poder enviarte dinero aquí a Uppsala, y para poder recibirte con alegría cuando al final de cada semestre vuelves a casa. Y mientras tanto tú estás aquí ocioso, porque no sabes el peligro que te acecha. Yo ya no puedo soportar más el ver cómo os engañáis el uno a la otra. Tu señora madre cree

que tú estás estudiando, y tú crees que ella es rica. No puedo quedarme mirando cómo arruinas tu futuro sin decirte nada.

Hede se quedó un rato en silencio, sumido en cavilaciones. Luego se levantó y le tendió a Ålin la mano con una triste sonrisa.

—Como comprenderás, sé que dices la verdad, pero no quiero creerte. ¡Gracias!

Ålin le estrechó la mano, radiante de felicidad.

—Entiende, Hede, que nada está perdido, siempre y cuando te pongas a trabajar. Con la cabeza que tienes, serás capaz de licenciarte en siete u ocho semestres.

Hede se puso derecho.

—Tranquilo, Ålin. A partir de ahora me aplicaré.

Ålin se levantó y se dirigió a la puerta, si bien con paso muy vacilante. Antes de haber llegado al umbral, se volvió.

—Querría una cosa más —dijo, mientras de nuevo se turbaba sobremanera—. Querría pedirte que me dejaras el violín, hasta que te pongas al día con tus estudios.

—¿Que te deje el violín?

—Sí, envuélvelo en la funda de seda, mételo en su estuche y permíteme que me lo lleve, pues de lo contrario no vas a ponerte a estudiar. Antes de que haya salido por la puerta, estarás ya tocando. Tienes una adicción tan fuerte que no vas a poder resistir la tentación mientras el violín esté aquí. Una cosa así no puede superarse sin ayuda. Es demasiado poderosa.

Hede, reacio, no se movió.

—Eso es una tontería —dijo.

—No, no es ninguna tontería. Sabes bien que en eso has salido a tu padre, llevas la música en la sangre. Y desde que vives solo aquí en Uppsala, no has hecho más que tocar sin parar. Te has buscado una casa en las afueras precisamente para no molestar a nadie con el violín. Tú solo no podrás controlar el impulso. ¡Déjame que me lo lleve!

—Bueno —repuso Hede—, antes no habría podido controlar el impulso de tocar. Pero ahora se trata de Munkhyttan. Le tengo más amor a mi casa que a mi violín.

Pero Ålin, con tenacidad, siguió pidiéndole que le diera el instrumento.

—¿De que servirá? —arguyó Hede—. Si tengo deseos de tocar, no me hace falta ir muy lejos para pedir prestado otro violín.

—Ya lo sé —contestó Ålin—, pero creo que con otro no será lo mismo. Es este viejo violín italiano el que entraña para ti el mayor peligro. Y, además, pensaba sugerirte que te encierres unos cuantos días al principio, hasta que cojas el ritmo.

Continuó rogando y suplicando, pero Hede se mantenía en sus trece. No quería someterse a algo tan ridículo como un arresto domiciliario. Ålin se puso rojo como la grana.

—Me llevo el violín conmigo —insistió, acalorado e impaciente—. De lo contrario, todo esto no habrá servido para nada. No pensaba hablar del tema, pero ocurre que no se trata solo de Munkhyttan. La primavera pasada, en el baile de fin de semestre, conocí a una chica que, según decían, era tu prometida. Bueno, yo no suelo bailar, pero me encantó verla deslizarse al ritmo de la música, radiante y luminosa como una flor de la pradera. Y cuando me enteré de que era tu novia, sentí lástima por ella.

—¿Sentiste lástima?

—Oh, sí, pues yo sabía que, si continuabas así, no ibas a llegar a nada en la vida. De modo que me juré que esa muchacha no estaría eternamente a la expectativa de algo que nunca iba a suceder, no se ajaría ni se marchitaría esperándote. No quiero encontrármela dentro de unos años con el rostro tenso y un profundo rictus en torno a la boca...

Se interrumpió. La mirada de Hede se hallaba posada en él, muy inquisitiva.

Gunnar Hede se había percatado de que a Ålin le gustaba su prometida. Le conmovió profundamente que este quisiera salvarle a él en esas circunstancias, y bajo el efecto de ese sentimiento, cedió y consintió en darle el violín.

Una vez que Ålin se hubo marchado, Hede se puso a estudiar como un loco, pero, al cabo de una hora, soltó el libro.

¡Como si estudiar valiese la pena! No acabaría antes de tres o cuatro años, y ¿quién podía asegurar que mientras tanto la finca no sería vendida?

Casi con espanto, se dio cuenta de lo mucho que amaba aquel viejo lugar. Era un auténtico hechizo. Veía ante sí todas sus estancias, todos sus

árboles. Si se quedaba sin esas cosas, no sería feliz. ¡Y ahora se le escapaban, mientras se veía obligado a recluirse con sus libros!

Su preocupación crecía, y sentía cómo la sangre se le agolpaba en las sienes como si tuviese fiebre. Y su inquietud se trocó en desesperación al no poder agarrar el violín y tocar para calmarse.

—Dios mío —dijo—, este Ålin va a acabar por volverme loco. ¡Primero me viene con semejantes noticias, y luego me arrebató el violín! Alguien como yo necesita sentir un arco entre los dedos, tanto en la alegría como en la pena. Tengo que hacer algo, tengo que conseguir dinero, pero no se me ocurre qué ni cómo. No puedo pensar sin el violín.

Le desquiciaba el hecho de estar prisionero, atado a sus libros. Era una locura ponerse a estudiar durante tanto tiempo para conseguir una licenciatura cuando lo que necesitaba era dinero, dinero, dinero...

No toleraba la idea de hallarse encerrado. Sentía tanta ira hacia Ålin, por ser el artífice de ese despropósito, que temía llegar a ser capaz de pegarle, en caso de que regresara.

¡Pues claro que se habría aferrado al violín, si lo hubiera tenido consigo! Pero es que eso era lo que necesitaba. El desasosiego le hacía hervir la sangre de tal forma que estaba a punto de volverse loco.

Justo en el momento en que Hede añoraba su violín más que nunca, llegó un músico ambulante que se puso a tocar en el patio. Se trataba de un anciano ciego que desafinaba y tocaba sin sentimiento, pero a Hede le emocionó tanto oír un violín justo entonces que aguzó el oído mientras cruzaba las manos y las lágrimas le brotaban de los ojos.

Y un instante después, abrió de golpe la ventana y, agarrándose a la enredadera, se deslizó hacia el suelo. No sintió remordimiento alguno por abandonar el estudio. Estaba convencido de que aquel violín había llegado a su patio solo para consolarle en su desgracia.

Hede, por supuesto, no había nunca solicitado nada de manera tan sumisa como entonces, cuando le tocó rogar al viejo ciego que le prestara su violín. Le suplicó con la gorra en la mano, aunque el hombre no veía tres en un burro. Este no parecía comprender lo que se le pedía, así que Hede se volvió hacia la niña que le hacía de lazarillo e, inclinándose ante la pobre chiquilla, repitió su ruego. Ella le miró de la manera en que lo hacen

aquellos que han de tener ojos para dos. Su mirada le brotó tan firme de las grandes pupilas grises que a Hede le pareció sentir cómo se posaba en su cuello para apreciar su recién almidonado encaje; luego en su torso, para admirar su bien cepillado gabán; y finalmente en sus pies, para contemplar sus relucientes botas.

A Hede nunca le habían pasado revista de esa forma, y vio claramente que esos ojos iban a emitir un juicio desaprobatorio.

Pero no fue así. La muchacha tenía una sonrisa peculiar. Su rostro mostraba una expresión tan seria que, cuando sonreía un poco, daba la sensación de que era la primera y última vez que adquiriría un aspecto medianamente alegre. Y en ese momento sus labios esbozaron una de aquellas escasas sonrisas.

Cogió el violín de manos del viejo y se lo alargó a Hede.

—Toca el vals de *El cazador furtivo*^[2] —exigió.

A Hede le pareció extraño que le pidieran que tocara un vals en ese momento, pero le daba igual tocar una cosa u otra, con tal de tener un arco en la mano.

Era justo lo que le hacía falta: el violín de inmediato comenzó a ejercer su efecto lenitivo, hablándole con sus notas débiles y chirriantes. «No soy más que el violín de un pobre —decía—, pero, tal como soy, sirvo de consuelo y de ayuda a un miserable ciego. Para él, constituyo la luz, el color y la claridad. Soy yo quien alivia su pobreza, su vejez y su ceguera».

Hede sintió cómo el horrible desánimo que le había hecho perder la esperanza empezaba a alejarse de él. «Eres joven y fuerte —proseguía el violín—, capaz de luchar y pelear. Puedes retener aquello que quiere escaparse. ¿Por qué te muestras tan afligido y desalentado?».

Hede al principio tocaba con los ojos bajos, pero luego alzó la cabeza para contemplar a los que le rodeaban. En el patio se había formado un pequeño grupo de niños y transeúntes que habían acudido a escuchar la música.

Aunque no solo habían venido por la música: el ciego y la niña lazarillo no constituían toda la tropa. Frente a Hede, se hallaba un personaje en leotardos y lentejuelas, que tenía los desnudos brazos cruzados sobre el pecho. Tenía aspecto viejo y cansado, pero Hede no pudo evitar pensar que

era un tipo enorme, con su ancho pecho y sus largos bigotes. Y al lado estaba su mujer, pequeña y regordeta y ya tampoco muy joven, pero radiante de felicidad, con sus lentejuelas y su falda de gasa meciéndose al viento.

Durante los primeros compases de la música permanecieron inmóviles, contando los tiempos. Al poco, se les formó una pequeña sonrisa en el rostro, se cogieron de la mano y, bailando, se colocaron sobre una pequeña alfombra de retales.

Hede reparó en que, durante todos los números acrobáticos que a continuación ejecutaron, la mujer se quedaba casi del todo quieta, mientras el hombre, solo, llevaba a cabo los ejercicios: saltaba por encima de ella, hacía la rueda a su alrededor y daba volteretas sobre su cabeza. La mujer prácticamente no hacía otra cosa que tirar besos al público.

Pero la verdad es que Hede no les hacía mucho caso. El arco había comenzado a volar sobre las cuerdas, al tiempo que le recordaba la felicidad que proporcionan la lucha y la conquista. Casi parecía congratularle a él por estar en una situación tan delicada. Así que Hede seguía tocando, con creciente valor y esperanza, sin pensar en los viejos acróbatas.

Pero, de pronto, notó la inquietud de estos, que dejaron de sonreír y de lanzar besos al público. El hombre dio un mal salto, y la mujer comenzó a mecerse al compás de la música.

Hede tocaba cada vez con mayor ardor. Terminó *El cazador furtivo* y acometió una antigua melodía característica de un fauno de los torrentes^[3], que solía volver loco a todo el mundo cuando se tocaba en una fiesta campestre. Los viejos acróbatas, mudos de asombro, perdieron por completo la compostura. Hasta que llegó un momento en que ya no pudieron resistirse. Cogidos del brazo, dieron un paso adelante y se pusieron a bailar el vals sobre la polícroma alfombra.

¡Y bailaron sin parar! Con pasitos cortos, dando pequeñas y cerradas vueltas, sin salirse de la alfombra. Sus rostros resplandecían de alegría y entusiasmo, invadidos de felicidad juvenil y arrebató amoroso.

La multitud se regocijó al verlos bailar. El semblante de la pequeña y adusta lazarillo se iluminó con una gran sonrisa, y Hede experimentó una gran excitación.

He aquí lo que su violín era capaz de conseguir: ¡enardecer a la gente! Tenía en sus manos un gran poder. Podía tomar posesión de su reino en cualquier momento. Bastarían dos años de estudio en el extranjero con un gran maestro, y después podría dar la vuelta al mundo y, con su música, ganar dinero, gloria, fama.

Hede pensó entonces que los acróbatas habían acudido allí para decirle eso, para indicarle cuál era su camino: un camino que se abría ante él, amplio y luminoso. Se dijo a sí mismo: «Eso es lo que quiero, quiero ser músico, tengo que serlo. Será mucho mejor que estudiar. Soy capaz de hechizar a la gente con mi violín, puedo hacerme rico».

Hede dejó de tocar. Los acróbatas se acercaron de inmediato a felicitarle. El hombre le dijo que su nombre era Blomgren: ese era su nombre civil, pues como nombre artístico usaba otro. Él y su esposa eran veteranos del circo. La señora Blomgren había sido antes la señorita Viola, que volaba a lomos de un caballo. Y aún hoy, a pesar de que habían dejado el circo, eran artistas, artistas apasionados. Él ya había tenido la oportunidad de comprobarlo: por eso no habían podido resistirse a su música.

Hede los acompañó durante un par de horas. No podía separarse del violín, y, además, le gustaba el entusiasmo de los viejos artistas hacia su profesión. De paso se probaba a sí mismo. «Quiero ver si tengo la vena artística, quiero ver si puedo provocar emoción, quiero ver si puedo arrastrar a los niños y a los holgazanes de acá para allá».

Para su peregrinación, el señor Blomgren se echó a los hombros un gabán viejo y raído, mientras que la señora Blomgren se cubría con una capa marrón de corte redondo, y, así guarnecidos, caminaron al lado de Hede, charlando.

El señor Blomgren no quería hablar de toda la gloria que él y la señora Blomgren habían cosechado en la época en que trabajaban para un circo de verdad. Pero el director había despedido a la señora Blomgren, bajo el pretexto de que había engordado mucho. El señor Blomgren no había sido despedido, pero había presentado su dimisión. Nadie confiaría en él si se quedaba al servicio de un director que había despedido a su esposa.

La señora Blomgren amaba su oficio, y por ella el señor Blomgren había decidido convertirse en un artista independiente, para que ella pudiera continuar actuando. En invierno, cuando hacía demasiado frío para dar espectáculos en la calle, se prodigaban en tiendas de campaña. Tenían un repertorio muy rico, con pantomimas, números de magia y juegos malabares.

El circo, no el arte, los había echado, decía el señor Blomgren. Así que ellos servían al arte, valía la pena serle fiel hasta la muerte. ¡Siempre, siempre serían artistas! Eso pensaba el señor Blomgren, y la señora Blomgren estaba completamente de acuerdo.

Hede escuchaba sin decir nada. Sus pensamientos andaban errantes, inquietos, de proyecto en proyecto. A veces a uno le ocurren cosas que constituyen símbolos, signos que hay que descifrar. Lo que le estaba ocurriendo ahora tenía un sentido. Si era capaz de desentrañarlo correctamente, podría tomar una decisión sabia.

El señor Blomgren pidió entonces al estudiante que prestara un poco de atención a la pequeña lazarillo. ¿Había visto sus ojos? ¿No le parecía a él que esos ojos tenían que significar algo? ¿Podía alguien tener esos ojos sin estar destinado a algo grande?

Hede se volvió a mirar a la pálida muchachita. Efectivamente, sus ojos eran como estrellas en unas tristes y un tanto demacradas facciones.

—Nuestro Señor sabe siempre lo que hace —dijo la señora Blomgren—, y hasta creo que tiene un sentido hacer que un artista como el señor Blomgren actúe en la calle. Pero ¿en qué pensaba cuando le dio a esta niña esos ojos y esa sonrisa?

—Le diré algo —añadió el señor Blomgren—. No tiene la menor disposición artística. ¡Con esos ojos!

Hede comenzó a sospechar que no le hablaban a él, sino que el discurso iba dirigido a la niña, que iba detrás de ellos y podía oír todo lo que decían.

—No tiene más que trece años y, por tanto, no es en absoluto vieja para aprender, pero es imposible, imposible, carece por completo de talento. Enséñele a coser, señor estudiante, si no quiere perder el tiempo, ¡pero no intente enseñarle a hacer el pino!

—Esa sonrisa vuelve a la gente loca —continuó el señor Blomgren—. Solo por esa sonrisa recibe la chica ofertas constantes de familias que desean adoptarla. Podría crecer en una casa rica, si quisiera abandonar a su abuelo. Pero ¿para qué tener una sonrisa que vuelve a la gente loca si nunca va a querer subirse a un caballo o a un trapecio?

—Conocemos a otros artistas —expuso la señora Blomgren— que recogen a niños de la calle para enseñarles el oficio, cuando ellos mismos ya no están en condiciones de actuar. Más de uno ha logrado crear una estrella y hacerle ganar una enorme cantidad de dinero. Pero el señor Blomgren y yo nunca hemos pensado en el beneficio económico, solo soñamos con ver a Ingrid volar a través de un aro, mientras el circo entero se deshace en aplausos. Sería como empezar una nueva vida.

—¿Por qué conservamos a su abuelo? —se preguntó el señor Blomgren—. ¿Es un artista digno de nosotros? Podríamos tener a un ex miembro de una gran orquesta. Pero adoramos a la muchacha, no podríamos deshacernos de ella, y por ella conservamos al viejo.

—¿No es cruel por su parte que no nos permita convertirla en una gran artista? —concluyeron ambos.

Hede miró a su alrededor. La pequeña lazarillo caminaba junto a ellos con un gesto de resignado sufrimiento estampado en el rostro. Al verla, comprendió que estaba convencida de que alguien que no supiera bailar en la cuerda floja era una criatura inútil y despreciable.

Justo en ese momento entraban en otra finca, pero, antes de comenzar a actuar, Hede se subió a una carretilla puesta boca abajo y echó un pequeño sermón.

En él defendió a la pobre lazarillo. Reprochó al señor y a la señora Blomgren el querer entregarla al público, inmenso y cruel, que la amaría y aplaudiría durante un tiempo, para después, al estar ella ya vieja y agotada, dejarla arrastrarse por las calles bajo la lluvia de otoño y el frío de invierno. No, el verdadero artista es el que hace feliz a sus congéneres. Ella, Ingrid, guardaría sus ojos y su sonrisa para una única persona, una persona que jamás la abandonaría mientras viviese, sino que le ofrecería un hogar protector.

Las lágrimas se agolparon a los ojos de Hede mientras decía estas palabras. Hablaba más para sí mismo que para los demás, pues de pronto le invadió un repentino terror ante la idea de lanzarse al mundo, separándose de la tranquila vida hogareña.

Entonces, vio cómo los grandes ojos de estrella de la pequeña comenzaban a brillar. Era como si hubiera entendido todo lo que había dicho. Era como si de nuevo se atreviera a vivir.

Pero el señor Blomgren y su esposa se habían puesto muy serios. Estrecharon la mano de Hede, prometiéndole que nunca volverían a intentar empujar a la niña a la carrera artística. Ella escogería su propio camino. El discurso los había emocionado. Como artistas que eran, apasionados artistas, entendían lo que quería decir cuando hablaba de lealtad y amor.

Después de eso, Hede se separó de ellos y regresó a casa. Ya no deseaba encontrar algún significado secreto a esa aventura. Después de todo, lo único que había hecho era intentar evitar que la pobre niña muriera de pena a causa de la ineptitud que le reprochaban.

II

Munkhyttan, la finca de Gunnar Hede, estaba situada en un pobre y remoto municipio boscoso, en Dalecarlia occidental. Era un vasto paraje desierto, de naturaleza árida y montaraz: la zona se hallaba ocupada en su mayor parte por arboladas colinas pedregosas y por pequeños estanques. Los lugareños no habrían sido capaces de procurarse el sustento si no se les hubiera concedido la libertad de practicar la venta ambulante por todo el país. Y así la miserable comarca abundaba en leyendas que referían cómo pobres mozos de labranza o muchachas campesinas habían emprendido el camino con un hatillo al hombro y habían regresado en carruajes de oro, con los baúles llenos de dinero.

Una de las leyendas más apreciadas era la relativa al abuelo de Hede. Hijo de un músico pobre, había crecido con el violín en la mano, hasta que, a los diecisiete años, salió del pueblo con el saco a la espalda. Pero el violín le acompañó a todas partes, como apoyo a su actividad comercial, así que, tan pronto vendía a la gente pañuelos de seda, peines y broches, como les hacía ponerse a bailar. Todo su comercio se desarrollaba al son de chistes y música, y le fue tan bien que finalmente pudo comprar Munkhyttan, con su mina y su horno de fundición, al arruinado patrono que a la sazón era su propietario. De esta forma, se había convertido en un señor, y la hermosa hija del patrono se casó con él.

A partir de entonces, la vieja familia, como vino a ser llamada, no pensó más que en decorar y embellecer su propiedad. Fueron ellos quienes trasladaron la casa principal a la hermosa isla cerca de la orilla del lago, el pequeño lago en torno al cual se extendían sus tierras y sus campos mineros. Ellos fueron quienes le añadieron un piso alto, pues gustaban de

tener espacio para recibir a mucha gente, así como también agregaron las dos amplias escaleras exteriores. Replantaron toda la isla, cubierta de pinos, con árboles de hoja caduca, trazaron estrechas y serpenteantes veredas en el rocoso suelo e hicieron construir pequeños pabellones miradores que colgaban sobre el lago cual grandes nidos de pájaros. Las lindas rosas francesas que bordeaban la terraza, los muebles holandeses, el violín italiano: todo lo adquirieron para la finca. Asimismo hicieron levantar un muro para resguardar el huerto de los vientos del norte, e instalaron un invernadero.

La vieja familia había sido gente alegre y afectuosa, a la antigua usanza. Es verdad que la señora había querido darse un poco de pisto, pero el señor jamás lo hizo. En medio de toda la pompa y boato en que vivían, quiso siempre recordar sus orígenes, y en la oficina donde despachaba sus negocios y recibía a todo el mundo, el hatillo y el violín rojo de fabricación casera colgaban por encima del escritorio del anciano.

Incluso después de su muerte, el hatillo y el violín siguieron colgando de la misma pared. Y cada vez que los contemplaban, los corazones de su hijo y de su nieto se llenaban de gratitud. A esas pobres herramientas se debía la creación de Munkhyttan, y Munkhyttan era lo mejor del mundo.

Sea por la razón que fuera —probablemente porque el lugar incitaba a llevar en él una existencia grata, afable y libre de preocupaciones—, los Hede tenían a su finca un apego demasiado fuerte. En particular Gunnar Hede profesaba una devoción tan grande por aquella casa que se decía que resultaba incorrecto afirmar que él era dueño de una propiedad. Más bien lo que ocurría es que ese viejo lugar de Dalecarlia occidental era dueño de Gunnar Hede.

Si esa grande y vieja casa solariega, expuesta a los vientos, dotada de unas pocas hectáreas de campo y bosques y de algunos manzanos silvestres, no lo hubiera esclavizado, seguramente habría continuado sus estudios o, aún mejor, habría profundizado en el arte de la música, que parecía ser su auténtica vocación. Pero ahora, al regresar desde Uppsala a casa y comprobar que en efecto la finca se vendería si él no reunía de inmediato una considerable suma de dinero, echó por la borda todos sus planes y resolvió convertirse en vendedor ambulante, a semejanza de su abuelo.

Su madre y su novia le rogaron que no lo hiciera, intentando persuadirle de que era mejor vender la finca que sacrificarse así por ellas, pero él se mostró inflexible. Se puso un atuendo de campesino, compró mercancía y comenzó a deambular por el país haciendo de comerciante. Creía que solo con trabajar así un par de años ganaría lo suficiente para pagar las deudas y salvar la propiedad.

Su empresa tuvo efectivamente éxito en lo tocante a la finca. Pero, al mismo tiempo, atrajo una terrible desgracia sobre su persona.

Cuando llevaba alrededor de un año yendo y viniendo con el saco auestas, se le ocurrió una idea para ganar de golpe mucho dinero. Viajó al extremo norte del país y compró un gran rebaño de cabras, unas doscientas. Junto con un amigo, iba a llevarlas a un gran mercado de Värmland, pues allí las cabras costaban el doble que en las regiones del norte. Si conseguía venderlas todas, haría por tanto un magnífico negocio.

Corría aún el mes de noviembre, de manera que aún no había empezado a nevar cuando Hede y su colega se pusieron en marcha con el rebaño. El primer día todo les fue bien, pero el segundo, cuando llegaron al enorme bosque, comenzó a caer una gran nevada, una fuerte tormenta con intensa ventisca. Enseguida a los animales se les hizo muy difícil avanzar a través de la nieve. Las cabras son bestias tan valientes como sufridas, y lucharon bastante tiempo por abrirse paso, pero la tormenta, acompañada de un frío terrible, duró un par de días con sus noches.

Hede hizo todo lo posible para salvar a los animales. Pero desde que comenzó la nevada, no había podido hacerse con alimentos o agua para ellos. Y como estuvieron todo un día andando a través de una espesa capa de nieve, se les despellejaron las patas, lo que las hizo sufrir tanto que se negaron a seguir. Él cogió a hombros a la primera cabra que se dejó caer a orillas del camino sin querer levantarse para seguir al rebaño. Pero, cuando una segunda e incluso una tercera hicieron lo mismo, al no ser capaz de levantarlas a todas, no tuvo más remedio que mirar para otro lado y continuar la marcha.

Quizá sepáis lo que son esos inmensos parajes boscosos. Millas y millas sin una sola finca y sin ni siquiera una cabaña, solo bosque, un bosque de altos pinos de dura corteza y elevadas ramas, no arbustos de corteza blanda

y ramaje tierno, que los animales pueden comer. Si no hubiera nevado, habrían atravesado el lugar en un par de días, pero ahora no podían salir de él. Todas las cabras perecieron, y los dos hombres asimismo estuvieron a punto de quedarse allí. No encontraron ni un alma en todo el camino. Nadie acudió a socorrerles.

Hede trató de retirar la nieve, para que las cabras pudieran comer el musgo de debajo, pero la nieve arreciaba y el musgo se congelaba. Y de todos modos, ¿cómo conseguir alimento de esa forma para doscientos animales?

Lo llevó, sin embargo, con valentía hasta que las cabras empezaron a gemir. El primer día se mostraron animadas, alegres y muy revoltosas, y a Hede le costó lograr que todas siguieran al rebaño y no se matasen a cornadas. Pero, cuando parecieron entender que estaban perdidas, su carácter cambió y cundió entre ellas el desánimo. Todas empezaron a balar y a quejarse, no con el balido débil y suave habitual de las cabras, sino muy fuerte, cada vez más alto, conforme su agonía iba en aumento. Y al oír los balidos, Hede creyó volverse loco.

En medio de ese bosque salvaje y deshabitado, no había socorro posible. Los animales fueron cayendo, uno tras otro, al borde del camino. La nieve se arremolinaba a su alrededor, cubriéndolos. Cuando Hede se volvió a mirar esa fila de montículos blancos, bajo los cuales se escondía el cuerpo de un animal, con los cuernos y pezuñas sobresaliendo, sintió casi desvanecerse.

Corrió hacia los animales que se iban dejando cubrir por la nieve y, blandiendo su vara, se puso a azotarlos: era la única manera de salvarlos. Pero no se movían. Los cogió por los cuernos y los arrastró hacia adelante. Aunque se dejaron arrastrar, no dieron un paso por sí solos. Luego, al soltar él los cuernos, le lamían las manos como para pedirle ayuda. Le lamían las manos tan pronto como se les acercaba.

Para Hede fue una experiencia tan terrible que le pareció estar a punto de perder el juicio.

Sin embargo, las cosas no le habrían ido tan mal si, una vez pasado el episodio del bosque, no hubiera ido a visitar a alguien que le era muy querido. No se trataba de su madre, sino de su novia. Le pareció que debía

partir enseguida para informarla de que las pérdidas habían sido tan grandes que la boda tendría que ser aplazada muchos años. Así que, sin dudarlo, se puso en camino, solo para oírle decir cuánto lo seguía queriendo, a pesar de su desgracia. Creía que ella sería capaz de borrarle el recuerdo del desastre acaecido en el bosque.

Y quizá habría podido en efecto hacerlo, pero no fue esta su voluntad. Ya estaba descontenta por el hecho de que él anduviera por ahí con un hatillo al hombro y pinta de aldeano. Eso era algo que a sus ojos le hacía menos grato que antes. Ahora, cuando le comunicó que pensaba continuar así durante muchos años, ella le respondió que no podía seguir esperándole. Entonces Hede sí que perdió la razón casi por completo.

Pero no enloqueció del todo. Conservó la cordura suficiente para seguir con su quehacer comercial. Hizo incluso mejores negocios que otros, pues como a la gente le divertía reírse de él, era siempre bienvenido en las granjas de campesinos. No paraban de tomarle el pelo, pero esto en cierta forma le convenía, dado que lo único que quería era hacerse rico.

Y así, en unos pocos años, ganó lo bastante como para saldar todas sus deudas y poder vivir libre de preocupaciones en su heredad. Pero de ello él no se daba cuenta, y continuó yendo de granja en granja, trastornado y haciendo el ridículo, habiendo olvidado por completo que era un señor.

III

Råglanda era el nombre de una parroquia pequeña y muy apartada en el este de Värmland, muy cerca de la frontera con Dalecarlia, donde el párroco poseía una gran rectoría, mientras que la vivienda del capellán era muy pequeña y pobre. Pero, a pesar de su pobreza, los moradores de esta última casita habían sido tan misericordiosos como para adoptar una niña, que se llamaba Ingrid y que había llegado a la casa con trece años.

El capellán la había visto en un mercado, sentada llorando frente a la tienda de los funambulistas. Se había detenido a preguntarle por qué lloraba, y ella le había respondido que su abuelo ciego había muerto y que ya no le quedaban parientes en el mundo. Ahora acompañaba a una pareja de acróbatas, que la trataban bien, pero estaba llorando porque era tan torpe que nunca aprendería a bailar en la cuerda floja, ayudándoles así a ganarse la vida.

Había algo muy tierno y triste en aquella muchachita que conmovió profundamente al cura. A su pesar, se dijo que no podía dejar a la pequeña criatura perderse entre aquellos vagabundos, así que entró en la tienda a hablar con el señor y la señora Blomgren, y se ofreció a llevarse a la niña. Los viejos acróbatas se echaron a llorar y le dijeron que, aunque la chica carecía de talento para el arte, les gustaría quedarse con ella. Pero pensaban que sería más feliz en una casa de verdad, con una familia que viviera en el mismo lugar todo el año, y por ello se la entregarían al capellán con la única condición de que les prometiera tratarla igual que a sus propios hijos.

El capellán así lo prometió, y la niña se fue a vivir a su casa. Era una muchacha apacible y dulce, llena de cariño y de tiernas atenciones para cuantos la rodeaban. Sus padres adoptivos al principio la querían mucho,

pero, cuando fue creciendo, desarrolló una irresistible inclinación a los sueños y a las fantasías. El reino de las visiones y de la imaginación se abrió ante ella con un violento atractivo, y era capaz de dejar su labor en pleno día para sumergirse en una ensoñación. A la esposa del pastor, la cual era una persona enérgica que trabajaba duro, eso no le gustaba nada, y se quejaba de que la chica era lenta y perezosa, de modo que la atormentaba con una severidad que asustaba a la pequeña y la hacía sentirse desgraciada.

No bien cumplió los diecinueve años, cayó gravemente enferma. Nadie sabía muy bien qué era lo que tenía, pues ello ocurrió en aquella época remota en que no había médico en Råglanda. Pero la chica se encontraba muy mal, y pronto quedó claro que sus dolencias la llevarían a la muerte.

Por su parte, ella no hacía más que rogar a Dios que no la obligara a seguir con vida. Tenía unas enormes ganas de morir, declaraba.

Entonces fue como si nuestro Señor quisiera comprobar si hablaba en serio. Una noche, ella sintió todo su cuerpo rígido y frío y cayó en un profundo sopor. «Sin duda, esto debe de ser la muerte», se dijo para sus adentros.

Pero lo curioso era que no perdió por completo la conciencia. Sabía que parecía estar muerta, sabía que la iban a amortajar y a meter en un ataúd. Pero no experimentaba temor ni angustia ante el hecho de ser enterrada viva. Lo único que sentía era felicidad por ir al encuentro de la muerte y abandonar la dura existencia terrenal.

En cambio, la inquietaba que descubrieran que no estaba sino en estado letárgico y que entonces no la enterraran. La vida ciertamente debía de serle muy amarga, ya que no albergaba ni rastro de terror a la muerte.

Pero nadie se dio cuenta de que aún vivía. Así que la condujeron al cementerio de la iglesia y la depositaron en la tumba.

Sin embargo, no llenaron la fosa de tierra, pues, como es costumbre en Råglanda, el enterramiento se produjo la mañana del domingo antes de la misa. De modo que la comitiva entró en la iglesia después del funeral, dejando el féretro en la tumba abierta. Tan pronto como el servicio terminara, volverían a ayudar al sepulturero a arrojar tierra en el hoyo.

La muchacha era consciente de todo lo que estaba pasando, pero no sentía miedo alguno. No habría podido hacer ningún movimiento para

mostrar que seguía con vida aunque hubiera querido, pero incluso si hubiera sido capaz de moverse, habría permanecido inmóvil. Rebosaba alegría por estar aparentemente muerta.

La verdad es que tampoco se podía afirmar que aún viviera. Había perdido los sentidos y la conciencia: solo esa parte del alma que sueña por la noche vivía en ella.

Ni siquiera era capaz de representarse lo terrible de su situación si llegaba a despertarse una vez cerrada la tumba. No razonaba más de lo que se razona en sueños.

«Me pregunto —pensaba— si hay algo en el ancho mundo que me pueda despertar las ganas de vivir».

Y al pensar esto, le pareció que la tapa del ataúd y la mortaja que cubría su rostro se volvían transparentes, haciéndole ver ante sí riquezas y bonitas ropas, y hermosos jardines con exquisitas frutas.

«No, nada de eso me importa», se dijo, mientras cerraba los ojos a todos aquellos esplendores.

Cuando los abrió de nuevo, habían desaparecido, pero en su lugar vio, con toda claridad y nitidez, a un ángel de nuestro Señor sentado al borde de la tumba.

—¡Buenos días, angelito del Señor! —le saludó.

—¡Buenos días, Ingrid! —respondió el ángel—. Mientras yaces aquí sin tener nada que hacer, te hablaré de los viejos tiempos.

Ingrid oía claramente todo lo que el ángel decía, pero su voz no se asemejaba a nada que hubiera oído antes. Era una especie de música de cuerda, cuyas notas fueran palabras. No se parecía a una canción, sino a la melodía tocada por un arpa o un violín.

—Ingrid —dijo el ángel—, ¿te acuerdas de que, cuando tu abuelo aún vivía, un día conociste a un joven estudiante que te acompañó durante todo un día de casa en casa tocando el violín de tu abuelo?

El rostro de la joven letárgica se iluminó con una sonrisa.

—¿Crees que me he olvidado? —replicó—. Desde entonces no he pasado un solo día sin pensar en él.

—¿Ni una noche sin soñar con él?

—No, ni una noche sin soñar con él.

—Y quieres morir a pesar de tenerle en tu recuerdo —repuso el ángel—. Si mueres, no le volverás a ver.

Al oírle decir esto, la joven creyó percibir toda la dulzura inherente al amor, pero ni siquiera ello fue capaz de tentarla.

—No, no —insistió—, tengo miedo de la vida, prefiero morir.

En ese momento, el ángel hizo un gesto con la mano, e Ingrid vio ante sí un vasto y árido desierto de arena, yermo y sin árboles, seco y ardiente, que se extendía hasta el infinito. La arena estaba salpicada de algo que a primera vista parecían riscos dispersos, pero que, al mirarlo mejor, eran animales, enormes monstruos vivientes dotados de poderosas garras y de grandes fauces llenas de colmillos, monstruos que estaban al acecho de una presa. Y entre esas horribles bestias se veía al estudiante abrirse paso, despreocupado, sin imaginar que las figuras que le rodeaban eran seres vivos.

—¡Pero avísale, avísale! —gritó Ingrid al ángel, llena de una indecible angustia—. ¡Dile que son bestias vivas, que tenga cuidado!

—A mí no me está permitido hablar con él —dijo el ángel con su voz melodiosa—, eres tú quien ha de advertirle de eso.

La muchacha sintió con desesperación cómo el letargo la paralizaba de tal modo que no podía lanzarse a socorrer al estudiante. Hizo varios movimientos infructuosos por moverse, uno tras otro, pero la poderosa mano de la muerte la atenazaba. ¡Pero por fin...! ¡Por fin notó cómo su corazón empezaba a latir, cómo la sangre volvía a correr por sus venas, cómo la rigidez del cuerpo se disipaba! Se levantó y corrió a su encuentro...

IV

Nada hay más cierto que este hecho: el sol adora las plazas abiertas frente a las pequeñas iglesias aldeanas. ¿No se ha dado nadie cuenta de que nunca luce tanto como durante la misa que se celebra en un pequeño santuario encalado? En ninguna otra parte tejen los rayos una malla de luz tan densa, en ninguna otra parte se aplaca el viento con calma tan respetuosa. El sol está ahí para hacer guardia y cuidar de que nadie se pare a la puerta a charlar. Quiere que entren todos diligentemente a escuchar el sermón, y por ello emite una gran cantidad de rayos que caen justo a la entrada del lugar sagrado.

Bueno, tal vez sería aventurado afirmar que todos los domingos el sol hace guardia a la puerta de las pequeñas iglesias, pero lo que sí es seguro es que la mañana en que la joven aparentemente muerta fue depositada en el cementerio de Råglanda, el astro derramaba un calor ardiente sobre la plazuela del diminuto templo. Los propios guijarros parecían estar a punto de inflamarse, de tanto que relucían en el sendero. La hierba, corta y pisoteada, se retorció como trocándose en musgo seco, mientras que las florecillas amarillas de achicoria que adornaban el césped se abrían y ensanchaban sobre sus largos tallos, hasta hacerse tan grandes como reinas margaritas.

Llegó entonces un muchacho de Dalecarlia, uno de esos que deambulan vendiendo cuchillos y tijeras. Vestía una larga y blanca pelliza de piel de cabra y al hombro portaba un gran saco negro de cuero. Con dicho atuendo había caminado durante varias horas sin sentir ningún calor, pero, cuando se desvió del camino para entrar en la plazuela de la iglesia, no pasó ni un

minuto hasta que se vio obligado a detenerse y a quitarse el sombrero para enjugarse el sudor de la frente.

Al estar ahí parado con la cabeza descubierta, se le veía hermoso e inteligente. Tenía la frente alta y amplia, con una profunda arruga en el ceño causada por las reflexiones, y una boca bien formada de labios finos. El cabello, peinado con raya en medio y cortado en redondo sobre la nuca, le caía sobre las orejas y se le rizaba un poco en las puntas. Era alto y de complexión fuerte, aunque no grueso, sino robusto. El único defecto que tenía era su mirada vaga, de pupilas huidizas y que parecían querer esconderse en el ángulo de los ojos. Alrededor de la boca mostraba un rictus como convulso y desencajado, que le proporcionaba un aire ridículo y lánguido, en absoluto acorde con la belleza del rostro.

Lo cierto es que no podía estar muy cuerdo, yendo por ahí con el saco auestas un domingo. Si hubiera estado del todo en sus cabales, habría sabido que ello era inútil, ya que no iba a vender nada. De todos los demás vendedores ambulantes de Dalecarlia que recorren el país, ninguno se encorva bajo el hatillo los domingos, sino que todos iban, derechos y sin nada encima, a la casa de Dios, como las demás personas.

El pobre hombre no parecía enterado de que era día festivo, hasta que, al llegar a la soleada plazoleta a la puerta de la iglesia, escuchó los cantos litúrgicos. Pero tenía suficiente sentido común como para comprender que no era día para comerciar, lo que a su vez proporcionó a su mente la dolorosa tarea de tener que decidir qué hacer en esa jornada de descanso.

Durante un buen rato se quedó ahí, sin más, con la mirada perdida en el infinito. En días ordinarios no tenía ninguna dificultad para arreglárselas bien, pues no estaba tan loco como para no poder ir de casa en casa toda la semana ofreciendo sus mercancías. Pero no conseguía acostumbrarse a los domingos, que se le aparecían siempre como un enorme e imprevisto problema.

Con los ojos quietos y los músculos de la frente dilatados, lo primero que sintió en su fuero interno fue un impulso de entrar en la iglesia a oír los salmos. Pero no siguió ese impulso, porque, aunque le apetecía escuchar los cantos, no se atrevía a entrar en el templo. No es que tuviera miedo de la

gente, sino de los extraños y peligrosos cuadros que hay en ciertas iglesias, los que muestran criaturas que él no quería ni ver.

Por fin se le ocurrió que, dado que se trataba de una iglesia, debía de haber también un cementerio, y, mientras hubiera un cementerio en el que poder refugiarse, estaba salvado. No le habrían podido ofrecer nada mejor: siempre que en su deambular veía un cementerio al lado del camino, se llegaba hasta él y se sentaba allí un rato, aunque fuera día laborable.

Cuando en ese momento estaba por dirigirse hacia el cementerio, se le presentó de repente una nueva dificultad. El camposanto de Råglanda no está justo al lado de la iglesia, que se levanta sobre una colina, sino en un pequeño prado más allá de la casa consistorial. Y no podía llegar hasta la verja sin ir por un camino en el que se hallaban atados los caballos de los feligreses.

Todos estos estaban con la cabeza profundamente metida en haces de heno y sacos de avena, masticando tan fuerte que el forraje crujía bajo sus dientes. No había duda de que no iban a hacer ningún daño a nuestro hombre, pero él tenía sus propias ideas acerca del peligro que entraña pasar ante una fila tan larga de animales. Lo intentó dos, y hasta tres veces, pero el valor le flaqueó, de manera que tuvo que retroceder. Lo que temía no era que los caballos le mordieran o cocean: más bien quería evitar tenerlos tan cerca que le pudiesen ver, de modo que, al hacerlo, agitaran sus cabestros y escarbaran en el suelo con los cascos.

Por fin llegó un momento en que todos los caballos miraban hacia abajo y parecía que no hacían otra cosa que comer a cada cual más, así que se aventuró a pasar entre ellos. Se sujetó bien la pelliza para que no se pusiera a ondear al viento, traicionándolo, y comenzó a andar de puntillas, con todo el cuidado que pudo. Si un caballo alzaba la mirada, se detenía de inmediato y hacía una reverencia. Ante ese gran peligro, quería ser lo más cortés posible, pero los animales también serían lo suficientemente razonables como para entender que el saco lleno de hierro que llevaba a la espalda no le permitía inclinarse del todo, y no le dejaba otra opción que hacer una ligera reverencia.

Suspiró fuertemente, pues era algo muy triste y molesto ir por la vida con tal miedo a todos los cuadrúpedos. En realidad, no tenía miedo más que

a las cabras, y los caballos, los perros o los gatos no lo habrían atemorizado, si pudiera haberse cerciorado de que no eran una especie de cabras disfrazadas. Pero como nadie podía asegurarle eso, a la hora de la verdad su locura era tal que le hacía temer a cualquier bestia de cuatro patas.

No le servía de nada pensar en lo fuerte que era, ni en que esos pequeños rocines de campo solían ser bastante inofensivos. Los que tienen el miedo metido en el alma no pueden razonar de tal modo. El miedo es una cosa difícil, una pesada carga para aquellos en los que habita.

Fue curioso que, sin embargo, lograra pasar ante toda la fila de caballos. El último trecho lo salvó en dos grandes zancadas y, cuando entró en el cementerio, cerró la verja de hierro tras él y se dirigió a los equinos blandiendo el puño.

—¡Desgraciados, miserables, malditos chivos!

Así hacía en general con los animales: no podía evitar llamarlos chivos a todos. Lo cual era una gran necedad, que le había hecho ganarse un apodo que detestaba: los que se cruzaban con él le llamaban «el Chivo». Y aunque él quería que le llamasen por su verdadero nombre, nadie en la región parecía conocer cuál era.

Se quedó un momento en la verja, disfrutando de la sensación de haber eludido a los caballos, pero no tardó en adentrarse en el cementerio. Se detenía ante cada cruz y cada losa, y hacía una reverencia. Pero ahora no era por miedo, sino por el placer de encontrarse con esos viejos queridos amigos. Su rostro se suavizó y adquirió un aspecto agradable. ¡Se había topado tantas veces con esas mismas cruces y losas! ¡Cómo se parecían todas! ¡Qué bien las conocía! Tenía que pararse a saludarlas.

¡Cómo le agradaba el cementerio! En él no pacía ningún animal, ni gastaba bromas ningún ser humano. Cuando mejor se encontraba allí era cuando estaba completamente solo, como ahora, pero incluso cuando había gente, no solían perturbarle. Cierto es que conocía muchos prados y dehesas que podrían haberle agradado aún más, pero en ellos nunca estaba en paz: no podían ni mucho menos compararse con los cementerios. Un cementerio era incluso mejor que el propio bosque, pues en este la sensación de soledad era tan grande que le asustaba. En un cementerio la calma se asemejaba a la de las profundidades del bosque, pero nunca había de estar solo, dado que

allí dormía gente bajo cada losa y cada túmulo. Justo la compañía que precisaba para no sentir aislamiento y malestar.

Se dirigió inmediatamente hacia el sepulcro recién abierto. Fue hacia allá, en parte, porque había algunos árboles que daban sombra, y, en parte, buscando compañía. Parecía pensar que una persona recién enterrada le proporcionaría mejor protección contra la soledad que los inhumados hacía mucho tiempo.

Se puso casi de rodillas, con la espalda contra el gran montículo de arena dispuesto al borde de la fosa. Se las arregló para así apoyar el saco con firmeza en el montículo y aflojó las gruesas correas de cuero que lo sujetaban. Era un hermoso día, un día de descanso: se quitó también la pelliza, y, con una gran sensación de bienestar, se sentó en la hierba, tan cerca de la tumba que sus largas piernas, enfundadas en polainas atadas a la rodilla y toscas botas de nieve, quedaron colgando al borde del hoyo.

No tuvo más remedio que permanecer quieto un largo rato, manteniendo los ojos fijos en el ataúd: cuando se tiene un miedo tan grande como el que habitaba en su alma, todas las precauciones son pocas. Sin embargo, el féretro no se movía en absoluto, así que era imposible sospechar que ocultara una trampa.

Tan pronto como estuvo seguro de eso, metió la mano en el bolsillo del saco y sacó el violín y el arco. Al mismo tiempo, saludó con la cabeza al muerto que yacía en la sepultura, tan tranquilo que se merecía escuchar algo hermoso.

Eso era algo bastante inaudito: no eran muchos los que tenían el privilegio de oírle tocar. Desde luego nadie le escuchaba en las grandes fincas por donde pasaba, donde le azuzaban los perros contra él y le llamaban el Chivo. Sí podía en cambio suceder que tocara en alguna pequeña cabaña, donde la gente hablaba en voz baja y se movía silenciosamente, sin intentar venderle pieles de cabra. En sitios así, accedía a sacar el violín y ponerse a tocar algo. Y esto era un gran honor, el más grande que podía dispensar.

Así que allí se hallaba sentado al borde del sepulcro, tocando, y nada mal por cierto. Del instrumento no emanaba ni una sola falsa nota, y su

ejecución era tan lenta y suave que no se le habría oído en la tumba de al lado.

Lo maravilloso del asunto es que en realidad no era el joven de Dalecarlia el que tocaba, sino su violín, que recordaba un par de cortas melodías, las cuales fluían del mismo tan pronto como el arco lo rozaba. Eso quizá no habría significado mucho para otro, pero para él, que por sí mismo no era capaz de recordar ni una sola nota, el regalo más precioso del mundo era poseer ese instrumento que se interpretaba a sí mismo.

Mientras tocaba, su rostro resplandecía con una sonrisa, semejante a la de quien oye a un niño balbucear y hablar. Era el violín el que no paraba de hablar, él solo escuchaba. Y es que era en verdad algo admirable que de él saliera tanta belleza, con solo que deslizara el arco sobre las cuerdas. El violín se encargaba de todo, sabía lo que había que hacer, mientras el joven de Dalecarlia se limitaba a escuchar.

Las canciones brotaban del violín como la hierba brota del suelo. Nadie podía entender cómo sucedía: era sin duda obra de nuestro Señor.

La intención del joven de Dalecarlia era permanecer allí sentado todo el día, dejando que sus amadas melodías germinaran en el violín y crecieran como florecillas blancas y de colores. Tocaría hasta que del violín surgiera todo un prado lleno de flores, todo un amplio valle, una vasta llanura.

Pero la muchacha aletargada que yacía en el féretro oyó el sonido del violín. El efecto fue increíble. Las notas la hicieron soñar, y el sueño la conmovió tanto que su corazón se puso a latir, la sangre comenzó a fluir por las venas, y se despertó.

Ha de decirse que todo lo que experimentó durante el tiempo que estuvo en apariencia muerta, sus pensamientos, e incluso el último sueño, todo eso desapareció, y ella lo olvidó tan pronto como recobró la conciencia. Ni siquiera era consciente de hallarse en un ataúd, sino que creía estar aún enferma en su casa, en su cama. Lo único que la asombraba era el hecho de continuar todavía viviendo, pues, justo antes de quedarse dormida, se había visto inmersa en una jadeante agonía. Tenía que haber muerto hacía mucho tiempo. Se había despedido de sus padres adoptivos, de sus hermanos y de los criados. El propio párroco había ido a darle la extremaunción, pues a su padre adoptivo le resultaba muy duro hacerlo él mismo. Hacía ya varios

días que había apartado sus pensamientos de todo lo terrenal. Era muy extraño no estar muerta.

La sorprendió la oscuridad de la habitación. ¿No había estado la luz ardiendo toda la noche anterior, acompañándola en su enfermedad? Y, además, se le había caído la manta que la cubría, haciendo que una gélida sensación la envolviese.

Se levantó un poco para buscar la manta y taparse. Entonces se golpeó la cabeza contra la tapa del féretro y se dejó caer de nuevo en el mismo con una exclamación de dolor.

Se había dado un fuerte golpe, de manera que al caer perdió enseguida otra vez el sentido. Se quedó tan inmóvil como había estado hacía un minuto: era como si la vida de nuevo la abandonara. El joven de Dalecarlia, que había oído tanto el golpe como el grito, dejó de inmediato a un lado su violín y aguzó el oído. Pero ya no se oía nada más, nada en absoluto.

El joven se puso a inspeccionar el ataúd con la misma minuciosidad con que lo había hecho al llegar. Mientras, asentía con la cabeza, como para corroborar lo que él mismo pensaba, esto es, que uno no puede fiarse de nada ni de nadie. Ahí yacía un compañero de lo más tranquilo y excelente, pero ¿no le había engañado también?

Siguió contemplando el féretro como si quisiera ver a través de él. Finalmente, puesto que todo continuaba en completa calma, empuñó de nuevo el violín.

Ahora, sin embargo, el violín se negaba a sonar. Por muy suave y dulcemente que lo acariciara con el arco, de él ya no surgían más melodías. La tristeza lo embargó de tal modo que le entraron ganas de llorar. Su plan era quedarse allí todo el día escuchando el violín, y ahora este rehusaba colaborar.

Sin embargo, comprendía la razón: el violín estaba inquieto, tenía miedo de lo que se había movido dentro de la caja. Así que, no siendo capaz de pensar más que en qué podía ser eso que había golpeado la tapa, había olvidado todas las canciones. Es lo que suele ocurrir: cuando uno está asustado, se olvida de todo.

Comprendió, por tanto, que le tocaba tranquilizar al violín si quería seguir escuchando su música.

Lo cierto era que no lo había pasado tan bien en años. Si realmente había algo peligroso en el ataúd, ¿no era mejor soltarlo? De ese modo el violín se daría por satisfecho, y de él volverían a crecer hermosas flores.

Abrió con resolución el saco y comenzó a rebuscar entre los cuchillos, las sierras y las hachas, hasta que encontró un destornillador. Instantes después bajó al sepulcro y, arrodillándose, se puso a desatornillar la tapa del féretro.

Quitó un tornillo tras otro, hasta que por fin pudo levantar la tapa y apoyarla contra la pared de la fosa. Al hacer esto, el sudario se deslizó, dejando al descubierto el rostro de la muchacha letárgica.

Tan pronto como le llegó una ráfaga de aire fresco, Ingrid abrió los ojos. Ahora estaba rodeada de luz: debían de haberla trasladado a otra habitación. Estaba en un cuarto amarillo, con un techo verde del que pendía una gran lámpara.

Era un cuarto estrecho, y aún más lo era la cama. ¿Por qué tenía la sensación de tener pies y manos atados? ¿Era para que se estuviese quieta en ese pequeñísimo lecho?

Qué extraño que le hubieran puesto un misal bajo la barbilla, cosa que solo se hace con los muertos, y que en las manos llevara un pequeño ramo de flores. Su madre adoptiva había cortado unas ramitas de mirto florido y se las había colocado entre las manos. Ingrid se sorprendió. ¿En qué estaría pensando su madre?

Vio también que le habían proporcionado una almohada de amplios encajes y una sábana de batista. Ello la alegró mucho, ya que le gustaban las cosas hermosas. Pero habría preferido tener una cálida manta con la que cubrirse. No podía ser bueno para un enfermo estar tendido sin manta.

Ingrid se llevó las manos a los ojos, a punto de romper a llorar de tanto frío que tenía. Pero, al hacerlo, notó una cosa dura y fresca contra su mejilla. Esbozó una ligera sonrisa: junto a ella, en la almohada, yacía la vieja yegua roja de madera, llamada Camilla, que tenía tres patas. Su hermanito pequeño, que no podía dormir sin su pequeña Camilla, se la había puesto al lado. Era un gesto muy tierno por parte de él. A Ingrid le entraron aún más ganas de llorar, al darse cuenta de que su hermano había querido consolarla con aquel juguete.

Pero las lágrimas no llegaron a asomarse a sus ojos. De pronto, comprendió la verdad. Comprendió por qué su hermano le había dado el caballito de madera, comprendió por qué su madre le había puesto las blancas flores de mirto en las manos, y comprendió por qué el misal yacía bajo su barbilla: todos la habían dado por muerta.

Ingrid se agarró con ambas manos al borde del féretro y se incorporó. La pequeña y estrecha cama era un ataúd; y el pequeño cuarto amarillo, una sepultura. Todo era muy difícil de entender. No se hacía a la idea de que eso le hubiera pasado a ella, que fuera a ella a quien habían amortajado y metido en la tumba. Probablemente lo que ocurría era que estaba en casa, en su cama, teniendo una visión o soñando. Pronto le quedaría claro que lo que veía no era real, y que las cosas marchaban según lo acostumbrado.

Enseguida encontró una explicación a todo aquello. «A menudo tengo sueños muy raros —pensó—. Esto es solo algo que está en mi imaginación». Suspiró con gran alivio e incluso volvió a echarse en la caja. Estaba convencida de que era su cama de siempre, la cual, después de todo, tampoco era muy grande.

Durante todo ese rato, el joven de Dalecarlia había permanecido en la tumba, a los pies de Ingrid. Se hallaba a poco más de una vara de distancia, pero ella no lo había visto, y eso no tanto por el hecho de que él, tan pronto como ella abrió los ojos y comenzó a moverse, intentó acurrucarse en un rincón y hacerse invisible. Podía probablemente haberse dado cuenta de su presencia, a pesar de que sostenía la tapa del ataúd ante sí como un escudo, si sus ojos no hubieran estado cubiertos de una suerte de neblina blanca, que le impedía percibir con claridad las cosas más cercanas. Ingrid ni siquiera había sido capaz de ver los muros de arena a su alrededor. Había tomado el sol por una gran lámpara y la bóveda de tilos por un techo.

El pobre muchacho de Dalecarlia esperaba a que lo que estaba moviéndose en el ataúd saliera y se alejara. No concebía otra cosa: aquello, fuera lo que fuese, se iría por su propio pie. Si se había golpeado contra la caja, era porque quería salir. Se quedó un largo rato con la cabeza escondida tras la tapa, con la esperanza de que se fuera, y no levantó la vista hasta que le pareció que ya debería de haber desaparecido. Sin embargo, aquello no se había movido, continuaba allí en su lecho de tablas.

Eso no le gustaba nada, y quería terminar con el asunto cuanto antes. Su violín nunca le había dicho cosas tan hermosas como ese día, así que deseaba volver a quedarse a solas y en paz con él.

Ingrid, casi adormilada, oyó de pronto el cantarín acento de Dalecarlia.

—Es hora de que te levantes y te vayas, creo yo.

Tan pronto como hubo dicho esto, escondió de nuevo la cabeza. Su audacia le había hecho ponerse a temblar de tal modo que casi se le cayó la tapa.

La bruma blanca que velaba los ojos de Ingrid se disipó del todo al oír una voz humana. Vio a un hombre en un rincón, pegado a la pared del sepulcro y cubriéndose con la tapa de un féretro.

Al instante, se dio cuenta de que no podía volver a recostarse y seguir pensando que todo era un sueño. Allí había a todas luces una realidad que era preciso esclarecer. No cabía duda de que el ataúd era un ataúd; la tumba, una tumba; ni de que Ingrid hacía unos minutos no había sido sino un cadáver amortajado y sepultado.

Por primera vez, sintió verdadero terror ante lo que le había sucedido. Ay, fijaos: ¡hubiera muy bien podido estar muerta en aquel momento! Hubiera podido ser un horroroso cadáver putrefacto. La habían depositado en la sepultura, para luego echar sobre ella arena y tierra, y después no habría tenido más valor que un terruño. La habían tirado a la basura, donde los gusanos la habrían devorado. Nadie se habría preocupado lo más mínimo.

En esa terrorífica situación, Ingrid sintió una enorme necesidad de tener a su lado a un ser humano. Acababa de reconocer al Chivo cuando este había asomado la cabeza. Era un viejo conocido en la casa parroquial y no le tenía miedo. Quería tenerlo cerca, daba igual que no fuera más que un pobre loco. Era en todo caso una persona viva. Quería que se acercase a ella lo bastante como para hacerle sentir que pertenecía al mundo de los vivos y no de los muertos.

—Oh, por el amor de Dios, ven aquí a mi lado —suplicó con lágrimas en la garganta, mientras se incorporaba y estiraba los brazos hacia él.

Pero el joven de Dalecarlia solo pensaba en sí mismo. Puesto que ella le pedía que se acercase, resolvió establecer sus condiciones.

—Iré, si tú te marchas —dijo.

Ingrid trató de obedecer de inmediato y salir del ataúd, pero la mortaja la envolvía de tal modo que le costaba levantarse.

—Tienes que venir a ayudarme —imploró ella.

En parte ciertamente era preciso que él fuera a ayudarla, pero también su ruego se debía al terrible miedo de no haber escapado realmente de la muerte. Necesitaba estar cerca de un ser vivo.

Él efectivamente se acercó, deslizándose entre el féretro y la pared de la sepultura. Se inclinó sobre ella, la levantó y la sentó en la hierba junto a la apertura de la fosa.

Ingrid no pudo evitar echarle los brazos al cuello, apoyar la cabeza en su hombro y estallar en sollozos. Nunca comprendería cómo se había atrevido a hacerlo, cómo no había tenido miedo de él. Por un lado se sentía feliz de hallarse junto a un ser humano, junto a una persona viva, y por otro lado estaba agradecida a él por haberla salvado.

Dios, ¿qué habría sido de ella si él no hubiera estado allí? Él era quien había levantado la tapa del ataúd, él era quien la había devuelto a la vida. Ignoraba cómo habían ocurrido las cosas, pero sin duda había sido él quien abriera el féretro. ¿Qué habría sido de ella si él no lo hubiera hecho? Se habría despertado, encerrada en la negra caja. Habría llamado, gritado. ¿Quién la hubiera oído, a seis pies bajo tierra? Ingrid ni se atrevía a pensar en ello, solo quería mostrar su gratitud por haber sido rescatada. Tenía que tener alguien a quien darle las gracias. Tenía que inclinar su cabeza en el hombro de una persona y llorar, llena de agradecimiento.

Lo más raro de todo lo que le sucedió aquel día fue que el joven de Dalecarlia no la rechazara. Pero es que él no tenía claro si estaba viva o muerta, y en todo caso sabía que no había que ofender a los muertos. No obstante, tan pronto como le fue posible, se deshizo de ella y se sumergió en la sepultura. Colocó la tapa al féretro, le ajustó los tornillos y lo dejó tan firmemente cerrado como antes. De esta manera, se quedaría quieto, y el violín recuperaría la calma y sus melodías.

Mientras tanto, Ingrid, sentada en el césped, trataba de reflexionar. Miró hacia la iglesia y vio la fila de caballos y de coches a la entrada. Empezó a

comprender la situación. Era domingo, la habían enterrado por la mañana, y ahora estaban en misa.

Ingrid fue presa de un gran pánico. El servicio religioso acabaría pronto, y la gente saldría y la vería. Y no llevaba nada encima, salvo la mortaja. ¡Por Dios, estaba casi desnuda y toda esa gente la vería así! Nunca lo olvidarían, y ella quedaría avergonzada de por vida.

¿Dónde encontrar ropa? Por un momento pensó en cubrirse con la pelliza del joven de Dalecarlia, pero se dio cuenta del aspecto tan chocante que tendría con ella.

Se volvió rápidamente hacia el loco, que seguía cerrando el ataúd.

—Escucha —exclamó—, debes dejar que me meta en tu saco.

Diciendo esto, se acercó al gran saco de cuero, que contenía mercancías suficientes para llenar todo un puesto de mercado, y empezó a abrirlo.

—¡Oh, por favor, ven a ayudarme!

Su ruego no fue en vano: en cuanto el joven de Dalecarlia vio cómo hurgaba en su bolsa, salió corriendo de la tumba.

—¿Conque hurgando en mi bolsa, eh? —profirió amenazante.

Ingrid no percibió la dureza de su voz, pues en esos momentos le consideraba su mejor amigo.

—¡Oh, por favor, por favor —insistió—, ayúdame, que no me vean así! ¡Vacía el saco, deja las cosas en alguna parte y deja que me meta dentro para que me lleves a casa! ¡Oh, hazme caso, por favor! Soy de la casa del capellán, está a un paso de aquí. Seguro que sabes dónde es.

El joven la contemplaba con una expresión tan embobada que Ingrid no sabía si había entendido una palabra de lo que le había dicho. Lo repitió, pero él no hizo ningún ademán de obedecerla.

Así que ella se puso por su cuenta a vaciar el saco. Él entonces dio una patada en el suelo y se apresuró a arrebatárselo.

Dios, ¿cómo podía Ingrid hacer que atendiera sus ruegos?

A su lado, sobre la hierba, se hallaban el violín y el arco. Ella los recogió, sin saber muy bien por qué. Había pasado tanto tiempo en compañía de músicos que no podía soportar ver un instrumento tirado en el suelo.

Tan pronto como tocó el violín, él soltó el saco y se acercó para quitárselo de las manos. Parecía haberle trastornado por completo el hecho de que cogieran su instrumento, hasta el punto de que ahora tenía aspecto peligroso.

¿Qué demonios iba a hacer Ingrid para alejarse de allí antes de que la gente saliera de la iglesia?

Le empezó a prometer cosas maravillosas, como se suele hacer con los niños cuando se quiere que se porten bien.

—Le diré a mi padre que te compre una docena de guadañas. Encerraré a todos los perros cuando vengas a la parroquia. Le pediré a mi madre que te prepare una buena comida.

Él seguía sin hacer ningún gesto de ir a dar su brazo a torcer. A ella se le ocurrió pensar en el violín y exclamó con desesperación:

—Si me llevas a casa, tocaré para ti.

Y mira por dónde: en el rostro del joven se dibujó una sonrisa. A buen seguro, eso era justo lo que él quería.

—Tocaré el violín para ti toda la tarde, tocaré todo el tiempo que quieras.

—¿Le enseñarás nuevas canciones? —preguntó él.

—Lo haré, sí, lo haré.

En ese momento, Ingrid a la vez se sorprendió y se sintió decepcionada cuando él agarró con fuerza el saco y se lo acercó. Pero, a continuación, vio cómo lo arrastraba sobre las tumbas, aplastando con él los carraspiques y los abrótanos, como si fuera una apisonadora. Lo llevó así hasta un montón de hojas secas, de broza y de ramos de flores marchitas que había cerca del muro del cementerio. Allí sacó todo el contenido del morral y lo escondió muy bien bajo aquella hojarasca.

Una vez vacío, se volvió hacia Ingrid.

—Ahora puedes meterte dentro —le dijo.

Ingrid se introdujo en el saco, acurrucándose en su base de madera. El joven anudó todas las correas con tanto esmero como si dentro de aquel hubiese llevado su mercancía habitual, se agachó hasta casi arrodillarse, pasó los brazos por los tirantes, se cruzó un par de tiras sobre el pecho y se

levantó. Tras andar unos pasos, se echó a reír. Llevaba un saco tan ligero que habría podido ponerse a bailar con él a cuestas.

No había más que media legua de la iglesia a la casa del capellán: era un camino que el joven de Dalecarlia podía recorrer en veinte minutos. Ingrid tan solo deseaba que fuera lo bastante rápido para dejarla en casa antes de que llegaran la gente de la iglesia y los invitados al entierro. Como no podía soportar la idea de que tantas personas la viesen, lo mejor sería llegar cuando solo estuvieran en el hogar su madre adoptiva y las criadas.

Ingrid llevaba consigo el ramito de flores de mirto de su madre: la hacía tan feliz que no paraba de besarlo, y le inspiraba pensamientos tiernos respecto a su madre adoptiva, más tiernos de lo que nunca había sentido. Pero es que sus pensamientos no podían ser sino tiernos en esa circunstancia. Cualquier persona que venga directamente de la tumba tiene pensamientos afectuosos y dulces respecto a todo lo que vive y se mueve en la superficie de la tierra.

Ahora ella entendía perfectamente que la esposa del pastor quisiera a sus demás hijos, los suyos propios, mucho más de lo que podía querer a una hija adoptiva. Y dado que eran tan pobres y no podían permitirse el lujo de tener una niñera, era bastante lógico que le tocara a ella cuidar de sus hermanos pequeños. Y si sus hermanos no eran cariñosos con ella, eso era solo porque estaban acostumbrados a verla como a una criada. No les era fácil recordar que la habían adoptado para ser su hermana.

En definitiva, todo el mal venía de la pobreza en que vivían. Si la posición de su padre algún día mejorara, si lo hicieran vicario o párroco, a buen seguro todo iría bien. Entonces volverían los buenos tiempos, aquellos en que todo el mundo la quería. ¡Oh, seguro que todo volvería a ser lo mismo! Ingrid besó las flores. Su madre tal vez no había querido ser tan dura. Era solo la pobreza lo que la había hecho tan rígidamente severa.

Además, ahora ya no le importaba cómo la trataran. Ya nada podía afligirla, pues a partir de ahora siempre se alegraría de vivir. Y si alguna vez

pasaba otra vez por malos momentos, le bastaría recordar el mirto de la madre y la yegua, Camilla, del hermano pequeño.

¡Qué alegría saber que la traían de regreso, viva, por aquel camino! Aquella misma mañana nadie había pensado que podría volver a pasar por esas curvas y esas pendientes, ni que volvieran a existir para ella el aromático trébol, los pajarillos que cantaban, los bellos y frondosos árboles: todo lo que era una fuente de alegría para los vivos.

Pero, como se ha dicho, no tuvo mucho tiempo para la reflexión, pues en veinte minutos el joven de Dalecarlia llegó a la casa del capellán.

En casa solo estaban la madre y las criadas, tal y como Ingrid deseaba. La esposa del pastor había estado toda la mañana preparando la comida del funeral. En ese momento todo estaba ya listo, así que se hallaba aguardando a que los invitados llegaran. Acababa de salir de su alcoba, acicalada y ataviada con un vestido negro.

Miró hacia el camino de la iglesia, pero, como aún no parecía que viniese nadie, aprovechó para ir a la cocina de nuevo a probar las viandas.

Estaba bastante contenta, pues todo marchaba como era debido, y eso no puede menos que ser causa de satisfacción, incluso en momentos de duelo. En la cocina solo había una criada, una que se había traído de su propia casa al casarse, así que le parecía que podían hablar con toda confianza.

—¿No crees, Lisa, que todo el mundo quedará satisfecho con este banquete?

—¡Si ella pudiera contemplar la tierra desde arriba y ver cómo la honra usted! —respondió Lisa—. Eso la alegraría mucho.

—Oh —repuso la esposa del pastor—, nada de lo que yo hiciera podría alegrarla.

—Ella está muerta —dijo la doncella—, y no seré yo quien hable mal de alguien que apenas ha sido enterrado.

—A menudo mi marido me ha reñido por su culpa —replicó la madre adoptiva.

Experimentaba la necesidad de hablar con alguien sobre la muerta. Sobre ella pesaba un ligero remordimiento, y por eso había preparado un gran funeral, pensando que todo el esfuerzo empleado en hacerlo calmaría

su conciencia: pero no era así en absoluto. Los remordimientos también atormentaban a su esposo: decía que no habían tratado a la niña como a uno de sus propios hijos, que era lo que habían prometido al adoptarla. A lo que ella había respondido que habría sido mejor que nunca la hubieran traído a casa, ya que no habían podido evitar que ella se sintiera menos querida que los otros niños. Así que, ahora, la madre tenía la imperiosa necesidad de hablar con alguien sobre la joven, para saber si la gente pensaba que, efectivamente, se habían portado mal con ella.

Vio cómo Lisa se puso a remover con energía una olla, como si le resultara difícil controlar su ira. Era una chica lista, que sabía bien cómo congraciarse con su ama.

—Lo cierto es —comenzó Lisa— que cuando tienes una madre que siempre vela por ti y se asegura de que vayas limpia y decente, parece que debes ser obediente y complacerla. Cuando tienes la oportunidad de vivir en una buena casa, en la casa de un pastor, donde vas a recibir una buena educación, deberías intentar ser útil y no ir por ahí haciendo el tonto y soñando despierta. Me pregunto qué habría pasado si no hubieran recogido a esta pobre niña para traerla aquí. Habría seguido deambulando con los titiriteros y habría acabado muriendo en la calle como una miserable.

Un joven de Dalecarlia cruzó el patio en ese momento, con el saco auestas, a pesar de ser domingo. Con paso silencioso entró por la puerta abierta de la cocina e hizo una reverencia, aunque nadie le contestó. Tanto ama como criada repararon en él, pero al caer en la cuenta de quién era, ni se molestaron en interrumpir su conversación. La esposa del pastor quería continuar, y oír justo lo que necesitaba para tranquilizar su conciencia.

—Tal vez sea mejor que nos haya dejado —declaró.

—Iba a decirle, señora —se apresuró a responder la criada—, que creo que el pastor también piensa lo mismo, o por lo menos enseguida acabará pensándolo. A partir de ahora habrá paz en casa, ya lo verá usted, y eso a él le alegrará.

—Oh, sí —asintió la madre adoptiva—, yo debía tener mucho cuidado con ella. Había que estar siempre comprándole ropa, era una pura locura. Mi marido tenía tanto empeño en que recibiese lo mismo que los otros que

a menudo incluso le dábamos más. Y eso resultaba muy caro, porque ella era ya adulta.

—¿Le dará ahora a Greta su vestido de algodón de ramio?

—Sí, o bien se lo doy a Greta o me lo quedo yo.

—No deja mucha herencia, la pobre.

—Nadie le pedía que nos dejara nada en herencia. Habría bastado con que pudiéramos recordar alguna palabra amable por su parte.

En realidad, la madre adoptiva no sentía nada de lo que decía. Pero este era el tipo de discurso al que se recurre cuando se tienen remordimientos y es preciso defenderse de ellos.

El joven de Dalecarlia se comportó de la misma manera que cuando venía a vender. Se quedó un momento parado en la cocina, mirando en derredor, y luego, con sumo cuidado, puso el saco sobre una mesa y desató las cuerdas y correas. A continuación, volvió a mirar a su alrededor para asegurarse de que no le iban a atacar ni los perros ni los gatos, enderezó la espalda y empezó a abrir las dos solapas de cuero, que estaban cerradas con numerosos nudos y hebillas.

—No te molestes en abrir el saco —advirtió Lisa—. Es domingo, y, como sabrás, los domingo ni se vende ni se compra.

Pero el loco no le hizo caso y continuó desatando las correas. Lisa se volvió hacia la esposa del pastor. Era una ocasión propicia para granjearse los favores de su ama.

—Ni siquiera sé si se portaba bien con sus hermanos. A menudo se oían llantos y quejas en el cuarto de los niños.

—Tal como era con su madre, así era con los niños —replicó la esposa del pastor—. Aunque ahora ellos están llorando su muerte, claro.

—No saben lo que es bueno para ellos —dijo la criada—, pero puede usted estar segura de que en un mes ya no llorarán más.

En ese preciso instante se apartaron las dos del fogón y miraron hacia la mesa donde el joven de Dalecarlia había colocado su gran saco. Habían oído algo raro, algo así como un suspiro o un sollozo. El joven acabó de abrir la solapa inferior, y del saco emergió la recién enterrada, tal y como cuando la habían metido en el féretro.

Aunque en verdad no tenía el mismo aspecto que entonces. Estaba mucho más muerta ahora, por así decirlo, que cuando la habían enterrado. Si antes conservaba casi el mismo color que en vida, ahora su semblante era de un gris fantasmal; sus labios, color azul oscuro, y los ojos se veían horriblemente hundidos.

No dijo nada, pero una enorme desesperación podía leerse en su rostro, y, blandiendo el ramillete de flores de mirto que había recibido de su madre adoptiva, se lo alargó con un gesto de reproche.

No era un espectáculo humanamente soportable. La madre adoptiva se desmayó de inmediato, mientras la criada se quedó parada un momento, contemplando a la hija y a la madre, para después taparse los ojos y correr a encerrarse en la despensa.

—No —exclamó—, no es a por mí a por quien viene. No tengo nada que ver en el asunto.

Ingrid se volvió hacia el joven de Dalecarlia.

—¡Vuelve a encerrarme y llévame lejos de aquí! ¡Me oyes! ¡Me oyes! ¡Llévame lejos! ¡Llévame a donde me encontraste!

Mientras esto decía, el joven miró afuera, para ver que por el camino llegaba una larga fila de carros y carretas, que iban entrando en el patio. Oh, oh, en ese caso, él tampoco quería quedarse allí. Eso no le gustaba lo más mínimo.

Ingrid se acurrucó en el fondo de la bolsa y ya no pidió nada más, limitándose a sollozar. El joven volvió a ajustar las solapas y correas en torno a ella, se la echó de nuevo a la espalda y se la llevó. Los invitados al banquete fúnebre se rieron de buena gana del Chivo, al ver cómo, mientras salía corriendo, no dejaba de hacer reverencias ante cada caballo que encontraba a su paso.

V

La señora Anna Stina era una anciana que vivía en el corazón del bosque y que solía venir a echar una mano en la casa del capellán: bajaba las colinas como siguiendo una llamada interior cada vez que había que cocinar o hacer la colada. Era una viejecita amable y sabia, que había hecho buenas migas con Ingrid. Así que, en cuanto la muchacha fue capaz de hilar un pensamiento coherente, decidió ir en busca de su ayuda.

—Escucha —le dijo al joven de Dalecarlia—, cuando llegues a la carretera, debes torcer en dirección al bosque. ¡Luego sigue recto hasta que llegues a una valla! Allí, habrás de girar a la izquierda. Entonces continúa recto otro trecho, hasta llegar a un gran foso de arena. Desde allí se puede ver una casita: llévame allá y tocaré para ti.

Le chirriaba en los oídos el tono brusco y desabrido que su voz adquiría para darle órdenes. Pero tenía que hablar de tal forma que la obedecieran, no había otra. ¡Que justo ella se encontrara en la posición de darle órdenes a otra persona, ella, que no era ya ni digna de vivir!

Y es que, después de lo que le había ocurrido, nunca más podría sentirse con derecho a la vida, esa era la terrible consecuencia. Había residido en casa del capellán durante seis años y no había conseguido hacerse querer lo suficiente como para que desearan verla con vida. Y aquel a quien nadie ama, no tiene derecho a vivir.

No podía explicar cómo había llegado a tal conclusión, pero le resultaba del todo evidente. Desde que había oído que no la querían, sentía como un puño de hierro le oprimía el corazón y quería forzarlo a detenerse. Sí, eran las puertas de la propia vida las que se habían cerrado para ella. Justo en ese

momento en que, habiendo regresado de la muerte, sentía arder dentro de ella un apasionado deseo de vivir, le arrebatában el permiso de la existencia.

Era peor que una sentencia de muerte. Era mucho más cruel que una sentencia de muerte al uso. Sabía lo que se sentía, algo así como lo que deben sentir los árboles cuando son talados, no de la forma habitual, cuando simplemente se les corta el tallo, sino cuando se les sajan las raíces y se los deja en la tierra para morir. Allí se encuentra el árbol sin entender por qué ya no le llega savia ni alimento. Lucha y se esfuerza por vivir, pero las hojas se hacen más pequeñas, de ellas no surgen nuevos brotes, y la corteza se encoge. Tiene que morir, porque se ha separado de la fuente de la vida. No hay más remedio, tiene que morir.

Por fin, el joven de Dalecarlia depositó el saco en la losa de piedra frente a una pequeña casita en el corazón del bosque.

La puerta estaba cerrada, pero tan pronto como Ingrid salió de la bolsa, buscó la llave debajo del umbral de la puerta, abrió y entró.

Ingrid conocía bien la casa y todo lo que había en ella. No era la primera vez que acudía allí en busca de consuelo. No era la primera vez que había ido a ver a la vieja Anna Stina para contarle que no aguantaba en casa, que su madre adoptiva era tan dura con ella que hacía que no quisiera vivir en esa familia.

Y todas las veces, la viejecita le hablaba llena de comprensión y la tranquilizaba. Le preparaba un café horrible, que no era café, sino achicoria, pero que le infundía ánimo. Y, finalmente, lograba que ella se riera de todo, animándola tanto que cuando volvía a casa iba bailando por las cuestas del bosque.

Sin embargo, en esa ocasión, incluso si la señora Anna Stina hubiera estado en casa dispuesta a prepararle su terrible café, ello no habría sido de gran ayuda para Ingrid. Resulta que, además, la anciana estaba en la casa del capellán, en el funeral de Ingrid, pues la esposa del pastor no se había olvidado de invitar a ninguno de los amigos de su hija: el remordimiento también la había conducido a extremar el cuidado en eso.

Dentro de la casa de la vieja Anna, todo estaba igual que siempre. Y cuando Ingrid vio el banco de madera, y la mesa reluciente, y el gato, y la cafetera, no es que se sintiera consolada y animada, pero al menos supo que

estaba en un lugar donde podía dar rienda suelta a su dolor. Era un alivio no tener que pensar en nada más que en llorar y lamentarse.

De inmediato, se acercó al banco de madera, se dejó caer en él y se quedó allí sollozando, sin saber cuánto tiempo pasaba.

El joven de Dalecarlia aguardaba fuera, sentado en la losa. No quería entrar en la casa por temor al gato, y estaba esperando que Ingrid saliera a tocar para él. Hacía ya rato que había sacado el violín y, como Ingrid tardaba, comenzó él a tocar por su cuenta.

Tocó suave y dulcemente, cual era su costumbre, de modo que, con dificultad, la música llegó a los oídos de la muchacha.

Ingrid sintió cómo un estremecimiento le recorría el cuerpo, y después otro. Así era como había comenzado su enfermedad, y creyó que iba a enfermar de nuevo. Lo cierto es que sería lo mejor, pensaba, que la fiebre se apoderara de ella y la matara esta vez de verdad.

Cuando la melodía del violín acarició su oído, se incorporó y miró alrededor con ojos extraviados. ¿Quién estaba tocando? ¿Su estudiante? ¿Había llegado por fin?

Enseguida comprendió, sin embargo, que debía de ser el joven de Dalecarlia, así que se tendió de nuevo con un suspiro.

No podía seguir la tocata, pero, tan pronto como cerraba los ojos, el violín adquiría la voz del estudiante. Y podía oír lo que este decía: estaba hablando con su madre adoptiva y defendiendo a Ingrid. Sus palabras eran tan bellas como las que había pronunciado al hablar con el señor y la señora Blomgren. Ingrid necesitaba mucho cariño, eso es lo que le decía a la mujer, y cariño era justamente lo que le había faltado. Por eso no había realizado siempre sus tareas, sino que se había refugiado en los sueños para evadirse. Pero nadie podía imaginarse lo capaz que era de luchar y de dejarse la piel por alguien que la quisiera. Por esa persona, ella aguantaría todas las penalidades, la enfermedad, el desprecio y la pobreza. Por esa persona, sería fuerte como un gigante y paciente como una esclava.

Mientras Ingrid escuchaba con claridad ese discurso, un velo de calma la envolvía. ¡Cuán verdad era aquello! Si su madre adoptiva la hubiera querido un poco, habría visto lo que Ingrid valía. Pero, al no haberle mostrado afecto, Ingrid se había visto paralizada por la impotencia. Así era.

Ya no sentía escalofríos febriles. Pero seguía recostada, oyendo hablar al estudiante, y a ratos dormitaba, pues una y otra vez le parecía yacer de nuevo en la tumba, hasta que el estudiante venía a rescatarla del ataúd. Ella entonces le expresaba sus quejas: «No es sino en sueños que tú acudes», le decía.

«Siempre soy yo quien viene a ayudarte, Ingrid —le respondía él—. Bien lo sabes. Soy yo quien te saca de la tumba, soy yo quien te lleva a hombros y toca para ti hasta que te calmas. Soy siempre yo».

Lo que la perturbaba y la hacía despertarse a cada rato era la promesa que había hecho de tocar para el joven de Dalecarlia. Se intentó incorporar varias veces para ir a cumplirla, pero no tenía fuerzas. En cuanto se volvía a dejar caer en el banco se ponía a soñar de nuevo. Soñaba que, acurrucada en el saco, el estudiante la llevaba por el bosque. Era siempre él.

«Pero si no eras tú», le objetaba.

«Claro que era yo —respondía él, sonriendo ante las contradicciones de la muchacha—. Durante todos estos años, has pensado en mí día tras día, así que como es natural yo no podía abandonarte a tan grave peligro».

Ese razonamiento le sonaba tan lógico que empezó a darse cuenta de que tenía razón y de que se trataba de él.

Y en ello encontró una dicha infinita que la hizo despertarse de nuevo. Allí estaba el amor, estremeciendo todo su ser. No habría sido más real si el ser amado se le hubiera aparecido en persona para hablarle.

«¿Por qué él nunca viene de verdad? —se preguntó en voz baja—. ¿Por qué no se presenta sino en mis sueños?»

No se atrevía a moverse por miedo a que el sentimiento de amor echara a volar. Era como si un pájaro tímido se hubiera posado en su hombro, y ella tuviera miedo de asustarlo. Si se movía, el pájaro se escaparía y triunfaría la pena.

Cuando finalmente despertó, la casa se hallaba medio en penumbra, lo que le indicaba que debía de haber estado durmiendo toda la tarde y parte de la noche. En esa época del año, el sol no se ponía hasta las diez.

La música de violín había asimismo cesado. El joven de Dalecarlia probablemente se había ido.

Y la señora Anna Stina todavía seguía sin aparecer: sin duda, tenía la intención de pasar fuera la noche.

Eso no le importó a Ingrid, que no tenía ganas más que de echarse a dormir de nuevo, tal era el pavor que le producían la desesperación y la tristeza que se apoderarían de ella nada más despertara.

Pero entonces se presentó un nuevo motivo para la reflexión. ¿Quién había cerrado la puerta, quién la había arropado con el gran chal de la señora Anna Stina, y quién había puesto un pedazo de pan crujiente a su lado en el sofá?

¿Era el Chivo quien había hecho todo eso por ella?

Por un momento, le pareció ver cómo el sueño y la vida caminaban de la mano y competían por consolarla. El sueño se aparecía luminoso y sonriente, vertiendo sobre ella la dicha del amor para reconfortarla. Pero también la pobre vida, la áspera y dura vida, le ofrecía un pedacito de bondad, para demostrarle que no era tan mala con ella como últimamente le había parecido.

VI

Ingrid y la señora Anna Stina caminaban a través del umbrío bosque. Llevaban cuatro días andando y tres noches durmiendo en viejos cobertizos. Ingrid estaba rendida, extenuada: su rostro se veía translúcido, de tan pálido; sus ojos estaban hundidos y brillaban de fiebre. La vieja Anna Stina le lanzaba de vez en cuando una mirada furtiva e inquieta, rogando a Dios que mantuviese a la joven con fuerzas, para que no se desplomara moribunda sobre una mata de musgo. A ratos, la anciana tampoco podía evitar mirar hacia atrás con timidez: tenía una rara sensación de inseguridad, le parecía que el Viejo de la Guadaña andaba de puntillas tras ellas con la intención de llevarse de nuevo a la que ya le habían entregado una vez con palabras piadosas y paletadas de tierra.

La señora Anna Stina era bajita y ancha de espaldas, de rostro grande y cuadrado, cuyo aspecto inteligente la embellecía. No era una persona supersticiosa, vivía sola en el corazón del bosque sin miedo a los trols ni a las huldras^[4], pero al caminar junto a Ingrid sentía, tan claramente como si alguien se lo hubiera dicho, que caminaba junto a una criatura que no pertenecía ya a este mundo. A esta conclusión había llegado cuando se la había encontrado en su cabaña la mañana del lunes.

La señora Anna Stina no había vuelto la noche del domingo, pues en la casa del capellán la esposa había caído gravemente enferma, así que ella, que era una buena enfermera, se había quedado para cuidarla. Toda la noche había escuchado a la mujer del pastor decir, en su delirio, que Ingrid se había aparecido, pero no le había hecho caso.

Y cuando finalmente regresó a su hogar y vio a la muchacha, la anciana quiso volver corriendo a la casa del capellán para avisarles a todos de que no había sido un fantasma lo que habían visto, pero, cuando le comunicó a Ingrid sus intenciones, esta se opuso de tal modo, que no se atrevió a hacerlo. El soplo de la vida vacilaba en ella, igual que la llama de una vela que, expuesta a los vientos, está a punto de apagarse. Podría haber muerto tan fácilmente como un pájaro enjaulado. La muerte iba a la caza de la joven: era preciso protegerla y marchar con cuidado, si había de seguir viviendo.

La anciana, como se ha dicho, no estaba del todo segura de que Ingrid no fuera un alma en pena, por lo poco de vida que parecía retener. Renunció a tratar de razonar con ella, y en su lugar accedió a obedecerla en su deseo de que nadie supiera de su resurrección. La anciana intentó hacerlo lo mejor posible. Tenía una hermana, Stava, que servía como ama de llaves en una mansión campestre de Dalecarlia, así que resolvió ir con Ingrid a pedirle que proporcionara trabajo a esta. Ingrid se conformaría con un humilde puesto de criada. No había otra opción.

Así que ahora se encaminaban hacia la mentada casa solariega. La señora Anna Stina conocía tan bien la comarca que no necesitaron salir a la carretera, sino que recorrieron los desiertos senderos del bosque. Sin embargo, ello les acarreó no pocos disgustos: sus zapatos se gastaron y destrozaron, sus ropas de ensuciaron y se hicieron jirones. Una espinosa ramita de abeto hizo un gran rasgón en la manga de Ingrid.

En la tarde del cuarto día subieron a una colina arbolada, desde donde pudieron contemplar un profundo valle. Al fondo del valle se extendía un lago, y cerca de la orilla del lago emergía una alta isla, en la cual se levantaba una blanca casa solariega. Cuando la señora Anna Stina vio la mansión, anunció que esa era Munkhyttan, donde su hermana servía.

Allá arriba, en la ladera del bosque, intentaron recomponerse un poco. Se anudaron los pañuelos de la cabeza, se limpiaron los zapatos con musgo y se lavaron en un arroyo. La señora Anna Stina trató de hacer un pliegue en la manga de Ingrid, para que el desgarrón no se viera.

La anciana suspiró mientras miraba a Ingrid, perdiendo toda esperanza. No era solo el extraño aspecto que tenía con la ropa que le había prestado,

que no era en absoluto adecuada para ella. Sobre todo ocurría que su hermana Stava nunca iba a acceder a darle un empleo, con una pinta tan débil. Era como emplear un soplo de brisa. La joven no podía ser de más provecho que una mariposa enferma.

Una vez que terminaron de arreglarse, bajaron la colina en dirección al lago. Tras andar solo un corto trecho, ya se hallaban en el recinto de la mansión.

¡Y vaya mansión!

La finca estaba integrada por grandes campos sin cultivar, que el bosque amenazaba con invadir, poblándolos de árboles. El puente que llevaba a la isla era tan endeble que, hasta que no lo hubieron cruzado, no lo creyeron capaz de aguantar su peso. Las veredas que desde el puente conducían a la vivienda principal estaban tan cubiertas de hierba como un prado, y un árbol derribado por el viento cortaba el camino.

La isla en sí era hermosa, tanto que bien podría haber albergado un palacio. Pero en el jardín no crecía ni una flor, en el amplio parque los árboles se asfixiaban los unos a los otros, y negras culebras reptaban por los senderos verduzcos y fangosos.

La señora Anna Stina se inquietó al observar aquella decadencia, y murmuró para sus adentros: «¿Cómo puede ser esto? ¿Es que mi hermana ha muerto? ¿Cómo deja, si no, que todo se halle en este estado? ¡Qué diferencia con hace treinta años, cuando estuve aquí por última vez! Por Dios, ¿qué le ha ocurrido a Stava?». No podía concebir que reinara tal desorden en un lugar atendido por su hermana.

Ingrid la seguía, despacio y de mala gana. Desde el momento en que puso un pie en el puente, se dio cuenta de que allí no había solo dos personas, sino tres.

Una tercera persona les había salido al encuentro, para luego volverse y acompañarlas.

Ingrid no oía sus pasos, pero notaba que alguien iba con ellas, y vislumbraba al que caminaba a su lado.

Eso la asustó terriblemente, hasta el punto de que pensó rogar a la señora Anna Stina que dieran marcha atrás, pensó manifestarle que el lugar

estaba hechizado y que no se atrevía a ir más allá. Pero antes de que pudiera decir nada, el extraño se acercó tanto a ella, que entonces lo reconoció.

Hasta ahora se había aparecido muy borroso, pero de pronto lo distinguía con toda claridad: era él, era el estudiante.

La visión dejó de ser fantasmal y horrible, y el encuentro adquirió en cambio un aire hermoso y solemne. Parecía que hubiera sido él quien la había traído hasta allí y ahora quisiera reunirse con ella para mostrarle todo aquello.

La acompañó mientras cruzaba el puente, y luego por los vericuetos que llevaban hasta la casa principal.

Ella no podía dejar de girar la cabeza a su izquierda todo el rato. Ahí era donde había entrevisto el rostro del estudiante, justo al lado de su mejilla. En realidad no veía un semblante entero, solo una sonrisa de indescriptible belleza, que dulcemente se aproximaba a ella. Pero, si volvía la cabeza por completo para ver bien, entonces la visión se esfumaba. No, aquello no era algo que pudiera mostrarse con nitidez. Sin embargo, tan pronto como volvía a mirar de frente, la sonrisa reaparecía, justo al lado de ella.

El que la acompañaba permanecía en silencio, limitándose a sonreír. Pero eso a ella le bastaba: era una muestra suficiente de que había alguien en el mundo que le profesaba un tierno amor.

Su presencia, que percibía como algo del todo real, la convenció por completo de que él la protegía y velaba por ella. Y esta grata certeza anuló toda la desesperación en que la habían sumido las duras palabras de su madre adoptiva.

Ingrid sintió cómo la devolvían a la vida. Tenía derecho a vivir, porque alguien la quería.

Y así sucedió que, cuando entró en la cocina de Munkhyttan, sus mejillas habían adquirido un rubor rosado, y sus ojos, un brillo deslumbrante. A pesar de su aspecto extremadamente frágil, débil y transparente, se la veía tan bella como una rosa recién abierta.

Todavía se hallaba inmersa en un sueño y no sabía muy bien dónde se encontraba, pero lo que la sorprendió tanto, que estuvo a punto de despertarla, fue ver junto al fogón, a una nueva señora Anna Stina. Allí estaba, bajita y ancha de espaldas, con la cara grande y cuadrada, igual que

la otra. ¿Pero por qué iba tan bien ataviada con una cofia blanca anudada con cintas bajo la barbilla, y un vestido negro de alepín? La confusión mareaba tanto a Ingrid que pasó un largo rato antes de que se diera cuenta de que aquella debía de ser Stava.

Al sentir la mirada inquieta de la señora Anna Stina, trató de recomponerse para saludar. Pero lo único que podía pensar era en que él había venido a reunirse con ella.

Dentro de la cocina había un cuarto muy pequeño, tapizado a cuadros azules. Stava las hizo entrar en él y les sirvió algo de comida y café.

La señora Anna Stina de inmediato comenzó a contarle por qué habían venido. Habló mucho, diciéndole que sabía que su hermana gozaba de tan alta estima a los ojos de su excelencia la vicepresidenta que esta le había encomendado contratar al servicio. Stava no contestó, pero dirigió a Ingrid una mirada muy significativa, que venía a expresar que no le habrían confiado esa tarea si se dedicara a contratar a gente como ella.

La señora Anna Stina se deshizo en elogios hacia Ingrid, señalando que era una muy buena chica. Hasta ahora había servido en una casa parroquial, pero, al haberse hecho mayor, tenía ganas de aprender algo de verdad, y por ello la había traído hasta allí, con la persona que podía enseñarle más que cualquier otra que conociera.

Stava seguía sin responder a nada de lo que su hermana le decía. Pero su mirada delataba lo que estaba pensando: ¿cómo era posible que alguien que trabajaba en una casa parroquial no tuviera ropa propia y llevara puesta la que la anciana le había prestado?

La viejecita se puso entonces a referir cuál era su situación, cómo vivía sola en el bosque, abandonada por todos los suyos. Y en esa tesitura aquella chiquilla había venido a visitarla, corriendo por los cerros, más de una noche y más de una mañana. Por ello tenía la intención y la esperanza de ayudarla a medrar.

Stava habló a continuación, le dijo que era una lástima que hubieran recorrido tanto camino para encontrar un empleo. Si la chica valía tanto, podría fácilmente entrar a servir en una casa de su región natal.

La señora Anna Stina comprendió que las perspectivas no eran buenas, así que se puso seria:

—Aquí has vivido toda tu vida con gran comodidad y bienestar, Stava, mientras yo me he debatido en medio de la pobreza y la miseria. Sin embargo, nunca te he pedido nada hasta hoy. ¡Y ahora me despides como a una vieja mendiga a la que le das algo de comer y nada más!

Stava esbozó una pequeña sonrisa y replicó:

—Hermana Anna Stina, no me estás diciendo la verdad. Yo también soy de Råglanda, y me gustaría saber en qué cabaña aldeana de nuestra parroquia crecen tales ojos y tal rostro.

Señalando a Ingrid, continuó:

—Entiendo, Anna Stina, que quieras ayudar a alguien en sus circunstancias, pero lo que no acierto a comprender es cómo puedes creer que a tu hermana se le haya reblandecido tanto la cabeza que puedas venirle con una sarta de mentiras.

La señora Anna Stina se asustó tanto ante esta salida que no fue capaz de responder, pero Ingrid decidió entonces confiarse al ama de llaves, así que de inmediato, con su voz suave y hermosa, se puso a relatar su historia.

Apenas Ingrid, en unas pocas palabras, le contó cómo había yacido en el sepulcro y cómo el joven de Dalecarlia había ido a rescatarla, la vieja Stava se sonrojó y rápidamente se inclinó hacia delante para ocultar su turbación. No fue más que un instante, pero debió de significar algo bueno, porque a partir de entonces su actitud cambió, y se mostró llena de amabilidad.

Pronto comenzó a dirigirle muchas detalladas preguntas acerca de todo ello; sobre todo, quería que le contara más cosas sobre el loco, quería saber si Ingrid no había tenido miedo de él.

—¡Oh, no, no era peligroso en absoluto! —repuso Ingrid—. Ni tampoco estaba loco, era perfectamente capaz de comprar y vender. Estaba asustado, eso es todo.

Lo más duro fue tener que referirle lo que había oído decir a su madre adoptiva. Pero lo expuso con toda franqueza, aun sofocando los sollozos.

La vieja Stava se acercó a ella, le echó hacia atrás el pañuelo que cubría la cabeza y la miró a los ojos. Luego, le acarició ligeramente la mejilla.

—No siga con eso, señorita, si no quiere —le sugirió—. Yo no tengo por qué saberlo.

Luego continuó:

—Ahora deben excusarme, pues tengo que servirle el café a su excelencia. Vuelvo enseguida y me cuentan el resto.

Cuando regresó, anunció que le había contado a la vicepresidenta la historia de la muchacha enterrada viva. Ahora su señora quería verla.

Las condujo por las escaleras hasta el segundo piso, haciéndolas pasar al pequeño salón de su excelencia, la vicepresidenta.

La señora Anna Stina se quedó a la puerta de la bella estancia, pero Ingrid, que no sentía vergüenza alguna, se adentró y fue directamente a coger la mano de la anciana señora. Podría haberse avergonzado ante otras personas de aspecto mucho menos noble, pero en esa casa ella no experimentaba ni rastro de timidez. Lo único que experimentaba era una felicidad suprema por haber llegado hasta allí.

—Así que esta es nuestra amiga, la que fue enterrada —dijo la vicepresidenta haciéndole un amistoso signo con la cabeza—. ¿Serás tan amable de contarme tu historia? ¡Estoy siempre tan sola, sin que nadie me cuente nada!

Ingrid comenzó de nuevo su narración. Pero, al poco rato, su excelencia la interrumpió e hizo exactamente lo mismo que la vieja Stava: se levantó, le retiró el pañuelo de la cabeza y la miró a los ojos.

—Claro, claro —murmuró la señora, hablando consigo misma—. Es fácil entenderlo. Es fácil entender que él obedeciera a estos ojos.

Por primera vez en su vida, Ingrid fue alabada por su coraje. La anciana pensaba que había sido muy valiente, atreviéndose a confiar en un loco.

Bueno, ella había tenido miedo, le confesó, pero aún tenía más miedo de que la gente la viera en ese estado.

Y él no era peligroso, estaba casi cuerdo, y había sido muy amable.

Su excelencia quería saber el nombre del loco, pero Ingrid no podía complacerla. El único nombre que había escuchado era el del Chivo.

Varias veces la anciana le preguntó cómo se comportaba él cuando llegaba con su mercancía. ¿No se había ella reído de él, y no había pensado que el Chivo era un ser horrible? Sonaba extraño escuchar a su excelencia decir la palabra «chivo». La pronunciaba con amargura infinita, y, sin embargo, la repetía una y otra vez.

No, a Ingrid no le parecía un ser horrible. Y ella no se reía de las personas desdichadas.

La vicepresidenta mostraba una expresión más dulce de lo que eran sus palabras.

—Amiga mía, parece que te entiendes con los locos —declaró—. Es un gran don. La mayoría de la gente tiene miedo de ellos, pobres.

Habiendo escuchado todo el relato, se puso a meditar.

—Parece que a nuestra pequeña amiga le falta un hogar, así que la invito a quedarse conmigo. Yo vivo aquí sola y estoy vieja: si me haces compañía, me aseguraré de procurarte todo lo que necesites. ¿Te parece bien? —Y siguió diciendo—: Puede que llegue un día en que tengamos que informar a tus padres de que estás viva, pero de momento las cosas se quedan como están, hasta que, mi pequeña amiga, te tranquilices. Puedes llamarme «tía», pero ¿cómo debo yo llamarte?

—Ingrid. Ingrid Berg.

—Ingrid —repitió la señora, pensativa—. Prefiero llamarte otra cosa. Desde que has traído aquí tus ojos de estrella, me ha parecido que tu nombre debe ser Mignon^[5].

Cuando la joven se dio cuenta de que había encontrado un auténtico hogar, ello no hizo sino confirmarle que la habían conducido hasta allí de alguna manera mágica. De modo que le susurró unas palabras de agradecimiento a su invisible protector, antes de darle las gracias a la vicepresidenta, a la vieja Stava y a la señora Anna Stina.

Ingrid dormía en una cama con dosel, meciéndose en un colchón de una vara y media de alto, envuelta en sábanas caladas con vainicas de una pulgada de ancho y en un edredón de seda en el que se hallaban bordadas coronas suecas y lirios franceses. El lecho era tan amplio que podía tumbarse en la posición que quisiera, tanto a lo largo como en diagonal, y tan alto que para trepar a él necesitaba dar un par de saltos. En la parte superior del baldaquín había un Cupido arrojando sobre ella unas

polícromas cortinas, que en los postes otros arqueros del amor sujetaban con festones.

En esa misma habitación había una cómoda antigua y curvilínea, con incrustaciones de madera de limonero, de donde Ingrid podía sacar toda la perfumada ropa blanca que deseara. También había un armario en el que colgaban muchos preciosos y coloridos vestidos de seda y muselina, los cuales parecían preguntarse cuál de ellos escogería la joven para ponerse.

Al despertar, encontraba a su lado una relumbrante bandeja de plata, en la que reposaba la porcelana antigua, venida de las Indias Orientales, de un juego de café. Y cada mañana hincaba profundamente sus menudos y blancos dientes en un buen pan blanco de trigo y deliciosos pasteles de almendras. Todos los días se enfundaba en un ligero vestido de muselina y se anudaba una pañoleta al pecho. Llevaba el pelo en un recogido alto sobre la nuca, pero una corona de finos tirabuzones enmarcaba su frente.

De la pared que se extendía entre dos ventanales pendía un espejo de cristal delgado y amplio marco, donde se contemplaba a sí misma y, saludando a su reflejo, preguntaba: «¿Eres tú? ¿Eres tú de verdad? ¿Cómo has llegado hasta aquí?».

Durante el día, cuando Ingrid salía de la alcoba del dosel, solía sentarse en el hermoso salón y ponerse a bordar o a pintar sobre seda, y cuando se cansaba de estos quehaceres, empuñaba la guitarra y cantaba cancioncillas, así como conversaba con la anciana vicepresidenta, quien le enseñaba a hablar francés y se complacía en darle una educación de señorita.

Pero había una idea que no la abandonaba, una idea que se había fraguado en ella desde el principio, y que recurrentemente la rondaba: el lugar al que había ido a parar era un palacio encantado.

A la mansión no acudía ningún visitante, ni nadie se marchaba de allí. Solo unas pocas de sus estancias eran mantenidas en orden: en las demás no entraba nunca nadie. Nadie salía al jardín, ni cuidaba de él. En la finca solo servía un jornalero, además de un anciano que partía leña. Y la vieja doncella Stava era asistida solo por dos criadas, que la ayudaban en la cocina y en el establo.

Sin embargo, siempre había buenas viandas en la mesa, y su excelencia e Ingrid estaban siempre bien atendidas y vestidas como bellas y nobles

damas.

Esa vieja heredad, en la que nada parecía florecer, era, no obstante, un terreno fértil para los sueños. Si no se cultivaban otras plantas, Ingrid cuidaba de las rosas de sus ensoñaciones, las cuales brotaban a su alrededor en cuanto tenía un minuto a solas: rojas rosas de sueño que formaban, eso le parecía a ella, un dosel sobre su cabeza.

Circundando la isla, donde los árboles se inclinaban hacia el agua y cubrían los juncos con sus largas ramas, donde crecían arbustos y altas matas, había un sendero que Ingrid solía recorrer. Le sorprendía ver árboles con letras grabadas en los troncos, ver los viejos bancos y lugares de descanso, y hasta un par de pabellones destartalados, tan podridos que no se atrevía a poner un pie en ellos.

¡Y pensar que por allí había pasado gente, que allí había ardido la vida, la pasión y el amor, que aquello no había sido siempre un palacio encantado!

Era en aquel sendero donde el hechizo mostraba más fuerza. Allí se le aparecía el rostro de la sonrisa. Allí podía acudir a darle las gracias a él, al estudiante, por haberla conducido a un lugar donde era tan feliz, donde la querían tanto que le hacían olvidar lo duros que otros habían sido con ella.

Si él no lo hubiera así dispuesto, habría sido imposible que ella se quedara allí, imposible por completo.

No podía sino haber sido él. Ella nunca había tenido fantasías tan desbordadas: siempre había pensado en él, pero nunca lo había sentido tan cerca, nunca había percibido cómo él la cuidaba.

Lo único que se preguntaba era cuándo iba a venir: porque vendría sin duda. Quedaba del todo descartado que él no viniera, que no volviera a recorrer esas veredas en las que había dejado parte de su alma.

Pasó el verano y el otoño. Se acercaba la Navidad.

—Señorita Ingrid —le dijo un día la vieja doncella Stava con un cierto aire de misterio—, creo que la señorita debe saber que el joven caballero

dueño de esta finca vendrá a casa por Navidad. Por lo menos —añadió con un suspiro—, suele venir siempre.

—Vaya, su excelencia nunca me ha mencionado que tuviera un hijo —replicó Ingrid.

Pero no la había sorprendido en absoluto. Más bien, ella hubiera querido responder que ya lo sabía, que lo había sabido todo ese tiempo.

—Nadie ha mencionado nada —aclaró la vieja Stava— porque su excelencia nos tiene prohibido hablar de él.

Y con ello la vieja Stava calló.

Ingrid tampoco quiso preguntarle nada más, temerosa de conocer la verdad. Sus expectativas eran tan altas que tenía miedo de que se hicieran añicos. La verdad podía ser algo maravilloso, mas también podía ser amarga y destruir todos sus hermosos sueños.

Pero después de esta breve conversación, él la rondaba día y noche. Apenas tenía tiempo para hablar con nadie más: tenía que estar con él a todas horas.

Un día se dio cuenta de que habían limpiado la nieve de las veredas. Casi se asustó. ¿Vendría ahora?

Al día siguiente, su excelencia estuvo sentada junto a la ventana toda la mañana, mirando hacia el camino. Ingrid se colocó al fondo de la estancia, pues la inquietud le impedía sentarse junto a la ventana.

—Ingrid, ¿sabes a quién espero hoy? —preguntó la anciana de repente.

La joven asintió con la cabeza, pues, al no confiar en su voz, no se atrevía a hablar.

—¿Te ha informado Stava de que mi hijo es... peculiar?

Ingrid negó con la cabeza.

—Es muy peculiar... Él... No puedo hablar de ello, no puedo. Lo verás por ti misma.

Estas palabras, que sonaban desgarradoras, impresionaron hondamente a Ingrid. ¿Qué ocurría en aquella casa que hacía todo tan extraño? ¿Había allí algo terrible, que ella ignoraba? ¿Eran el hijo y la anciana enemigos? ¿Qué ocurría?, ¿qué ocurría?

Ingrid pasaba en cuestión de minutos de una alegría exuberante al estremecedor escalofrío de la duda. Tuvo que recurrir a su caudal de

visiones para volver a sentir que iba a ser «él» el que vendría.

Aunque, desde luego, no podía explicar por qué tenía una convicción tan profunda de que «él» era precisamente el hijo de la casa. También podría ser otro, por lo que sabía. ¡Oh, Dios, qué pena no haber oído nunca su nombre!

Fue un día largo. Aguardaron en silencio la llegada de la noche.

De pronto, el jornalero llegó conduciendo un carro cargado de leños de Navidad: detuvo el caballo en el patio, mientras descargaba la madera.

—¡Ingrid! —gritó la señora, con voz imperiosa—. ¡Corre a decirle a Anders que se lleve al caballo! ¡Deprisa, deprisa!

La muchacha bajó corriendo la escalera hasta llegar al porche. Pero entonces se olvidó de darle aquella orden al jornalero. Justo detrás del carro, vio a un joven alto con una pelliza blanca y un gran saco a la espalda. Para reconocerlo no le hizo falta ver cómo, ahí quieto, no paraba de hacer reverencias.

—Pero, pero...

Se llevó la mano a la frente y respiró hondo. ¿Cómo explicarse todo aquello? ¿Por eso la había hecho bajar la señora, por aquel sujeto? ¿Y por qué el jornalero se llevaba el caballo con tanta prisa? ¿Y por qué se quitaba la gorra y saludaba? ¿Qué tenían todos que ver con el loco aquel?

Y, entonces, la verdad golpeó a Ingrid, manifiesta y devastadora, la golpeó de tal modo que estuvo a punto de gritar. No era el amado, el que había velado por ella. Era el loco el que lo había hecho. Le habían permitido quedarse a vivir allí por haber hablado bien de él. ¡Su madre había querido completar la buena obra que él había comenzado!

El Chivo: ese era el joven caballero.

Nadie vendría a reunirse con ella, nadie la había conducido hasta allí, nadie la estaba aguardando. ¡Solo eran sueños, fantasías, ilusiones!

¡Oh, qué amarga verdad! ¡Ojalá ella nunca lo hubiera esperado!

Pero, por la noche, cuando Ingrid yacía en la cama bajo el dosel y las polícromas cortinas, soñó una y otra vez que el estudiante venía a casa. «No fuiste tú quien vino», objetaba ella. «Por supuesto que fui yo», le respondía él. Y en el sueño, ella le creía.

VII

Era un día de la semana siguiente a Navidad. Ingrid se hallaba sentada junto a la ventana en el pequeño salón, con su labor de bordado. La vicepresidenta estaba en el sofá cosiendo, como acostumbraba hacer todos los días. En la estancia reinaba un silencio total.

Gunnar Hede había pasado una semana en casa. Durante todo ese tiempo, Ingrid no se encontró con él ni una sola vez, pues vivía como un campesino en su propio hogar: dormía en la casa de los criados y comía en la cocina. Nunca iba a ver a su madre.

Ingrid sabía que tanto la vicepresidenta como la vieja Stava esperaban que ella hiciera algo por Hede, que al menos tratara de persuadirlo para que se quedase en casa. Y lamentaba no poder complacerlas. Estaba desesperada ante la impotencia que la paralizaba desde que todas sus esperanzas se habían desvanecido.

Ese día la vieja Stava acababa de entrar para comunicar que Hede estaba preparando su saco, dispuesto a marcharse. Esta vez se quedaba incluso menos tiempo de lo que era habitual en sus visitas navideñas, aclaró, mientras dirigía a Ingrid una mirada de reproche.

Ingrid comprendía qué era lo que se esperaba de ella, pero se veía incapaz de actuar en consecuencia. Sin decir nada, continuó con su labor.

La vieja Stava se marchó, y el silencio recayó sobre la habitación. Ingrid olvidó por completo que no estaba sola, y de pronto le entró una especie de sopor, durante el cual todos sus tristes pensamientos conformaron un sueño fantástico.

Le parecía ir recorriendo toda la gran casa. Entraba en las numerosas salas y habitaciones, donde los muebles estaban enfundados en lienzos

grises, y los cuadros y arañas envueltos en gasa; una gruesa capa de polvo cubría el suelo y se levantaba a su paso. Al fin llegó a un cuarto en el que no había estado nunca, un cuarto bastante pequeño, de paredes y techo negros. Al aguzar la vista, observó que no era que la habitación estuviera pintada o tapizada en negro: el color oscuro se debía a que del techo y de las paredes colgaban muchos murciélagos, apretados unos contra otros, de modo que toda la estancia constituía un gran nido de quirópteros. Un cristal roto en una ventana explicaba cómo había entrado un número tan grande de esas criaturas que revestían todo el cuarto. Hibernaban allí colgadas, de modo que ni una se movió al entrar Ingrid.

Pero ella fue presa de tal pánico al contemplar dicha visión que comenzó a estremecerse y a temblar. Le parecía horrible el espectáculo, que veía con suma nitidez, de esos animales ahí colgados, con las negras alas envueltas en torno a sí como si fueran capas, aferrados a la pared como con una gran y única garra, durmiendo el sueño más inmóvil.

Lo veía con tanta claridad que se preguntó si la vieja Stava sabía que una estancia de la casa había sido invadida por los murciélagos. Así que en su sueño se acercó a ella y le preguntó si alguna vez había entrado en el cuarto aquel y visto los animales.

«Por supuesto que los he visto —respondía la vieja Stava—. Es su habitación. Como sabrá, señorita Ingrid, no hay una sola antigua mansión en este país donde no se reserve un cuarto para los murciélagos».

«Nunca había oído tal cosa», replicaba Ingrid.

«Cuando lleve en el mundo tanto tiempo como yo, verá que digo la verdad», continuaba la vieja Stava.

«¿Pero cómo puede soportarse algo así?», preguntaba Ingrid.

«Es preciso —explicaba Stava—. Esos murciélagos son los pájaros de la Señora de la Pena, y ella nos ha ordenado que los acojamos».

Ingrid se dio cuenta de que la vieja Stava no quería hablar más del tema, así que se sentó de nuevo con su labor. Pero no podía evitar preguntarse quién era la tal Señora de la Pena, que tan poderosa parecía, hasta el punto de obligar al ama de llaves a habilitar un lugar para los murciélagos.

Justo en ese momento del sueño, advirtió que un trineo cubierto negro, tirado por caballos también negros, se paraba delante del porche.

Vio que la vieja Stava salía y hacía una profunda reverencia. Del trineo se apeó una anciana dama, que llevaba un largo manto de terciopelo negro con muchos cuellos superpuestos. Andaba encorvada y con dificultad. Apenas podía levantar los pies lo suficiente para subir los escalones.

«Ingrid —decía entonces la vicepresidenta, levantando la vista de su labor—, me parece haber oído que ha llegado la Señora de la Pena. Ha debido de ser su cascabel lo que ha sonado. ¿Te has fijado en que nunca le pone colleras a sus caballos, sino solo un pequeño cascabel? ¡Pero se oye, se oye! ¡Baja, Ingrid, y dale la bienvenida a la Señora de la Pena!»

Cuando Ingrid bajó al vestíbulo, la Señora de la Pena se hallaba hablando con la vieja Stava en el porche. No le prestaron atención.

Ingrid observó con sorpresa que la encorvada anciana llevaba algo escondido debajo de cada uno de sus cuellos, que parecían de crespón negro. Algo que llevaba bien envuelto y camuflado. Ingrid miró bien, para descubrir que se trataba de un par de grandes alas de murciélago, que de esta manera trataba de ocultar. Su curiosidad por la Señora de la Pena iba en aumento, y trató de divisar su rostro, pero le fue imposible, pues tenía vuelta la cabeza. Lo que sí pudo ver, en cambio, cuando alargó la mano a la criada, fue que tenía un dedo mucho más largo que los demás, el cual terminaba en una larga y ganchuda garra.

«¿Todo sigue igual en la casa?», preguntó.

«Sí, estimada Señora de la Pena», respondió la vieja Stava.

«¿No habéis plantado flores ni habéis podado los árboles? ¿No habéis reparado el puente ni habéis quitado las malas hierbas de las veredas?»

«No, mi señora».

«Así es como debe ser —afirmó la reverenciada dama—. ¿No habéis intentado encontrar un filón en la mina o impedir que el bosque invada los campos?»

«No, mi señora».

«¿Y no habéis limpiado los pozos?»

«No, no hemos limpiado los pozos».

«Es un buen sitio este —declaró la Señora de la Pena—. Aquí me siento a gusto. Dentro de algunos años, mis pájaros podrán poblar toda la casa. Sois muy amable con mis pájaros, señora».

Al recibir esta alabanza, la vieja Stava hizo una humilde reverencia.

«Por lo demás, ¿qué tal marchan las cosas? —inquirió la Señora de la Pena—. ¿Cómo habéis celebrado la Navidad?»

«De la manera acostumbrada —respondió la vieja Stava—. Su excelencia no sale de casa y se dedica a coser día sí y día también, solo piensa en su hijo y no se entera de que es fiesta. La Nochebuena ha sido para nosotros un día más. Sin regalos y sin velas».

«¿Ni árbol ni cena de Navidad?»

«Ni misa de Navidad tampoco, mi señora, ni siquiera luces en las ventanas por la mañana».

«¿Por qué iba la vicepresidenta a festejar al Hijo de Dios, si Dios no quiere curar al suyo?», observó la Señora de la Pena.

«Claro, ¿por qué iba a hacerlo?»

«Lo tenéis ahora en casa de nuevo, tengo entendido. ¿Está tal vez algo mejor?»

«No, no está mejor. Sigue igual de asustado».

«¿Sigue comportándose como un labriego, rehúsa entrar en la casa?»

«No se le puede hacer entrar. Tiene miedo de su madre, como vos sabéis».

«¿Y come en la cocina y duerme en la casita de los sirvientes?»

«Sí, en efecto».

«¿Y no tenéis ni idea de cómo ayudarle?»

«No tenemos ni idea, ni entendemos nada».

La Señora de la Pena guardó silencio un momento. Cuando abrió la boca de nuevo, su voz tenía un tono áspero y severo.

«Todo eso está muy bien, señora Stava, pero todavía no estoy del todo satisfecha».

En ese momento se dio la vuelta y dirigió a Ingrid una penetrante mirada.

Ingrid se echó hacia atrás. La Señora de la Pena tenía una cara pequeña, arrugada, y tan apretada por abajo que apenas se le veía su mandíbula inferior. Tenía los dientes semejantes a los de una sierra, y el labio superior cubierto de vello. Era cejijunta y su tez mostraba un color marrón oscuro.

Ingrid se preguntaba si la vieja Stava veía lo mismo que ella. La Señora de la Pena no era un ser humano, sino una bestia.

Cuando divisó a Ingrid, la Señora de la Pena abrió los labios, haciendo que sus dientes brillasen.

«Cuando esta llegó —expuso dirigiéndose a la vieja Stava—, creyeron que era una enviada. Creyeron ver en sus ojos que la habían enviado para salvarle, pues se entendía con los locos. Bueno, ¿cuál es el resultado?»

«Ninguno. Ella no ha hecho nada».

«Fui yo quien se hizo cargo del asunto —aclaró la Señora de la Pena—. Fue gracias a mí que no le dijeron por qué se la acogía en esta casa. Si lo hubiera sabido, no se habría hecho todas esas ilusiones color de rosa, esas ilusiones de encontrarse con el amado. Si no se hubiera hecho ilusiones, su decepción no habría sido tan terrible. Y si la decepción no la hubiera paralizado, podría haber hecho algo por el pobre demente. Ahora ni siquiera lo mira. Lo odia, por no ser quien debería ser. Es obra mía, Stava, es obra mía».

«Vos sabéis lo que hacéis», replicó la vieja Stava.

La Señora de la Pena sacó un pañuelo de encaje y se limpió los enrojecidos ojos, con un gesto que parecía de satisfacción.

«No hace falta que me deis coba, Stava —señaló—. Sé que no os gusta que haya cogido esa habitación para mis pájaros. No os gusta que pronto me vaya a adueñar de toda la casa. Lo sé. Vos y la señora pensabais engañarme. Pero ahora se acabó».

«Sí —asintió la vieja Stava—, vos podéis estar tranquila. Se acabó. El joven caballero se va hoy. Se ha preparado el morral y va a marcharse, seguro. Se acabó todo lo que hemos estado soñando su excelencia y yo todo el otoño. Nada se ha llevado a cabo. Creíamos que ella al menos podría hacer que se quedara en casa, pero, a pesar de todo lo que hemos hecho por ella, ella no ha hecho nada por nosotros».

«Sí, ha sido mala, lo sé —dijo la Señora de la Pena—. Pero en cualquier caso debe desaparecer de aquí. Es de esto de lo que quiero hablar con su excelencia».

La Señora de la Pena, con sus piernas vacilantes, comenzó a arrastrarse por las escaleras hasta el segundo piso. A cada paso levantaba un poco las

alas como para ayudarse con ellas. Sin duda, habría preferido volar.

Ingrid la siguió, extrañamente atraída y fascinada. Ni si hubiera sido la mujer más bella del mundo, habría sentido un impulso tan fuerte de seguirla.

Cuando Ingrid entró en el saloncito, la Señora de la Pena estaba sentada junto a la vicepresidenta en el sofá, susurrándole con gran confianza, como si fueran viejas y buenas amigas.

«Comprende que no debes seguir manteniéndola a tu lado —decía la Señora en tono adulator—. Tú, que no puedes soportar que crezca una flor en tu jardín, ¿cómo puedes admitir que viva una joven en tu casa? Ello siempre trae algo de alegría y diversión, y eso no te conviene nada».

«No, en eso justamente estaba pensando».

«¡Búscale acomodo como dama de compañía en otro sitio, pero no te la quedes tú!»

Se levantó para despedirse. «Esto era todo lo que quería decirte —añadió—. Por lo demás, ¿qué tal estás?»

«Siento que a todas horas se me clavan cuchillos y tijeras en el corazón —respondió la anciana—. No vivo sino con él mientras él está aquí. Es peor que nunca, esta vez es mucho peor. No puedo soportarlo más».

Ingrid dio un respingo: sonaba la campanilla de la vicepresidenta. Su ensoñación había sido tan vívida que se sorprendió de que la anciana estuviera sola, así como de que el trineo negro no se hallara aparcado frente a la puerta.

Su excelencia había tocado la campanilla para llamar a Stava, pero esta no acudía, de modo que le pidió a Ingrid que fuera a su habitación a llamarla.

Ingrid así lo hizo, pero en el cuarto a cuadros azules no había nadie. La joven se dirigió entonces a la cocina con la intención de preguntar dónde se hallaba el ama de llaves, pero, antes de abrir la puerta, oyó hablar a Hede y se quedó paralizada: no podía soportar encontrarse con él.

Sin embargo, trató de dominarse. ¿Tenía él la culpa de no ser el que había esperado? Debía intentar hacer algo por él, debía persuadirlo para que se quedara en casa. Antes, no había sentido tal aversión por él. No era tan terrible.

Se agachó y miró por la cerradura.

Hede estaba sentado a la mesa, comiendo. Ocurría aquí lo mismo que en otros sitios: las criadas se burlaban de él con todo descaro, incitándole a hablar para así oír su extraño discurso. Le preguntaban con quién se iba a casar.

Hede sonreía: estaba muy contento de que le preguntaran eso.

—Se llama Lirio de Sepulcro, ya lo sabéis —respondió.

No, no sabían que tuviera un nombre tan bonito.

—Bueno, pero ¿dónde vive?

—No tiene casa, no tiene hogar —contestó Hede—. Su casa es mi saco.

Las muchachas observaron que ese era un bonito hogar, y le preguntaron por sus padres.

—No tiene padre, ni tiene madre —replicó Hede—. Es tan delicada como una flor, ha brotado en un jardín.

Hasta ahí hablaba con bastante claridad, pero al tratar de describir la belleza de su novia, no acertaba a explicarse. Pronunciaba muchas palabras, que se mezclaban de manera extraña. No se podía seguir su hilo de pensamiento, pero el hablar le proporcionaba un gran placer. Sonreía e irradiaba alegría.

Ingrid huyó a toda prisa. No podía soportarlo. No podía hacer nada por él. Le era repugnante.

Pero apenas hubo comenzado a subir las escaleras, sintió de nuevo remordimientos. ¡La habían tratado tan bien en esa casa! Y, sin embargo, no estaba dispuesta a dar nada a cambio.

Para tratar de vencer la repugnancia, intentó transformar mentalmente a Hede en un caballero. ¿Qué aspecto habría tenido antes, con ropa elegante y el pelo peinado hacia atrás? Cerró los ojos un instante, concentrándose en ello. ¡No, era imposible! No podía verlo más que con el aspecto que tenía ahora.

De pronto, los contornos de un rostro amado se recortaron ante ella. La imagen flotaba a su izquierda, maravillosamente clara.

Esta vez el rostro no sonreía. Le temblaban los labios de dolor, y un sufrimiento indecible había grabado profundos surcos en los ángulos de su boca.

Parada en medio de las escaleras, Ingrid lo contemplaba. Allí estaba, revoloteando, etéreo, tan imposible de agarrar como una mancha solar que se refleja en el vidrio esmerilado de una araña, pero igual de visible, igual de real. Pensó en la ensoñación que acababa de tener, pero esto era distinto. Esto era algo real.

Cuando hubo contemplado el semblante aquel durante un rato, este comenzó a mover los labios: hablaba, pero ella no oía sonido alguno. Trató entonces de ver lo que decía, trató de leer las palabras de sus labios, como hacen los sordos: y lo consiguió.

«No me dejes marchar —decían los labios—. ¡No me dejes marchar!»

¡Y con qué angustia lo decían! Si alguien se hubiera arrojado a sus pies rogándole por su vida, no la habría impresionado tanto. La conmoción la hizo temblar. Era lo más desgarrador que había presenciado nunca. Nunca hubiera imaginado que alguien pudiera suplicar con una ansiedad tan horrible.

Los labios no cesaban de implorar: «¡No me dejes marchar!». Y cada vez la angustia crecía más en ellos.

Ingrid, sin comprender nada, permanecía inmóvil, presa de una compasión indescriptible. Debía sin duda de ser algo más que la vida lo que estaba en juego para aquellos labios, debía de tratarse de la salvación del alma.

Llegó un punto en que los labios se detuvieron, quedándose entreabiertos en un gesto de lánguida desesperación.

Cuando adquirieron esa expresión embobada, Ingrid lanzó un grito y se tambaleó unos pasos por las escaleras. Reconoció la cara del loco, exactamente como la acababa de ver.

—¡No, no, no! —exclamó—. No puede ser eso, no puede ser, no puede. No es posible que sea él.

En ese mismo instante el rostro desapareció.

Permaneció sentada en las frías escaleras una media hora, llorando, hundida en la desesperación y el desaliento. Al final, sin embargo, le llegó un soplo de esperanza, de esperanza clara y reconfortante. Se aventuró de nuevo a levantar la cabeza.

Todo lo que había sucedido significaba que había llegado a esa casa para salvarlo. Por ese motivo la habían conducido hasta allí, para gozar de la felicidad de devolverlo a la vida.

En el pequeño salón su excelencia hablaba con el ama de llaves. En un conmovedor tono lastimoso, le pedía a la criada que convenciera a su hijo para que se quedara unos días más.

La vieja Stava respondía con dureza y rigidez:

—Se lo puedo pedir, pero vos sabéis que es inútil, nadie es capaz de lograr que se quede aquí más tiempo de lo que él quiere.

—Pero si tenemos suficiente dinero. No necesita marcharse en absoluto. ¿No puedes decirle...?

En ese preciso momento la puerta se abrió sin hacer ruido y entró Ingrid. Se deslizó por la habitación con paso ligero. Sus ojos brillaban, como si estuvieran contemplando algo hermoso y distante.

Cuando la señora la vio, frunció levemente el ceño. La invadió un deseo de ser a su vez cruel, de infligir daño.

—¡Ingrid —profirió—, ven aquí! Tengo que hablar contigo acerca de tu porvenir.

La joven, habiendo cogido su guitarra, estaba a punto de salir de la estancia. Se volvió hacia la anciana.

—Acerca de mi porvenir... —repitió acariciándose la frente, para luego continuar con una pequeña sonrisa de mártir—. Mi porvenir ya está decidido.

Y salió de la habitación sin decir más.

La vicepresidenta y el ama de llaves se miraron con sorpresa. Después comenzaron a deliberar sobre adónde enviar a la muchacha.

Pero, cuando la vieja Stava bajó a su habitación, halló a Ingrid allí, cantando cancioncillas y tocando la guitarra. Hede estaba sentado frente a ella, escuchando, con el semblante como iluminado por el sol.

VIII

Desde el momento en que Ingrid reconoció a Gunnar Hede en la persona del loco, no tuvo otro pensamiento que curarle. Pero era esta una tarea difícil, y la verdad es que no tenía la más mínima idea de cómo llevarla a cabo.

Empezó por persuadirlo, simplemente, para que se quedase en casa: algo que logró con bastante facilidad. Solo por oírle tocar el violín o la guitarra un ratito cada día, él la esperaba pacientemente mañana y noche en el cuarto de la vieja Stava.

Ella sabía que sería un gran avance si conseguía convencerle de que entrara en las otras habitaciones. Pero esto era algo para lo que él no estaba en absoluto preparado. Así que Ingrid lo intentó encerrándose en su cuarto y diciéndole que no tocaría nada más para él si no iba a verla. Al cabo de dos días, Gunnar empezó a preparar el saco para irse, y ella no tuvo más remedio que ceder.

Él sentía una gran predilección por ella, era evidente que la prefería a cualquier otra persona, pero eso no le hacía sacrificarle nada de su miedo.

Ella le pidió que tirase la pelliza y se pusiera un abrigo corriente para andar por ahí. Él consintió enseguida, pero al día siguiente volvió a ponerse la pelliza. Ingrid entonces se la escondió, pero cuando él cogió la del jornalero, se la devolvió, pensando que para eso era mejor que llevara la suya propia.

Gunnar seguía teniendo mucho miedo y no permitía que nadie se le acercara demasiado. Ni siquiera Ingrid podía sentarse a su lado.

Un día ella quiso que él le prometiera no hacer reverencias ante el gato. No era muy difícil lo que le pedía, como sí lo hubiera sido el que dejara de

hacer reverencias ante un caballo o un perro. Pero ¿cómo podía asustarle un pequeño gatito?

—Bueno —respondió él—, es que es un chivo, un macho cabrío.

—No puede ser ni un chivo ni un macho cabrío —objetó Ingrid—. No tiene cuernos.

Saber eso lo alegró. Por fin había encontrado algo que le ayudaría a distinguir a las cabras de los demás animales. Así que cuando al día siguiente vio al gato de la vieja Stava, exclamó:

—¡Este chivo no tiene cuernos!

Y se echó a reír con arrogancia, tras lo cual pasó ante él y se sentó en un sofá para escuchar tocar a Ingrid. Sin embargo, al cabo de un rato, empezó a ponerse nervioso: se levantó, se acercó al gato e hizo una reverencia.

Ingrid, desesperada, lo cogió del brazo y lo sacudió. Ante lo cual él salió corriendo por la puerta y no volvió a aparecer hasta el día siguiente.

—Hija mía —le instó la señora—, haces como yo, los mismos intentos. Vas a asustarle tanto que ya no querrá volverte a ver. Es mejor dejarle tranquilo. Estamos contentas solo con que se quede en casa.

Así que lo único que cabía hacer era callar y retorcerse las manos de dolor al ver cómo aquel ser humano refinado y encantador seguía escondido en el pellejo de un loco. Ingrid habría querido saber si toda su misión en aquella casa iba a consistir en tocar una y otra vez las melodías de su abuelo. ¿Sería así toda la vida? ¿Nunca iban a cambiar las cosas?

También solía contarle cuentos. Y ocurría a veces que, en medio del relato, el rostro de él se iluminaba, y era capaz de decirle algo extrañamente bello y hermoso, algo que a una persona cuerda nunca se le habría ocurrido. Eso bastaba para devolver el valor y la esperanza a la joven, que de nuevo retomaba su interminable lucha.

Era un atardecer, a la hora en que la luna comienza a subir hacia el firmamento. El suelo estaba cubierto de blanca nieve y el agua del lago se había convertido en hielo reluciente. Los árboles se recortaban en negro y

marrón sobre un cielo al que el sol poniente había proporcionado un tono rojo fuego.

Ingrid se dirigía hacia el lago con la intención de patinar. Caminaba por un sendero estrecho abierto en la nieve. Gunnar Hede la seguía, con cierta actitud sumisa que recordaba a la de un perro que va detrás de su amo.

Ingrid tenía aspecto de cansancio. Sus ojos carecían de brillo, y su tez estaba pálida, grisácea. Mientras andaba, se preguntó si el día aquel que estaba a punto de acabar estaba satisfecho de cómo se había desarrollado, y si era a causa de su alegría por lo que avivaba aquel atardecer rojizo en el poniente. Ella, por su parte, no tenía ningún motivo para encender una hoguera de alegría ni ese día ni ningún otro. Todo un mes había pasado desde que había reconocido a Gunnar Hede, sin haber hecho ningún progreso.

Experimentaba una gran angustia. Temía que todo aquello no condujese sino al desgaste de su amor. Comenzaba a olvidar al estudiante para pensar solo en el enfermo. El amor se despojaba de toda su hermosura, luz y ligereza. Ya no quedaba más que una pesada gravedad.

Su desesperación crecía según avanzaba hacia el lago. Parecía ignorar totalmente lo que debía hacer, sentía que no había más remedio que rendirse. ¡Dios mío, Dios mío, pensar que tras ella caminaba una persona fuerte y de aspecto sano y, sin embargo, tan gravemente enferma e incurable!

Al llegar al lago, se puso los patines, y, queriendo convencer a Gunnar de que la acompañase, le ajustó asimismo los suyos. Pero él se cayó tan pronto como plantó el pie en el hielo. Se arrastró de nuevo hacia tierra firme para sentarse en una roca, y ella lo dejó.

Justo enfrente de esa roca en la que Gunnar Hede se había sentado, se hallaba un pequeño islote cubierto de abedules y álamos sin hojas, y, al fondo, el refulgente cielo vespertino seguía teniendo el mismo color rojo fuego. Las hermosas y ligeras copas de los árboles se recortaban sobre ese tapiz rojizo con tanta belleza que era imposible no reparar en ellas.

Suele ocurrir que lo que nos hace reconocer un lugar es algún rasgo peculiar del mismo, pues nuestro conocimiento nunca abarca todas las facetas y ángulos, ni siquiera de aquello que creemos conocer mejor que

nada. Munkhyttan era muy reconocible en dicho islote. Incluso después de años sin ver la finca, uno la podía reconocer en ese montículo que emergía de las aguas y acariciaba el ocaso con su oscuro ramaje.

Hede permaneció inmóvil contemplando la isla, las finas ramas y el ceniciento hielo que se extendía en todas direcciones. Esta era la imagen que a él le resultaba más familiar de todas. No había ninguna otra parte de la heredad que él conociera tan bien. Porque, como se ha dicho, era precisamente esa isla la que atraía todas las miradas. No pasó mucho rato hasta que, aún con los ojos clavados en la isla, dejó de pensar en ella, como se hace con las cosas familiares. Siguió mirando largo rato: nada le molestaba, ningún ser humano, ningún soplo de viento, ningún elemento extraño. Ingrid estaba fuera de su vista, habiendo desaparecido a toda prisa sobre el hielo.

Gunnar Hede se vio invadido por una paz y una calma totales, las mismas que se aprecian en los que regresan al hogar. La pequeña isla irradiaba seguridad y reposo, adormeciendo hasta el sosiego la perpetua angustia que lo torturaba.

Persuadido de estar siempre rodeado de enemigos, Hede hasta entonces no había pensado sino en protegerse. Durante años no había conocido la paz que ahora lo inundaba y le permitía olvidarse de sí mismo.

Mientras así seguía, sentado sin pensar en nada, con el hielo ante él y los patines puestos, le dio por ejecutar un movimiento puramente mecánico, como suele hacerse cuando se está en circunstancias habituales. Se levantó y comenzó a patinar por el lago helado. Y lo hizo sin pensar, al igual que se hace al manejar un tenedor y una cuchara para comer.

Se deslizó raudo por la helada superficie, que estaba en condiciones óptimas para patinar. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, ya estaba muy alejado de tierra firme.

«Qué hielo tan estupendo —pensó— me pregunto por qué no he venido antes hoy. Por lo menos ayer estuve aquí un buen rato —se consoló—. No voy a dejar pasar un día sin venir, mientras tenga vacaciones».

Fue como si parte de su antiguo yo despertara: seguramente debió de ser por volver a la que era una de sus costumbres favoritas antes de enfermar. Los recuerdos e imágenes vinculados a su antigua vida se abrían paso hasta

emerger en su conciencia, al tiempo que todos los pensamientos relacionados con la enfermedad se hundían en el olvido.

Como solía hacer siempre que patinaba, trazó una larga curva por el lago para poder ver más allá de un cierto punto. Lo hizo de manera inconsciente, pero cuando rebasó ese punto, se dio cuenta de que había ido hasta allí para ver si había una luz en la ventana de su madre.

«Debe de estar pensando en que ya es hora de que vaya a verla; pero que espere un poco. El hielo está fantástico».

El movimiento y el hermoso atardecer despertaban en él vagas sensaciones de júbilo. Esa era la hora de patinar, bajo el incipiente claro de luna, en esa dulce transición entre el día y la noche que traía lo mejor de ambos y que tanto le gustaba. La luz se resistía a abandonar el paisaje, pero ya reinaba la calma nocturna.

Había otra persona patinando a lo lejos, una joven. No sabía si la conocía, pero se dirigió hacia ella para verla mejor. No, no era nadie conocido; no obstante, al pasar a su lado, no pudo evitar hacer un comentario sobre lo maravilloso que estaba el hielo.

La desconocida era probablemente una señorita del pueblo, que a todas luces no estaba acostumbrada a que le dirigiesen la palabra así como así. Cuando él le habló, su reacción fue de espanto. Pues claro, ataviado de los pies a la cabeza con ropajes campesinos, el aspecto de Hede era bien extraño.

Así que, decidido a no seguir asustándola, se alejó patinando. El helado lago era suficientemente grande para los dos.

Pero Ingrid había estado a punto de lanzar un grito de sorpresa. Él se había acercado a ella, con movimiento hermoso y elegante, los brazos cruzados sobre el pecho, con el ala del sombrero levantada y el pelo, que generalmente le caía hacia las orejas, echado hacia atrás. Y le había hablado con voz de hombre educado, sin que casi se notase el acento de Dalecarlia. Ingrid no se paró a pensar y patinó rauda hacia la orilla.

Entró jadeando en la cocina. No sabía cómo explicar lo ocurrido de manera concisa y clara.

—¡Señorita Stava, el señor ha regresado!

La cocina estaba vacía, pues tanto Stava como las criadas estaban fuera. Tampoco había nadie en el cuarto del ama de llaves. Ingrid recorrió a toda velocidad la casa, entrando en estancias donde jamás nadie ponía el pie. No cesaba de gritar lo mismo una y otra vez: «¡Señorita Stava, señorita Stava! ¡El señor ha regresado!».

Estaba fuera de sí. En el descansillo del piso superior continuó gritando, rodeada de las dos criadas, de la vieja Stava y de la anciana vicepresidenta. Repetía la misma frase sin parar, demasiado excitada para guardar silencio.

Todas entendieron perfectamente lo que quería decir y se mostraban tan excitadas como ella, con las facciones desencajadas y las manos temblorosas. Ingrid se dirigía alternativamente a una y a otra, aturdida. Quería dar explicaciones y órdenes, pero ¿sobre qué? ¡Dios, cómo podía perder el control de esa forma! Miró con desesperado gesto interrogante a la vicepresidenta, como preguntando: «¿Qué era lo que yo quería?».

La anciana, con voz baja y temblorosa, casi susurrando, ordenó:

—¡Encended la lámpara y la chimenea en la habitación del señor! Y preparadle la ropa.

No era el momento ni la ocasión de que la vieja Stava se jactase de nada. Pero había cierta arrogancia en su voz cuando respondió:

—Siempre hay luz y fuego en la habitación del señor. Y su ropa está siempre fuera del armario, esperándole.

—Ingrid subirá hasta allí —ordenó la señora.

La joven hizo todo lo contrario: entró en el salón y fue hacia la ventana, sollozando y temblando, pero sin ser consciente de ello. Se enjugó con impaciencia las lágrimas de los ojos para contemplar la llanura de nieve que se extendía enfrente de la casa. Si conseguía contener el llanto, podría ver todo lo que ocurría bajo la nítida luz de la luna.

Entonces él apareció a la vista.

—¡Ahí, ahí! —exclamó, dirigiéndose a la señora—. ¡Ahí viene corriendo! ¡Venga a verlo!

La anciana, sentada junto al fuego, permaneció inmóvil. Así como la joven procuraba ver mejor, ella se esforzó por aguzar el oído y le pidió a Ingrid que guardase silencio, a fin de poder oír los pasos de su hijo. Sí, lo haría, estaría callada, y la señora podría oírlo. Agarrándose al marco de la

ventana, como si eso la ayudara a dominarse, susurró para sus adentros: «Estate callada, para que su excelencia pueda oír los pasos de su hijo».

La señora, inclinada hacia adelante, escuchaba con toda su alma. ¿Oía ya sus pasos en el recinto? A buen seguro esperaba que los dirigiera a la cocina. Ingrid percibía que la anciana no se atrevía a creer que pudiera encaminarse a otro sitio que no fuera la cocina. ¿Oía ahora cómo crujía la gran escalera? ¿Oía cómo se abría la puerta del gran descansillo? ¿Oía con qué velocidad alguien subía por las escaleras al segundo piso? ¡Subía los escalones de dos en dos y hasta de tres en tres! ¿Oía la madre esos pasos, que ya no eran los lentos y pesados pasos de un labriego?

Lo cierto es que casi causaba miedo oír cómo se acercaba a la puerta del salón: las dos habrían gritado del susto si él hubiera llegado a entrar.

Pero, una vez arriba, él cambió de rumbo y cruzó el descansillo en dirección a su habitación.

La anciana se reclinó en el sofá y cerró los ojos. A Ingrid le pareció que la mujer hubiera querido morir en ese momento.

Sin abrir los ojos, extendió la mano. Ingrid se acercó y la cogió; la anciana la atrajo hacia sí:

—Mignon, Mignon —dijo—, era el nombre adecuado.

Luego continuó:

—No, no vamos a ponernos a llorar. No vamos a hablar de esto ahora. ¡Coge un taburete y siéntate aquí junto al fuego! Vamos a tranquilizarnos, mi pequeña amiga. Vamos a hablar de otra cosa. Tenemos que estar muy tranquilas cuando él venga.

Al cabo de media hora, Hede entró, vistiendo un elegante traje y con aspecto noble. El té estaba servido; la araña, encendida, e Ingrid y la vicepresidenta se apretaron la mano con fuerza. Mientras esperaban, se habían preparado para verle aparecer. Era imposible adivinar qué haría o diría él, advirtió la anciana: era siempre impredecible. Pero, en todo caso, las dos permanecerían en calma.

Ingrid, en efecto, se había tranquilizado. De ella se había apoderado un intenso sentimiento de felicidad, que calmó su agitación. Le parecía ascender a una suerte de beatitud celestial, reposando sin cuitas en brazos de ángeles que la transportaban cada vez más arriba.

En la actitud de Hede no se apreciaba ninguna confusión.

—He venido —dijo— solo para comunicaros que tengo un fuerte dolor de cabeza y me voy a ir a la cama de inmediato. Lo he notado ya mientras estaba patinando.

La anciana no respondió. No estaba preparada para algo tan fácil. Necesitó al menos un segundo para digerir que su hijo, ignorando la enfermedad, vivía en algún lugar del pasado.

—Pero ¿podría tal vez tomar una taza de té? —preguntó, un poco sorprendido por el silencio.

La anciana se acercó a la bandeja del té. Él la miró.

—¿Has estado llorando, madre? Estás muy callada...

—Mi amiga y yo —contestó la vicepresidenta señalando a Ingrid— hemos estado hablando de una triste historia.

—¡Ah, perdón! —replicó él—. No me he dado cuenta de que teníamos visita.

La joven se mostró a la luz, tan hermosa como solo puede serlo quien sabe que las puertas del cielo van a abrirse enseguida ante ella.

Un tanto rígido, él la saludó. Obviamente, no la reconocía. Su madre los presentó.

Miró fugazmente a Ingrid.

—Acabo de ver a la señorita Ingrid abajo, patinando —observó él.

No sabía nada de ella, ni había hablado con ella nunca.

IX

La que vino a continuación fue una temporada bastante feliz. Desde luego no era que Gunnar Hede estuviera curado, pero sus allegadas podían por suerte hacerse a la idea de que iba camino de ello. Su memoria en buena medida le fallaba, no recordaba largos períodos de su vida, no podía tocar el violín, casi todos sus conocimientos se habían borrado y sus capacidades intelectuales se hallaban también tan mermadas que no quería ni leer ni escribir. No obstante, estaba mucho mejor: ya no se asustaba, quería a su madre y había recuperado los modales y los hábitos de un caballero. Era fácil entender que la anciana y el resto de los habitantes de la casa no cupieran en sí de gozo.

Y Hede irradiaba un humor excelente: se mostraba animado y alegre todo el día, sin gastar su energía en cavilaciones; pasaba por alto todas las cosas que no entendía y hablaba lleno de regocijo y entusiasmo, evitando temas de conversación que requiriesen un esfuerzo mental.

Lo que más le divertía era el movimiento físico. Salía con Ingrid a dar largos paseos en patines o en trineo: no le hablaba mucho, pero ella estaba contenta de acompañarle. Él, por su parte, era amable con Ingrid, igual que con todos los demás, pero no experimentaba el más mínimo sentimiento amoroso hacia ella.

Muy a menudo él pensaba en su novia, en por qué ella no le escribía y cosas así. Pero esa preocupación, como las demás, le abandonaba enseguida. Se sacudía con rapidez todos los pensamientos incómodos.

Ingrid se dio cuenta de que así nunca se recuperaría del todo. Había a toda costa que obligarle a pensar, a mirar dentro de sí mismo, que era lo que no osaba hacer. Pero ni ella ni los demás se atrevían a forzarle a ello. En

cambio, quizá él reuniría el valor si ella conseguía gustarle al menos un poco.

De momento, lo que todos ellos necesitaban más que nada era ser un poquito felices.

Por entonces ocurrió que, en la casa del capellán de Råglanda, donde Ingrid se había criado, murió un niño pequeño. De modo que el sepulturero se puso a preparar una tumba para él.

La estaba cavando muy cerca del lugar donde el verano anterior había abierto la fosa para Ingrid. Cuando se hallaba a unos pies bajo tierra, se topó por casualidad con una esquina del ataúd que había sido el de ella.

El sepulturero no pudo evitar sonreír un poco para sus adentros. Por descontado, conocía la historia de cómo la joven que yacía en aquel féretro había supuestamente resucitado. Se contaba, ya el propio día del funeral, cómo había desatornillado la tapa de la caja para a continuación levantarse de la tumba y aparecerse en la casa del capellán. Bueno, la esposa del pastor no despertaba muchas simpatías, así que los parroquianos gustaban de narrar tal historia. ¡Si la gente supiera lo bien aprisionados que quedan los muertos bajo tierra y lo bien cerrada que queda la tapa del ataúd...!

Tuvo que interrumpir su pensamiento. En la esquina del féretro que sobresalía, la tapa se veía un poco torcida, y un tornillo estaba suelto.

No dijo ni pensó nada, pero interrumpió su trabajo un momento y se puso a silbar: silbó el toque a diana del regimiento de Värmland, pues había sido soldado.

Pero, a continuación, resolvió que era mejor aclarar el asunto cuanto antes. Un sepulturero no podía permitirse pensar en aparecidos que muestran sus poderes en las sombrías noches de otoño. Así que, a toda prisa, siguió excavando, y luego golpeó el ataúd con la pala.

El ataúd respondió con toda claridad: estaba vacío, vacío, vacío...

Media hora más tarde, el sepulturero se presentó en casa del capellán. Todo el mundo allí se hacía preguntas y aventuraba conjeturas. Estaban de

acuerdo en que la joven había estado metida en el saco del buhonero de Dalecarlia. Pero ¿adónde había ido después?

La señora Anna Stina estaba junto al horno de la casa del capellán, vigilando cómo se cocían los panecillos que estaban preparando para el nuevo funeral. Durante largo rato escuchó todo lo que allí se decía, sin decir palabra. De lo único que se ocupaba era de que el pan no se quemase: sacaba y metía la masa y mantenía a todo el mundo a respetuosa distancia con su gran pala. Pero de modo inesperado, se quitó el delantal y, tras secarse el sudor y limpiarse un poco la cara de hollín, fue a hablar con el pastor en privado, casi antes de que ella misma se diera cuenta de lo que había hecho.

Así que no es de extrañar que no mucho tiempo después, un día de marzo, un pequeño trineo rojo procedente de la casa del capellán, con tulipanes verdes pintados y tirado por un caballito, se detuviera frente a las escaleras de Munkhyttan.

Lo que querían por supuesto era que Ingrid regresara a casa con su madre. El pastor había ido a buscarla. No dijo mucho acerca de si estaban contentos de que ella siguiera con vida y esas cosas, pero se le veía radiante de felicidad. Nunca había sido capaz de perdonarse a sí mismo el no haberle dado a su hija el suficiente cariño, y ahora rebosaba alegría ante la perspectiva de poder empezar de nuevo y hacer las cosas bien esta vez.

No se dijo ni una palabra sobre los motivos de su fuga: no tenía sentido desenterrar el pasado y atormentarse con él. Pero Ingrid entendió que la esposa del pastor había vivido una temporada muy difícil, torturada por el remordimiento, y que, si la querían de vuelta, era para portarse bien con ella. Se dio cuenta también de que casi era una obligación volver a casa para demostrar que no guardaba rencor a sus padres adoptivos.

Todo el mundo daba por hecho que regresaría para estar allí una semana o dos. ¿Por qué no iba a hacerlo? No podía alegar que la necesitaban en Munkhyttan. A buen seguro podía permitirse estar fuera un par de semanas, sin ocasionarle con ello ningún perjuicio a Gunnar Hede. Le resultaba duro, pero probablemente lo mejor era que partiese, ya que todos parecían quererlo así.

Tal vez ella hubiera deseado que le rogaran quedarse. Ya en el trineo, tenía la sensación de que la anciana o Stava iban a venir a sacarla de él y a llevarla de nuevo a la finca. Le parecía algo irreal el ir en aquel vehículo que se internaba en el bosque mientras Munkhyttan desaparecía tras ella.

¿Y si la causa de que no hubieran querido retenerla era por pura y simple bondad? Tal vez habían creído que su juventud y sus ganas de vivir la impulsaban a huir de la soledad de Munkhyttan. Tal vez la habían creído cansada de ser la cuidadora de un loco. Levantó la mano como queriendo tomar las riendas para hacer cambiar su rumbo al caballo. Ahora, a una milla de la finca, cayó en la cuenta de que, si la habían dejado marchar, era por su bien, pero le habría gustado regresar para preguntarlo.

Envuelta en aquel gran mutismo, no acertaba a aclarar sus dudas en el confuso bosque. Nadie le daba respuestas o consejos: ni los pinos, ni los abetos, ni las ardillas, ni los búhos, ni, sobre todo, ningún ser humano.

Le era totalmente indiferente cómo la trataran en la casa del capellán. La trataban muy bien, o eso le parecía, pero daba igual. Si la hubieran llevado a un palacio con un jardín de ensueño, habría sido lo mismo. No hay lecho lo suficientemente blando que pueda ofrecer consuelo a aquel que sufre de nostalgia.

Al principio, ella rogaba día tras día, con toda la humildad posible, que le permitieran regresar a Munkhyttan, una vez había tenido la gran alegría de volver a ver a su madre y a sus hermanos. Pero entonces se le oponía como obstáculo el estado de los caminos. Debía esperar a que con el deshielo estos fueran de nuevo transitables. A buen seguro, su regreso no era una cuestión de vida o muerte.

A Ingrid le costaba entender por qué todos —su padre y su madre y el resto de los habitantes del pueblecito— se molestaban tanto cuando ella manifestaba su voluntad de volver con Hede. Era como si, estando en Råglanda, no se tuviera derecho a sentir añoranza por ningún otro lugar del mundo.

De manera que pronto llegó a la conclusión de que lo mejor era no hablar de su futura partida, pues le salían con interminables objeciones no bien mencionaba el tema. No les bastaba con alegar el mal estado del camino: a su alrededor levantaban cercados y muros y excavaban fosos. Le adjudicaban todo tipo de tareas: tejer colchas, hilar sábanas, sembrar en el vivero. ¡Y cómo iba a irse antes de la gran fiesta de cumpleaños que se preparaba en la casa parroquial! ¡Ni tampoco antes de la boda de Karin Landberg!

Lo único que podía hacer era elevar las manos hacia el cielo de primavera y rezar para que este apresurara su obra; rezar para que volvieran la luz y el calor, suplicando al dulce sol que se esforzara por despejar los linderos del bosque, que enviara sus delgados y penetrantes rayos a través de los pinos para derretir la nieve acumulada bajo los mismos. ¡Querido, amado sol! Daba igual si no se fundía toda la nieve del valle, si al menos las colinas quedaban limpias y los senderos del bosque, practicables; si al menos las aldeanas podían acceder a sus chozas y las ciénagas se secaban; si por lo menos el camino forestal, una mitad más corto que la carretera, se despejaba.

Si en efecto ese camino quedaba expedito, Ingrid conocía a una persona que no esperaría a que la llevaran ni pediría dinero para su transporte. Alguien que saldría de la casa del capellán una clara noche sin pedirle permiso a nadie.

No era la primera vez que anhelaba la llegada de la primavera. Eso era algo que todo el mundo hacía, esperar la primavera. Pero Ingrid se daba cuenta de que nunca la había deseado tanto, hasta el punto de que su espera de otros tiempos ni siquiera merecía el nombre de anhelo.

Lo que había hecho otros años era soñar con las hojas verdes y las anémonas, con el canto del tordo y el grito del cuco. Pero eso no habían sido sino niñerías. No puede decirse que verdaderamente anhele la llegada de la primavera quien solo espera una explosión de belleza. Ahora ella habría sido capaz de agarrar y besar el primer pedazo de tierra sucia que sobresaliera de la nieve, habría querido coger la primera arrugada hoja de ortiga que brotara, solo para sentir, en la quemazón de la piel, que el invierno había terminado.

Todo el mundo estaba en extremo cariñoso con ella. Pero, aunque ella no les decía nada, ellos tenían la convicción de que estaba deseando marcharse.

—No puedo entender por qué quieres volver allá a cuidar del loco ese —le espetó Karin Landberg un día, como si hubiera sido capaz de leer los pensamientos de Ingrid.

—Oh, esa idea ya se le ha quitado de la cabeza —replicó la esposa del pastor, antes de que la joven tuviese tiempo de contestar por sí misma.

Cuando Karin se hubo marchado, su madre le dijo:

—A todos les choca que quieras dejarnos.

Ingrid guardó silencio.

—Se dice que, desde que Hede mejoró, tal vez te hayas enamorado de él.

—Oh, no, desde que mejoró, no —contestó Ingrid, a punto de echarse a reír.

—Bueno, sea como sea, no es un buen partido —comentó la madre adoptiva—. Tu padre y yo hemos estado hablando de ello y creemos que lo mejor para ti es que te quedes con nosotros.

—Sois muy buenos por querer que me quede —respondió Ingrid, conmovida por el hecho de que la trataran tan bien.

Y ellos no la creían, por muy sumisa que se mostrara. Ella se preguntaba qué pajarito les contaba lo que realmente sentía. Su madre adoptiva ya le había dicho que no podía marcharse. Pero, no contenta con esto, volvía a la carga:

—Si te necesitaran allá, te escribirían.

Una vez más, Ingrid estuvo a punto de prorrumpir en carcajadas. Sí que sería curioso que llegara una carta de un palacio de cuento. ¿De verdad pensaba su madre que el Rey de la Montaña escribía a la doncella cautiva cuando a esta le fue dado visitar a su madre y se olvidó de regresar^[6]?

¡Si su madre hubiera sabido cuántos mensajes le llegaban a Ingrid! Si lo hubiera sabido, le habría dado un ataque. Los mensajes llegaban por la noche, en sueños; y por el día, en forma de visiones. Él le hacía saber a Ingrid cuánto la necesitaba. ¡Estaba muy enfermo, enfermísimo!

Ella era consciente de que tenía que volver con él, ya que estaba a punto de caer de nuevo en la locura. No hacía falta que nadie le informara de esta verdad: ya la sabía por sí misma.

Los grandes ojos de estrella de la joven miraban cada vez más lejos. Quienes percibían esa mirada comprendían que ella no tendría paz mientras no saliese de Råglanda.

Tampoco es tan difícil averiguar, al mirar a una persona, si se halla a gusto donde está o si siente nostalgia de otro lugar. Basta con apreciar el destello de felicidad que brilla en los ojos de esa persona cuando llega del trabajo o se sienta junto al fuego. Pero en los ojos de Ingrid no se veía ese destello, excepto cuando contemplaba el arroyo crecido que bajaba bailando de la montaña hacia el bosque, y que le abriría el camino.

Un día que Ingrid estaba a solas con Karin Landberg, ocurrió que comenzó a relatarle cómo había sido su estancia en Munkhyttan. Karin se espantó. ¿Cómo había podido Ingrid aguantar eso?

A Karin Landberg, como se ha dicho, le faltaba poco para casarse. Y ahora estaba en ese punto en que no era capaz de hablar más que de su prometido. No sabía nada que él no le hubiera enseñado, ni le era posible llevar a cabo nada sin pedirle ayuda.

Recordó entonces que Olov le había contado algo que podía utilizar para disuadir a Ingrid, si era cierto que había empezado a encapricharse del loco. Quería demostrarle lo chiflado que de verdad estaba Hede. Pues Olov le había relatado cómo, mientras paseaba por el mercado el otoño anterior, un par de hombres habían dicho que el Chivo no estaba loco de veras, que solo fingía estarlo para atraer clientes. Pero Olov sostenía que estaba loco. Para probarlo, había ido a la plaza de ganado y había comprado una miserable cabritilla. ¡Y vaya si el Chivo estaba loco! Olov solo había tenido que colocar la cabra ante él, en el mostrador donde tenía esparcidos sus cuchillos, para que este saliera corriendo espantado, abandonando el saco y la mercancía. Y todo el mundo se había desternillado de la risa al ver su reacción. No, no era posible que a Ingrid le gustase alguien que estaba tan chalado.

Tal vez fue una imprudencia por parte de Karin Landberg el no mirar a Ingrid a la cara mientras le narraba esa historia. Si hubiera visto cómo

fruncía el ceño, tal vez habría tenido más cuidado.

—¡Y tú quieres casarte con un tipo capaz de hacer algo así! —exclamó Ingrid—. ¡En mi opinión, sería mejor casarse con el propio Chivo!

Y esto lo dijo de una forma tan clara y contundente, y era tan extraño que ella, normalmente de modales tan suaves, se expresara con tanta dureza, que fue como si a Karin le hubieran echado un jarro de agua fría. Esta se quedó preocupada durante varios días, dándole vueltas a la posibilidad de que Olov no fuera como ella quería que fuese. La posibilidad le amargó tanto la vida que por fin resolvió contárselo todo a Olov, y entonces él se mostró lo suficientemente bueno como para consolarla y tranquilizarla.

En Värmland, esperar la llegada de la primavera se hace eterno. Puede hacer sol y calor una tarde, y, sin embargo, a la mañana siguiente el suelo puede aparecer cubierto de nieve. Aunque empiecen a verdear los groselleros y los prados, los bosques de abedules siguen desnudos, y sus hojas parecen empeñadas en no brotar.

Por Pentecostés, la primavera había llegado al valle, pero sin escuchar los ruegos de Ingrid. Las aldeanas seguían sin llevar el ganado al monte, los pantanos no se habían secado y el camino del bosque continuaba intransitable.

El día de Pentecostés, Ingrid acudió a la iglesia en compañía de su madre adoptiva. Al ser una festividad solemne, fueron en coche. A Ingrid siempre le había encantado entrar a toda velocidad a la plaza de la iglesia, mientras que los que esperaban apoyados en el muro o al borde del camino se quitaban el sombrero para saludar, y los que estaban en medio de la carretera se apartaban dando grandes zancadas, como si la presencia del coche los abrumara. Pero ese día aquello ya no la hacía feliz. Como dice el proverbio sueco: «La añoranza hace que la rosa pierda su aroma y la luna llena, su resplandor».

No obstante, Ingrid disfrutó del sermón, disfrutó escuchando cómo los discípulos de Cristo fueron consolados en su pesar nostálgico a través del júbilo de un milagro, disfrutó al saber que Jesús se acordó de consolar a aquellos que tanto lo echaban de menos.

Mientras Ingrid y los demás feligreses estaban en la iglesia, un buen mozo de Dalecarlia llegó andando por el camino. Vestía una pelliza y llevaba el saco auestas, como si fuera incapaz de distinguir el verano del invierno, y los días laborables de los días festivos. No entró en la iglesia, sino que, pasando sigilosamente y con gran cuidado ante los caballos que estaban atados a las verjas, se coló en el cementerio, para acto seguido sentarse en una tumba a pensar en todos los muertos que allí dormían y en una muerta que había despertado de nuevo a la vida. Ahí permanecía sentado cuando todo el mundo salió del templo.

El prometido de Karin Landberg, Olov, fue uno de los primeros en salir: al mirar casualmente hacia el cementerio, vio al joven de Dalecarlia. Por curiosidad o por otro motivo —es difícil decirlo— fue a hablar con él: quería comprobar si era posible que, ahora que se suponía que estaba a punto de curarse, hubiera caído de nuevo en la locura.

¡Y vaya si era posible! El joven se puso a referirle de inmediato cómo estaba allí esperando a una muchacha llamada Lirio de Sepulcro, que iba a venir a tocar para él: que tocaba de hecho tan bien que hacía bailar al sol y las estrellas.

Entonces Olov comunicó al joven de Dalecarlia que la muchacha a la que esperaba se hallaba en la plaza de la iglesia. Solo con que se levantara, podría divisarla. Ella sin duda estaría encantada de verle.

La esposa del pastor e Ingrid iban justo a subir al coche cuando el buen mozo de Dalecarlia se acercó corriendo. Llegó a toda velocidad, a pesar de verse obligado a hacer una reverencia ante los caballos que encontró a su paso, y con entusiasmo agitó la mano para saludar a la joven.

Tan pronto como Ingrid le vio, se quedó paralizada. ¿Era mayor la alegría de encontrarle que su desesperación por hallarle otra vez loco? No sabría decirlo. En todo caso, se olvidó por completo del mundo que la rodeaba, y sus ojos comenzaron a refulgir. A buen seguro en ese momento no veía al pobre y miserable hombrecillo, sino que sentía la presencia del maravilloso espíritu que tan enfermizamente había añorado.

Todos los fieles que abarrotaban el lugar se pararon a mirarla. Nadie podía apartar los ojos de su rostro. Ella, mientras tanto, en lugar de moverse para ir a su encuentro, seguía inmóvil esperando que él se acercase. Los que

la veían resplandecer de felicidad casi querían creer que el que la saludaba era un hombre maravilloso, y no un loco. Luego comentarían cómo parecía haberse establecido una conexión entre el alma de él y la de ella, una ligazón secreta tan profundamente arraigada en lo inconsciente que ninguna mente humana podía captarla.

Pero cuando Hede se hallaba tan solo a unos pasos de Ingrid, la madre adoptiva de esta, queriendo evitar el encuentro entre ambos a la vista de tanta gente, la agarró con rapidez, la levantó y la sentó en el coche. Una vez que ambas estuvieron dentro, el cochero fustigó los caballos, que salieron a todo galope.

Tras ellas sonaron dos gritos salvajes y terribles. La esposa del pastor dio gracias a Dios por haber podido subir a la chica a tiempo al vehículo.

A una hora aún temprana de la tarde, un campesino se acercó a la casa del capellán para hablar con este. Era respecto al loco de Dalecarlia, que había tenido un acceso de locura más fuerte de lo habitual, hasta el punto de que habían tenido que atarlo. ¿Qué debían hacer con él? ¿Qué aconsejaba el pastor?

El consejo del pastor fue que lo condujeran a su casa. Informó al campesino de quién era y dónde vivía.

Más tarde, le contaron todo esto a Ingrid. Lo más seguro era hacerle saber la verdad, ante la cual sería razonable.

Pero, cuando cayó la noche, ella se dio cuenta de que no podía seguir esperando la llegada de la primavera. Así que la pobre se puso en camino hacia Munkhyttan, pero no tomando el sendero del bosque, sino la carretera. Aunque el viaje sería el doble de largo, la carretera la conduciría también a su destino.

X

Era el lunes de Pentecostés, temprano por la tarde. Ingrid caminaba por la carretera, atravesando la clara región de colinas bajas y de pequeños islotes de abedules que emergían entre los campos y a veces en medio de ellos. De los serbales y los cerezos alisos brotaban flores, y de los álamos temblones, brillantes y resinosas hojas; las acequias rebosaban agua clara y burbujeante, que hacía reverberar y refulgir a las piedras recién lavadas del fondo.

Mientras andaba, Ingrid se afligía por Hede, que había perdido de nuevo la razón, y se preguntaba si ella sería capaz de hacer algo por él, si en definitiva serviría de algo el haber abandonado el hogar.

Hambrienta y cansada, notó cómo los zapatos comenzaban a destrozársele. Pensó entonces que era mejor que diese media vuelta. Lo más probable era que nunca llegara a su destino.

Cuanto más avanzaba, más aumentaba su desánimo. No podía evitar pensar que no valía de gran cosa que regresara a Munkhyttan, ahora que Hede se había vuelto completamente loco. Sin duda, era demasiado tarde, no había ya esperanza.

Sin embargo, cada vez que pensaba en desistir, veía el rostro de Hede junto a su mejilla, muy cerca, tal y como con anterioridad lo había visto muchas veces. Entonces, al creer que él la llamaba, renacían en ella la esperanza y la convicción de que sería capaz de curarlo.

En uno de esos momentos en que Ingrid, recuperando la confianza, levantaba la cabeza, vio que tenía extraña compañía.

Junto a ella trotaba un caballito tirando de un pequeño carro, en el cual iban sentados una señora gorda y, a su lado, un flaco y macilento caballero

de largos bigotes.

Allí, en el campo, donde nadie sabía nada de arte, el señor y la señora Blomgren se esforzaban en pasar por personas normales y corrientes. El carrito en el que iban estaba bien cubierto por un toldo, de manera que nadie habría adivinado su contenido: fuegos artificiales, aparatos de magia y títeres de guiñol. Tampoco nadie habría podido imaginar que la vieja gorda que iba sentada en el vehículo, con pintas de rica dama burguesa, fuese la señorita Viola, la que en otro tiempo voló por los aires, o que el hombre que la acompañaba, semejante a un militar retirado, fuera el mismísimo señor Blomgren, que, a veces, para romper la monotonía del camino, daba un salto mortal sobre el caballito, o bien hacía de ventrílocuo dialogando con los tordos y jilgueros que cantaban en los árboles, alterándolos sobremanera.

El caballo era un ejemplar pequeño, pequeñito, que antaño había tirado de un tiovivo, y que por eso no quería andar si no era al son de algún tipo de música. Así que la señora Blomgren, las más veces, se sentaba en lo alto del carro tocando un birimbao, pero en cuanto se topaban con alguien, se lo metía en el bolsillo para que no los tomaran por artistas, dado que a estos en las zonas rurales no se les tiene ningún respeto. Eso hacía que no avanzaran muy rápido que digamos, pero también es verdad que no tenían prisa.

El violinista ciego se veía obligado a caminar a un trecho de distancia de ellos, para no revelar que pertenecía a la misma *troupe*. Aquel llevaba un pequeño perro guía, pues le estaba prohibido tener un lazarillo: y es que a los Blomgren eso les habría recordado a una niña llamada Ingrid, lo cual habría sido demasiado doloroso.

Toda esa gente se hallaba recorriendo el campo para disfrutar de la primavera. A pesar de los beneficios que habrían podido obtener de gira por la ciudad, el señor y la señora Blomgren, verdaderos artistas, tenían que salir al campo en esa época del año.

No reconocieron a Ingrid, y esta, en un primer momento, pasó de largo sin saludar, pues tenía prisa y temía que la entretuvieran. Pero de inmediato pensó que eso estaba feo y que era un gesto despiadado, así que volvió sobre sus pasos para encontrarse con ellos.

Si Ingrid hubiera sido capaz de sentir alegría entonces, se habría puesto contentísima al ver la felicidad de aquellos dos ancianos al reencontrarla. Entablaron una larga conversación en la jerga más enrevesada. El caballito volvía la cabeza una y otra vez para ver si el tiovivo se había estropeado.

Por extraño que parezca, era Ingrid quien hablaba más. Los ancianos, al darse cuenta de que había estado llorando, se preocuparon muchísimo, de modo que ella se vio obligada a relatarles todas sus andanzas y desventuras. Para Ingrid era desde luego un consuelo poder hablar de ello a aquellas gentes que tenían su propia manera de valorar las cosas. Aplaudieron cuando refirió cómo había salido de la tumba, y cómo luego había asustado a la esposa del pastor. La acariciaron y alabaron por haber abandonado la casa del capellán. Para ellos no existía nada pesado ni penoso, sino que todo era fácil y halagüeño. No tenían vara de medir la realidad, y por eso su crudeza no podía afectarles. Todo lo que escuchaban lo comparaban con sus obras de guiñol y sus pantomimas. Ciertamente es que en las pantomimas ponían siempre un poquito de tristeza y miseria, pero solo para intensificar el efecto. Y, por supuesto, todo acababa bien. Las pantomimas tenían siempre un final feliz.

Esa actitud optimista era en parte contagiosa. Ingrid se daba cuenta de que no llegaban a comprender cuán grande era su desgracia, pero, a pesar de ello, le resultaba alentador escucharlos. Además, iban a acabar por ayudarla de verdad.

Y es que le contaron que habían estado comiendo hacía un rato en la posada de Torsåkers, y que, cuando se habían levantado de la mesa, habían visto que un grupo de campesinos llegaba en un carromato a la fonda llevando consigo a un loco. La señora Blomgren no podía soportar la visión de un demente, de manera que había querido marcharse enseguida, y el señor Blomgren había obedecido. ¿Y si ese fuera el loco de Ingrid? Esta repuso que era lo más probable, y se dispuso a partir.

Pero el señor Blomgren preguntó entonces a su esposa, en su característico tono solemne, si no habían dejado la ciudad nada más que para gozar de la primavera, y si no les daba por ello igual tomar un camino u otro. A lo que la anciana señora Blomgren respondió con otra pregunta en

el mismo tono dramático: ¿creía él que iba a abandonar a su amada Ingrid antes de que esta hubiera llegado a su puerto de salvación?

Así que hicieron dar media vuelta al caballito de tiovivo, y a partir de ese momento la conversación se hizo más difícil, ya que debían tocar el birimbao para que aquel anduviese. Cuando la señora Blomgren quería decir algo, tenía que pasar el instrumento al señor Blomgren, y cuando el señor Blomgren quería hablar, se lo devolvía a su esposa. Y el jamelgo se detenía cada vez que el birimbao cambiaba de boca.

Todo el rato estuvieron hablando a Ingrid de cosas reconfortantes. Echaron mano de todos los cuentos que habían representado en el guiñol: la consolaron con la historia de la Bella Durmiente, con la historia de Cenicienta, con todos los cuentos de hadas del mundo.

El señor y la señora Blomgren contemplaban a Ingrid, al notar que sus ojos comenzaban por fin a brillar.

—¡Ojos de artista! —exclamaron con satisfacción, haciéndose un gesto con la cabeza—. ¿Qué te decía yo? ¡Ojos de artista!

De alguna manera inefable habían llegado a la conclusión de que Ingrid se había convertido en uno de los suyos, en una artista. Convencidos de que hacía un papel en una obra dramática, eso era para ellos un triunfo en sus postreros días.

Avanzaron lo más deprisa posible, inquietos ante la posibilidad de que el loco ya no estuviera en la posada.

Pero allí seguía, y lo peor de todo era que nadie sabía cómo sacarlo del lugar. Lo tenían encerrado en una habitación, mientras los dos labriegos de Råglanda que lo habían traído esperaban un caballo. Lo habían dejado con las manos fuertemente atadas a la espalda, pero de alguna forma había logrado desatarse, y cuando habían ido a buscarlo, se lo habían encontrado suelto y blandiendo una silla como arma de ataque. Lo único que habían podido hacer era apresurarse a salir y cerrar de nuevo la puerta tras ellos. Ahora aguardaban a que el posadero y sus hombres volvieran a casa y entre todos consiguieran reducirle para atarle de nuevo.

Sin embargo, la esperanza que sus viejos amigos habían infundido en Ingrid no se apagó. Sabía que Hede estaba peor que nunca, pero eso no la

hizo desesperar. No eran los cuentos que le habían contado, sino su gran afecto, lo que la había llenado de valor.

Ingrid rogó que la dejaran entrar con Hede, diciéndoles que lo conocía y que a ella no le haría nada. Pero los campesinos contestaron que ellos no estaban también locos: el de dentro mataría a cualquier persona que osara entrar y no pudiera defenderse.

Ingrid guardó silencio durante un largo rato, reflexionando. Pensaba en lo maravilloso que era haberse encontrado ese día con los Blomgren. Eso debía de significar algo. No se habrían cruzado en su camino, si no hubiera sido una especie de señal.

Además, se puso a meditar sobre cómo Hede había casi recobrado la razón la última vez. ¿No podía ahora despertar en él algún recuerdo del pasado que borrara de su mente los desvaríos de la locura? No dejaba de darle vueltas a cómo hacerlo.

El señor y la señora Blomgren, sentados en un banco a la puerta de la posada, tenían un aspecto más triste de lo que nadie hubiera imaginado que pudiesen llegar a tener. Estaban a punto de llorar.

Entonces la joven Ingrid se les acercó y les brindó una de esas inigualables sonrisas suyas, al tiempo que les acariciaba las viejas mejillas arrugadas y les pedía que le proporcionaran el gran placer de permitirle presenciar un espectáculo de aquellos en los que antaño ella participaba todos los días. Sería un gran consuelo para ella.

Ellos rehusaron al principio, pues les faltaba su habitual disposición alegre y artística, pero ante las continuas sonrisas de Ingrid acabaron dándose por vencidos. Así que fueron al carricoche a buscar sus trajes de tricot.

Cuando estuvieron listos y llamaron al ciego, Ingrid eligió el lugar de la representación. No quería que fuese el patio, sino el jardín de la posada, pues esta contaba en efecto con un jardín. Ciertamente es que en su mayor parte estaba conformado por un terruño en el que nada había germinado todavía,

pero también se veía algún que otro manzano en flor. Ingrid quería verlos actuar justo debajo de uno de esos manzanos.

Unos cuantos jornaleros y criadas acudieron corriendo al oír el violín, con lo que se formó un pequeño público. Sin embargo, a los Blomgren les costaba arrancar. Ingrid les pedía demasiado, apesadumbrados como estaban.

Además, la elección de esa parte del jardín había sido desafortunada, pues era allí adonde daban las ventanas de los cuartos de huéspedes; Ingrid no parecía haber pensado en eso. La señora Blomgren estuvo a punto de salir corriendo cuando oyó que de repente se abría bruscamente una ventana. ¿Qué pasaría si el loco, al escuchar la música, saltaba al jardín e iba hacia ellos?

Pero la anciana se tranquilizó cuando vio quién aparecía en la ventana. Se trataba de un joven de aspecto agradable, en mangas de camisa, pero bien vestido. Su mirada era apacible, sus labios sonreían, y con la mano se retiraba el cabello que le caía sobre la frente.

El señor Blomgren estaba haciendo sus ejercicios, tan concentrado en la representación que no se percató de nada. La señora Blomgren, en cambio, al no tener nada que hacer sino lanzar besos al público, podía prestar atención a todo lo que ocurría a su alrededor.

¿No era maravilloso cómo la niña Ingrid de pronto resplandecía de felicidad? Sus ojos habían adquirido un brillo nunca visto, y su rostro relucía de puro blanco. Y todo ese esplendor se dirigía hacia el joven de la ventana.

Este no se lo pensó dos veces: se encaramó al alféizar y saltó hacia donde ellos estaban. Entonces se acercó al ciego y le pidió prestado su violín.

Ingrid de inmediato tomó el violín del ciego y se lo entregó al extraño.

—Toca el vals de *El cazador furtivo* —le conminó.

Así, el extraño comenzó a tocar, mientras Ingrid, sonriendo, ofrecía un aspecto tan sobrenatural que la señora Blomgren pensó que la muchacha iba a transfigurarse en un rayo de sol y alejarse volando.

Pero, cuando ella escuchó la música producida por el extraño, lo reconoció. «Vaya —dijo para sus adentros—. Vaya, así que es él. Por eso

Ingrid quería que nosotros, pobres viejos, actuáramos».

Gunnar Hede, encerrado en el cuarto, se había puesto tan furioso que hubiera querido matar a alguien. Pero entonces había de pronto oído a un ciego tocar al pie de su ventana, y esto le había transportado a una escena de su pasado.

Empezó a preguntarse dónde podía estar su propio violín, hasta recordar que Ålin se lo había llevado, de manera que lo único que podía hacer era pedir prestado al ciego el suyo para así tranquilizarse tocando. Se sentía terriblemente agitado.

Tan pronto como tuvo el violín del ciego en la mano, comenzó a tocar. Ni se le pasó por la cabeza que pudiera haber olvidado hacerlo. No tenía ni idea de que durante años solo había sido capaz de arrancar a las cuerdas un par de pobres y breves melodías.

Estaba totalmente convencido de que se encontraba en Uppsala, a la entrada de la casa recubierta de parra silvestre. Esperaba que los acróbatas se pusieran a bailar, como habían hecho la última vez.

Hede se afanó en tocar con más brío con el fin de obligarlos a hacerlo, pero sus dedos estaban entumecidos y reacios, y el arco no quería obedecerle del todo. Se esforzó tanto que gotas de sudor brotaron de su frente. Por fin, consiguió entonar la antigua tocata, aquella a cuyo son antaño habían bailado los Blomgren. La tocó de una forma tan atractiva, tan seductora que podría haber derretido cualquier corazón.

Sin embargo, los viejos artistas no bailaron. Había pasado mucho tiempo desde aquella vez que se habían encontrado con Hede en Uppsala, y no recordaban lo fascinados que entonces habían quedado con aquella música. No tenían ni idea de lo que se esperaba de ellos.

Hede posó su mirada en Ingrid para obtener una explicación: ¿por qué los acróbatas no bailaban? Mas fue tal su asombro al encontrarse con el sobrenatural brillo de los ojos de la joven que dejó de tocar.

Permaneció ahí detenido un momento, mirando en derredor. Todas las miradas se hallaban fijas en él, extrañamente inquietas.

Le resultaba imposible tocar mientras le miraban de esa forma. Así que se alejó de ellos. Como vio un conjunto de manzanos en flor al fondo del jardín, para allí que se dirigió.

Se dio cuenta de que nada concordaba con la sensación que acababa de tener, la sensación de estar en su casa de Uppsala, donde Ålin le había obligado a recluirse. El jardín era demasiado grande, y la casa no estaba recubierta de parra. No, aquello no podía ser Uppsala.

Pero la verdad es que le daba igual dónde estuviera. Pensó que, después de no haber tocado en siglos, ahora tenía un violín entre las manos. Ahora podría tocar.

Así que apoyó el violín en la mejilla y comenzó. Pero de nuevo los rígidos movimientos de los dedos, que le obligaban a ejecutar solo las melodías más simples, se lo impedían.

—Voy a tener que empezar otra vez de cero —exclamó. Y, esbozando una pequeña sonrisa, empezó a tocar un breve *minué*, el primero que había aprendido, pues su padre solía tocarlo, y él había sido capaz de reproducirlo de oído. Recordó enseguida la escena y la letra del mismo: «*El principito iba a bailar / pero el pie se le torció*».

Luego lo intentó con varios sencillos aires de baile que solía tocar cuando era un colegial, cuando le pedían que acudiera a la escuela femenina y acompañara con su música los ejercicios de baile de las alumnas. Ahora, al tocar esas melodías, veía a las niñas saltar y girar mientras escuchaba cómo la profesora de danza marcaba el ritmo.

Iba cobrando valor, y esto le permitió acometer el primer movimiento de un cuarteto de cuerda de Mozart que había aprendido cuando iba al instituto en Falun. Por aquel entonces, varios hombres mayores estaban ensayando el cuarteto para un concierto, pero, como el primer violín se había puesto enfermo, a pesar de su juventud, le había tocado a él hacerse cargo de esa parte, lo cual le había enorgullecido no poco.

Gunnar Hede no pensaba más que en superar la rigidez de sus dedos mientras practicaba con esas tonadas infantiles. Pero pronto se dio cuenta de que algo maravilloso le estaba sucediendo.

Percibía claramente cómo profundas tinieblas, que habitaban en el interior de su cerebro, tapaban su pasado. Cuando intentaba recordar algo,

era como buscar a tientas dentro de una habitación a oscuras. Sin embargo, al tocar, parte de las tinieblas se disipaba. Sin que se diera cuenta, la oscuridad se aclaró de tal modo que ya era capaz de recordar sus años de infancia y de escuela.

Finalmente, decidió dejar que el violín le guiase, confiando en que tal vez podría con él ahuyentar para siempre la oscuridad de su mente.

Y así fue: con cada melodía que arrancaba a las cuerdas clareaban un poco las turbias sombras. El violín le condujo en un viaje a través de todos los años de su vida, trayéndole el recuerdo de los estudios, de los amigos, de las diversiones. Las tinieblas se cernían ante él, pero cuando las confrontaba, armado con su instrumento, las conseguía doblegar poco a poco. A veces miraba hacia atrás, como para ver si la noche se cerraba a sus espaldas. Pero lo que había a sus espaldas era un claro y luminoso día.

El violín produjo a continuación una serie de dúos para piano y violín, tan solo unos compases de cada uno: pero una gran masa de tinieblas se esfumó y él recordó a su antigua novia y la época del compromiso. Le habría gustado detenerse en esa parte de su pasado, pero no había tiempo para ello: todavía quedaba mucha oscuridad que conjurar con la música.

Continuó con un salmo, uno que había escuchado en cierta ocasión, en un momento de gran desconsuelo. Recordaba haberlo oído en una iglesia rural, pero ¿cuál era la causa de su aflicción? Pues que se había convertido en un pobre buhonero que recorría los pueblos con su mercancía. Era una vida dura. No constituía un recuerdo agradable.

El arco se deslizaba como un torbellino sobre las cuerdas, mientras caía otro gran velo de negrura. Ahora veía el gran bosque, los animales sepultados bajo la nieve, las figuras extrañas que formaban. Recordó el viaje que hizo para ver a su novia, recordó cómo ella había roto el compromiso. Todos estos recuerdos se presentaron de súbito ante él, diáfanos. Ninguno de ellos le hacía sentirse particularmente triste o alegre. Lo importante era que había recobrado la capacidad de recordar. Solo esto suponía una dicha infinita.

En ese momento, el arco se detuvo por sí solo y se negó a seguir guiándole. Y eso que todavía quedaban cosas, muchas cosas, por recordar. Aún las tinieblas se erguían como un sólido muro frente a él.

Obligó al arco a continuar, y este respondió tocando dos pequeñas melodías insignificantes, de las más insulsas que jamás hubiera escuchado. ¿Cómo su arco había aprendido algo semejante?

La oscuridad no retrocedía ante aquellos compases, que no le aportaban nada. En cambio, de ellos surgía una angustia que no era consciente de haber experimentado nunca antes. Un terror demencial, atroz: el absurdo pavor del alma, de los espíritus perdidos.

Dejó de tocar, no podía soportarlo. ¿Qué había en esas canciones, qué podía ser?

Las sombras no retrocedían ante ellas, y lo más espantoso era darse cuenta de que, si no combatía la oscuridad con su violín, le envolvería y le sepultaría para siempre.

Había estado tocando con los ojos entornados: ahora alzó la vista y contempló la realidad circundante. Vio entonces a Ingrid, que había estado allí escuchándolo todo el rato, y él, no esperando una respuesta, sino solo intentando contener por un momento las tinieblas, le preguntó:

—¿Cuándo fue la última vez que toqué esto?

Ingrid temblaba. Había tomado una decisión: pasara lo que pasase, él sabría la verdad; pasara lo que pasase, ella se la diría. Asustada como estaba, no le faltaba el coraje, y su resolución era firme. No se le escaparía más. No le dejaría marcharse de su lado.

Pero, a pesar de su valor, no se atrevía a decirle a Hede que esas eran las melodías que se había acostumbrado a tocar durante su locura, así que dio un rodeo:

—Eso solías tocarlo en casa, en Munkhyttan, durante el invierno —respondió.

Hede se veía rodeado de misterios. ¿Por qué la chica lo tuteaba? No era una muchacha rústica, iba peinada como una señorita, con el cabello recogido en alto y con pequeños bucles. Su vestido estaba tejido a mano, pero llevaba al cuello un bonito pañuelo de encaje. Su piel era blanca, y sus manos, pequeñas. Ese hermoso rostro guarnecido de unos ojos grandes y soñadores no parecía pertenecer a una campesina. La memoria de Hede no le daba ningún dato acerca de la chica. ¿Por qué entonces lo había tuteado? ¿Cómo sabía que esas melodías las tocaba en su casa?

—¿Cómo te llamas? —inquirió—. ¿Quién eres tú?

—Soy Ingrid, aquella chica a la que conociste en Uppsala hace muchos años, y que consolaste por no ser capaz de aprender a bailar en la cuerda floja.

Esta respuesta le retrotrajo al pasado, que ya se había esclarecido para Hede. La recordaba perfectamente.

—¡Pero cómo has crecido y qué guapa te has puesto, Ingrid! —exclamó—. ¡Y qué elegante te has vuelto! ¡Qué precioso broche llevas!

Ya llevaba un rato contemplando aquel broche, que creía reconocer: se parecía mucho a uno de esmalte y perlas que había pertenecido a su madre.

La joven respondió de inmediato:

—Este broche me lo dio tu madre. Te sonará, seguramente.

Gunnar Hede dejó entonces el violín a un lado y se acercó a Ingrid.

—¿Cómo puede ser eso? —le preguntó con gran viveza—. ¿Cómo es que llevas su broche? ¿Por qué yo no estaba al tanto de que conocías a mi madre?

Ingrid se sobresaltó, palideciendo de espanto. Sabía ya cuál iba a ser la siguiente pregunta.

—No sé nada, Ingrid. No sé por qué estoy aquí. No sé por qué estás aquí. ¿Por qué no lo sé?

—¡Oh, no, no me preguntes eso! —exclamó ella dando un paso hacia atrás y levantando los brazos como para protegerse.

—¿No me lo quieres decir?

—¡No preguntes, no preguntes!

Él asió con fuerza su muñeca para forzarla a decir la verdad.

—¡Respóndeme! Pero, si estoy en mi sano juicio, ¿por qué hay cosas que no recuerdo?

Ingrid percibió algo salvaje y amenazador en el interior de sus ojos. Él ya sabía lo que ella iba a responder. Pero ¿cómo decirle a alguien que había estado loco? Era mucho más difícil de lo que pensaba. Era imposible, imposible.

—¡Respóndeme! —repitió. Pero ella notó en su voz que en el fondo no quería saberlo. Podría matarla si se lo decía.

Así que apeló a su amor, miró a Gunnar Hede directamente a los ojos y habló:

—No has estado del todo cuerdo.

—¿Durante mucho tiempo?

—No lo sé exactamente. Tres o cuatro años...

—Estaba chalado perdido, ¿verdad?

—¡No, no! Ibas por ahí vendiendo y comprando, acudías a las ferias.

—¿En qué consistía mi locura, entonces?

—Tenías miedo.

—¿De quién tenía miedo?

—De los animales...

—¿De las cabras, tal vez?

—Sí, sobre todo de las cabras.

Hede seguía agarrando con fuerza la muñeca de Ingrid. Luego la soltó, como si se deshiciera de ella. Se alejó de Ingrid, furioso, como si la chica taimadamente le hubiera lanzado una vil calumnia.

Pero ese sentimiento cedió ante otro que le conmovía aún más hondamente. Ante sí contempló, tan clara como si fuera una pintura, la imagen de un buen mozo de Dalecarlia, encorvado bajo una enorme bolsa. El mozo estaba intentando entrar en una cabaña de campesinos, pero un perro pequeño y miserable le cortaba el paso. Se detuvo, se puso a hacer reverencias sin atreverse a entrar, hasta que un hombre salió de la casa riendo y ahuyentó al can.

Al ver esto, una ansiedad atroz volvió a embargarle.

Y esta ansiedad hizo que desaparecieran las visiones, pero en su lugar comenzaron a llegar voces, gritos y chillidos que oía a su alrededor. Risas, insultos pronunciados fuerte y alto. Cruels y atroces voces agudas de niños. Y una palabra, un nombre que se repite, que gritan, que vociferan, que susurran, que bufan en sus oídos: «¡Chivo! ¡Chivo!».

¡Todo eso le concernía a él, Gunnar Hede! En ese infierno había vivido. Experimentó, totalmente cuerdo, el mismo indecible horror que le había atenazado estando loco. Pero ahora no tenía miedo de nada que viniera de fuera, ahora tenía miedo de sí mismo.

—¡Ese soy yo! ¡Ese he sido yo! —gritó, retorciéndose las manos.

Al momento siguiente estaba de rodillas ante un pequeño banco: se inclinó sobre él y lloró sin parar.

—¡Ese he sido yo! —gimió entre sollozos—. ¡Ese he sido yo!

¿Tendría valor suficiente para soportar esa idea? ¡Haber sido un loco del que todo el mundo se reía y burlaba!

—¡Oh, quiero estar loco otra vez! —dijo mientras daba puñetazos en el banco—. ¡No hay hombre que pueda soportar esto!

Aguantó la respiración por un momento. Las tinieblas se acercaron a él como una invocada redención, iban a envolverle como una bruma. Esbozó una pequeña sonrisa. Sentía cómo sus rasgos se aflojaban, cómo recuperaba la mirada de loco.

Era mejor así. No podía aguantar lo otro, la conciencia de que lo habían señalado, de que se habían reído y mofado de él, ¡el loco! No, mejor serlo de nuevo y no ser consciente de ello. Ya no tenía nada que hacer en la vida. Todos lo aborrecían.

Sobre él se cernían los primeros, ligeros y flotantes velos de sombra.

Ingrid seguía allí, presenciando toda la angustia de Hede, sabedora de que todo estaba a punto de echarse a perder de nuevo. Se daba perfecta cuenta de que la locura iba a apresarle otra vez.

Y ella estaba llena de miedo, el valor la había abandonado. Pero, antes de que volvieran su demencia y su espanto, que impedirían a persona alguna acercarse, quería al menos despedirse de él y de toda su felicidad.

Hede sintió a Ingrid llegar y arrodillarse junto a él, tras lo cual le rodeó el cuello con el brazo, puso la mejilla contra la suya y lo besó.

¡No se creía demasiado buena para acercarse a él, no se creía demasiado buena para darle un beso!

Un tenue silbido rasgó la oscuridad. Los flameantes cendales de bruma se retiraron, pareciendo adquirir la forma de cabezas de serpiente que habían estado acosándolo, y que ahora silbaban con rabia por no haberle podido morder.

—No te lo tomes tan mal —susurró Ingrid—. No te lo tomes tan mal. Nadie pensará en el pasado una vez que estés del todo bien.

—Me quiero volver loco otra vez —replicó él—. No puedo soportarlo. No puedo soportar la imagen de lo que he sido.

—Claro que puedes —le alentó Ingrid.

—Nadie podrá olvidarlo —protestó—. He sido algo horrible. Nadie podrá quererme.

—Yo te quiero —dijo ella.

Él levantó la mirada, dubitativo.

—Me has besado para que no me vuelva loco de nuevo. Te apiadas de mí.

—Podría besarte otra vez —contestó.

—Ya, dices eso porque es lo que yo necesito oír.

—¿Necesitas que alguien te diga que te quiere?

—¿Que si lo necesito? ¡Oh, Dios, que si lo necesito! ¡Madre mía —exclamó arrancándose de su abrazo—, cómo voy a poder soportarlo, si sé que todo el que me vea va a pensar: «Ese es el que estaba loco, el que hacía reverencias ante los perros y los gatos»!

Le acometió un nuevo acceso de desesperación. Se echó al suelo y rompió a llorar con el rostro entre las manos.

—Es mejor que me vuelva loco otra vez. Los oigo gritarme, y veo mi imagen. Qué angustia, qué angustia, qué angustia...

Ingrid perdió entonces la paciencia.

—¡Vale, de acuerdo! —exclamó—. ¡Vuélvete loco de nuevo! Eres muy hombre por querer volverte loco para evitarte un poco de angustia.

Mordiéndose los labios, luchaba contra sus propias lágrimas, y, al verse incapaz de continuar hablando, lo tomó del brazo y lo sacudió.

Estaba exasperada, fuera de sí: él quería escaparse de nuevo, en lugar de quedarse y luchar.

—¿Qué te importo yo?, ¿qué te importa tu madre? ¡Venga, vuélvete loco y tendrás paz!

Lo sacudió de nuevo.

—Quieres librarte de la angustia, dices. ¡Pero por lo visto no quieres evitar la angustia a quienes te han estado esperando toda su vida! Si tuvieras corazón, si te preocuparas por los demás y no solo por ti mismo, podrías librar una batalla contra el mal que hay en ti y sanar por completo. Pero no tienes corazón, no te importa nadie. En sueños te apareces hermoso y conmovedor, imploras ayuda en mis visiones, pero en la realidad no te dejas

ayudar. Crees que tu sufrimiento es único en el mundo. Pero otros lo han pasado peor que tú.

Hede finalmente alzó la vista y la miró a la cara, fija y detenidamente. En ese momento no estaba muy guapa: las lágrimas le surcaban las mejillas y la boca le temblaba mientras luchaba por sacar las palabras entre sollozos.

Pero lo hermoso era verla en ese estado tan salvaje. Le invadió una extraña paz, al tiempo que experimentaba una gran y humilde gratitud. En su decadencia, había venido hasta él algo grande y bello: el amor, un gran amor. Mientras se quejaba de su miseria, el amor había llamado a su puerta. Si él volvía a la vida, no iban simplemente a tolerarle, no iban simplemente a dejar de reírse de él. Ante sí tenía a alguien que de verdad lo amaba, que anhelaba estar a su lado. Aunque estuviera reprendiéndole con dureza, oía cómo el amor temblaba en cada palabra. Le ofrecía un trono y un reino.

Ella le refirió cómo, estando loco, él le había salvado la vida. Él la había despertado del sueño de la muerte, él la había llevado y protegido. Pero eso a ella no le bastaba. Ella quería tenerle a él, todo su ser.

El beso que ella le había dado había caído como un dulce bálsamo en su alma enferma, pero no se había atrevido a creer que era el amor lo que la había impulsado a besarle. En cambio, su ira y sus lágrimas no daban lugar a dudas. Ella le amaba, a él, pobre hombre horrible; a él, pobre monstruo.

La inmensa dicha que embargó a Hede hizo que las tinieblas se disiparan por completo. Se descorrieron como una pesada y chirriante cortina, permitiéndole ver con claridad las terribles regiones por las que había transitado. Pero, al hacerlo, había también conocido a Ingrid, la había sacado del sepulcro, había tocado para ella en la cabaña del bosque, y ella se había esforzado por curarlo.

Pero no solo era el recuerdo de ella lo que regresaba. Al mismo tiempo, se despertaban los sentimientos que ella antes le había inspirado. La corriente del amor lo sacudió, y experimentó el mismo deseo ferviente que había sentido en la plaza de la iglesia de Råglanda, donde se la habían arrebatado.

En el reino del terror, en el vasto desierto, había crecido, sin embargo, una flor que le había consolado con su fragancia y beldad. Sentía cómo el amor perduraría en él. La salvaje flor del desierto había sido trasplantada al

jardín del Edén de la vida, donde enraizaba, crecía y prosperaba. Al sentir esto, supo que estaba salvado, supo que había doblegado las tinieblas.

Ingrid se había quedado callada. Se sentía tan exhausta como después de realizar un trabajo pesado, pero también estaba tranquila, por haberlo ejecutado de la mejor forma posible. Sabía que tenía la victoria en sus manos.

Hede finalmente rompió el silencio.

—Te prometo que no me rendiré —anunció.

—¡Gracias! —respondió ella.

No dijeron nada más.

Hede no se veía capaz de manifestarle cuánto la amaba. Era algo que no se podía expresar con palabras, algo que solo cabría demostrar día a día, a todas horas, durante la larga vida que tenían por delante.

La leyenda de Mårbacka

(postfacio de Elda García-Posada)

Cuando uno llega al pueblo de Sunne, en la provincia sueca de Värmland, se encuentra con que es tan pequeño que, al apearse en su modesta estación de tren, es imposible encontrar un taxi que lo lleve a uno a su destino. «Es que no merece la pena que haya una parada de taxis, esto es un pueblecito», informa la recepcionista cuando al fin se llega al hotel después de un buen rato andando; y no porque el camino sea largo, sino porque es fácil perderse por los vericuetos que discurren entre las casitas de cuento. «Pero mañana, cuando vayas a Mårbacka, podemos llamar a un taxi desde aquí. Porque querrás ir a Mårbacka, ¿no?».

Sí, efectivamente, la visita a Mårbacka es lo que conduce a la mayoría de los visitantes hasta Sunne. Pero para ello hay que pernoctar en el centro de la localidad, en alguno de los dos hoteles principales, el Selma Lagerlöf Hotel o el Selma Spa. Por todos lados, la misma frase de bienvenida: «*Välkommen till sagolika Sunne*». Bienvenidos al fabuloso Sunne. Fabuloso, es decir: de fábula.

Y en las afueras de este diminuto pueblo encantado, a unos dos kilómetros, se erige Mårbacka, casa natal de Selma Otilia Lovisa Lagerlöf.

La vieja Mårbacka

En su testamento, Selma Lagerlöf dejó estipulado que el lugar se conservara como casa-museo exactamente en el estado en que se encontraba en el momento de su muerte, que se produjo en 1940. Aunque así ha sido, este complejo de estilo neobarroco, integrado por una casa principal de fachada ambarina y techo de pizarra, un antiguo granero (sede de las exposiciones temporales que allí se exhiben), un amplio jardín, un estanque resguardado por abedules, y dos casitas rojas utilizadas ahora, respectivamente, como

café y como librería-tienda de souvenirs, poco tiene que ver con la casa en la que Selma Lagerlöf nació y se crio.

Cuando el 20 de noviembre de 1858 nace la cuarta hija del teniente Erik Gustaf Lagerlöf y de Louise Wallroth, Mårbacka es una pequeña y modesta finca con una casa de madera roja de un solo piso, situada en la parroquia de Östra Ämtervik, entonces independiente de Sunne. El apellido Lagerlöf se remontaba a épocas lejanas en la historia de Värmland, y estaba conectado con nombres de escritores como los de Tegnér, Geijer o Fröding, así como con un buen número de militares y eclesiásticos. «Sabíamos que éramos las ramas de un viejo árbol que había empezado a crecer mucho tiempo atrás». Desde pequeña, Selma oirá numerosos cuentos y leyendas sobre Värmland y sus habitantes, narradas por sus padres o por parientes y amigos que acuden al lugar, y que formarán la base de la desbordante imaginación que se desarrollará y plasmará en su obra. Una tía suya, que suele venir de la finca vecina a echar las cartas, vaticinará que la recién nacida se dedicará en el futuro a los libros, y lo que es aún peor, nunca se casará.

Ambas predicciones resultarán ser correctas. A los tres años de edad, la pequeña Selma despierta una mañana con medio cuerpo paralizado: una probable displasia de la cadera le impide caminar. Aunque la lesión irá desapareciendo por sí sola y ulteriormente recibirá tratamiento rehabilitador, contribuye al carácter reservado y tranquilo de la niña, que no participará en los juegos infantiles de sus hermanos y amigos y se convertirá, en cambio, en una precoz y ávida lectora. Con siete años decide dedicarse al oficio de la escritura, con diez ha leído la Biblia completa y con doce escribe un largo poema dedicado a Mårbacka. A la finca acuden maestros para enseñar a Selma y a sus hermanos, pues no hay escuela en Östra Ämtervik. Su infancia en la adorada casa solariega es interrumpida solo por dos estancias en Estocolmo, a los nueve y a los catorce años, para realizar tratamiento de rehabilitación.

Sin embargo, a Estocolmo regresará con veintitrés años para, en contra de la voluntad paterna, formarse como profesora. En la maleta lleva una rica herencia literaria: los cuentos y fábulas escuchados de niña y el recuerdo de sus tempranas lecturas. Ya se ha revelado como «torpe en la

cocina y peor en el bordado» y, además, es consciente de la necesidad de aprender una profesión. Corren tiempos difíciles. La salud de su padre empeora y la finca queda en un estado de total ruina financiera. Mientras estudia para forjarse un porvenir distinto al que como mujer le estaba reservado en su tiempo, se da cuenta —al igual que su álgter ego, el estudiante Gunnar Hede de *La leyenda de una casa solariega*— de lo mucho que ama aquel viejo lugar hechizado. Como Hede, ve ante sí todas sus estancias, y en especial el salón donde la familia solía sentarse junto a la bella estufa de cerámica para leer en voz alta a Runeberg y a Tegnér, o donde su abuela paterna, Lisa Maja Lagerlöf, relata las historias y leyendas de Värmland. Como Hede, ve ante sí todos sus árboles, robles, castaños y fresnos llorones que su padre había plantado. Y como Hede, sabe que no será feliz si se queda sin todas estas cosas. Pero ahora, recluida en sus libros, ve cómo se le escapan.

La recuperación de Mårbacka

Poco después de la muerte del teniente Lagerlöf en 1885, la familia se ve obligada a subastar Mårbacka a fin de pagar deudas. Selma se ha mudado ya para ejercer la enseñanza en Landskrona, donde permanecerá diez años, y donde se promete a sí misma volver a Värmland algún día y recomprar su casa natal. Pero ¿cómo puede hacer eso una mujer en la Suecia de finales del siglo XIX, alguien que aún no posee ni el derecho a voto, una humilde maestra de escuela, para más inri soltera? Haciendo lo que mejor sabe hacer y lo que más le gusta en el mundo. Al igual que le ocurre al estudiante Gunnar Hede, dos pasiones dominan la vida de Selma: el amor por su casa y el amor al arte (a la literatura en el caso de Selma). Pero ella hará pronto lo que no consigue el héroe de nuestra novela: conjugar ambas y reunir el dinero suficiente para salvar su casa ejerciendo su vocación. En 1891, con treinta y tres años de edad, publica *La saga de Gösta Berling* (*Gösta Berlings Saga*), tras haber ganado un concurso presentando sus cinco primeros capítulos al periódico *Idun*. Aunque la inicial acogida crítica es matizada, esta romántica historia llena de gusto y colorido locales —que hoy es uno de los grandes clásicos de la literatura sueca— no tardará en ser

recibida con entusiasmo por los lectores. A partir de ahí, su portentosa creatividad y su habilidad narrativa producirán, en el espacio de apenas diez años, obras como las colecciones de relatos *Lazos invisibles* (*Osynliga länkar*, 1894) y *Reinas en Kungahälla* (*Drottningar i Kungahälla*, 1899); o las novelas *Una aventura en Vineta* (*Ett äfventyr i Vineta*, 1895), *Los milagros del anticristo* (*Antikrists mirakler*, 1897), y, por supuesto, *La leyenda de una casa solariega* (*En herrgårdssägen*, 1899). Los éxitos se suceden. Es una etapa enormemente fructífera en lo literario y en lo personal. Traba importantes amistades con colegas interesadas en cuestiones literarias, sociales y feministas, entre ellas Sophie Elkan, con quien hará algunos de los largos viajes de este período (a Sicilia, Egipto y Tierra Santa). En 1895 abandona la docencia para dedicarse a escribir a tiempo completo, y dos años más tarde se traslada a Falun para estar más cerca de su hermana Gerda. Su primer éxito internacional, *Jerusalem*, sale a la luz entre 1901 y 1902 y la convierte en la autora sueca más leída del momento. No falta sino el espaldarazo definitivo: que el Consejo de Educación sueco le encargue un libro para enseñar a los escolares la geografía del país. *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia* (1906-1907) acabará siendo traducido a cerca de sesenta idiomas y leído por infinidad de niños dentro y fuera de las fronteras suecas. Es sin duda el libro sueco más conocido en todo el mundo.

Así, en 1907, Selma Lagerlöf puede recomprar Mårbacka y tres años después, cuando se ha convertido a la vez en el primer autor sueco y la primera mujer en recibir el Nobel de Literatura, invierte las 139 799 coronas del premio en adquirir también el bosque y los terrenos adyacentes. Ya antes había pensado en pedir un préstamo, pues contaba con recibir el premio: se barajaban otros nombres, como el de Strindberg o el de Von Heidenstam, pero ella era la indiscutible favorita, por el «altivo idealismo, la vívida imaginación y la percepción espiritual que caracterizan todas sus obras».

La nueva Mårbacka

A partir de entonces, emprende la reforma de la heredad. Encarga al célebre arquitecto Gustaf Clason diseñar la nueva Mårbacka de estilo neobarroco. Hace añadir un piso alto al edificio principal. Amplía el vasto jardín de árboles frutales, con el que iniciará una pequeña actividad comercial, no tanto para sacar beneficio económico, sino como entretenimiento. Convierte ya la casita que hoy es librería en una tienda y pequeña oficina de correos. Llena la propiedad de pavos reales. Y manda transformar el oscuro y ruinoso desván en una impresionante biblioteca llena de luz, con vistas al jardín y tapizada de libros: en ella escribirá obras como *El hogar de los Liljecrona* (*Liljecronas hem*, 1911) o la becqueriana *Carreta fantasma* (*Körkarlen*, 1912), además de las dos trilogías de sus postreros días. En los años 30, la finca llega a abarcar setenta hectáreas de campo y cincuenta de bosque.

De manera que Selma se convierte, sin abandonar su carrera literaria, en terrateniente. Pero es difícil vivir de la tierra en Värmland, y, ante nuevas dificultades económicas (escribirá reiteradas veces a su editor Bonnier preguntando si llega más dinero de sus libros), se hace también empresaria. Mårbacka empieza a comercializar su propia marca de avena y asimismo a vender gasolina (aunque hay quien dice que esto último es también para evitar a los turistas que intentan quedarse a dormir en casa de la premio Nobel alegando que se han quedado sin combustible). En Mårbacka llegan a trabajar hasta cincuenta empleados, para los que Selma constituye un rudimentario fondo de seguridad social. La preocupación de esta, no obstante, no se reduce a su finca: costeará la construcción de la carretera del municipio y será elegida miembro de su concejo. La reforma y mantenimiento de Mårbacka, su creciente actividad política no solo local sino también nacional y hasta internacional, y su nombramiento como miembro de la Academia Sueca en 1914 (es también la primera mujer en entrar en esa institución) ralentizarán un tanto su proceso creativo, que reanudará con ímpetu en la década de 1920 con las dos grandes trilogías: la trilogía Löwensköld (*El anillo de los Löwensköld*, 1925; *Charlotte Löwensköld*, 1925; y *Anna Svärd*, 1928), y los tres voluminosos tomos de sus memorias que constituyen la llamada trilogía autobiográfica de Mårbacka.

La leyenda de una casa solariega: Selma, Gunnar e Ingrid; Mårbacka y Munkhyttan

La leyenda de una casa solariega se publica, pues, cuando Mårbacka todavía no ha vuelto al patrimonio de la familia Lagerlöf: es, entre otras cosas, la expresión del sueño que más tarde hará realidad. Las tribulaciones de Gunnar Hede al principio de la novela son las de la propia Selma (la diferencia es que esta ya ha perdido Mårbacka), para quien el arte, la literatura, ejerce sin duda un efecto lenitivo, pero también le ofrece una vía práctica, que, al contrario que su protagonista, sabrá aprovechar. Como Hede, es consciente de que tiene en sus manos un gran poder, que con sus palabras puede ganar dinero, gloria, fama. Intuye también la necesidad de llegar a un equilibrio entre el deber y la vocación. Y observa las fuerzas contrapuestas y complementarias que en ella, como en todo ser humano, conviven: el principio masculino y femenino, Apolo y Dionisos, así como la aspiración de estas a la unidad y a la simbiosis que lograrán Gunnar Hede e Ingrid Berg al final del relato. Gunnar e Ingrid son el doble andrógino de la autora, ser dual que busca la fusión en uno para poder vivir una existencia plena.

La leyenda de una casa solariega es uno de los libros de Selma Lagerlöf donde más se pone de manifiesto la imbricación entre su vida y su obra. Varias pistas sobre las analogías entre una y otra se encuentran en el tercer libro de su autobiografía, donde la ya septuagenaria autora recuerda su estancia en Estocolmo a los catorce años: el *Diario de Selma Lovisa Ottilia Lagerlöf* (1932). En él se cuenta el encuentro con un estudiante en el viaje de ida en tren. Es, como Hede, un mozo alto y guapo, de aspecto distinguido, que hace a la tímida Selma olvidar su fama de chica sosa e introvertida. Una animada conversación surge entre ambos y Selma descubre que ella también puede ser interesante. Durante su estancia en la capital hace nuevas amistades y se encuentra a sí misma; mientras tanto, el estudiante reaparece constantemente en su recuerdo y se convierte en el elemento central de su rica vida interior. Como Ingrid Berg, Selma es una muchacha apacible, que ha desarrollado una irresistible inclinación a los sueños y a las fantasías. Como Ingrid Berg, se siente acomplejada por su

torpeza física: su cojera, en el caso de Selma. Como Ingrid Berg, no pasa un solo día sin pensar en su estudiante ni una sola noche sin soñar con él, y anhela fervientemente volver a verlo. El estudiante, equivalente masculino de la musa del poeta, arquetipo apolíneo del Varón, se ha convertido en su consuelo ante la inquietante situación que la amenaza: la enfermedad del padre y la venta de Mårbacka. Convencida incluso de que el estudiante es el hijo secreto del príncipe Gustav, lo convierte en héroe de sus primeros esbozos de novelas y llegará mucho más tarde a ser el modelo del Gunnar Hede de *La leyenda de una casa solariega*.

Sin embargo, un posterior reencuentro con el estudiante le muestra a Selma la cruda realidad: adelgazado y encorvado, abatido por un compromiso roto, no es ningún príncipe azul. Selma, a diferencia de Ingrid Berg, se halla todavía en un estadio de ensueño, no ha aprendido aún que el estudiante también puede ser el Chivo, no ha aceptado el lado dionisiaco y animal del principio masculino, del amor, del deseo. Danzando aún al compás de un vals —el de *El cazador furtivo* que Ingrid pide a Gunnar al principio de la narración—, no es capaz de bailar la endiablada y báquica melodía del fauno de los torrentes, que vuelve loco a todo el mundo cuando se toca en una fiesta campestre. La Bella no se ha rendido a la Bestia. Si para Ingrid será el amor el puente entre Apolo y Dionisio, para la joven Selma lo será la creación: olvidará al estudiante como referente real y, liberada de los grilletes del enamoramiento, se dedicará plenamente a la escritura.

Pero Selma sabe que «aquel a quien nadie ama no tiene derecho a vivir». El amor para Selma, no obstante, discurrirá por otros derroteros. Amor filial, en primer lugar, que, tras la muerte del padre, se plasma en el amor a sus hermanos y a sus tías: con su tía Lovisa, otra gran soltera de la estirpe Lagerlöf, vivirá sucesivamente en Landskrona, Falun y Mårbacka. Amor, por otro lado, a sus congéneres, como muestra su labor social y su actividad política, incluida su valiente y abierta oposición al pujante nazismo y a sus persecuciones, su lucha en favor de los derechos de la mujer, y la donación de sus medallas de académica y de premio Nobel para la causa finesa frente a los rusos, en 1939 (posteriormente fueron recompradas gracias a una colecta popular). Y amor a contracorriente, hacia dos mujeres

que fueron claves en su vida. Por un lado, su ya mencionada compañera de viajes Sophie Elkan, cuya biografía dejó inconclusa y a la cual escribió el conjunto de cartas publicadas bajo el título *Tú me enseñas a ser libre*. Pero, por otro lado, otra serie de encendida correspondencia apunta, como quizá aún más estrecho, al vínculo que tuvo con Valborg Olander, la profesora y sufragista a la que sin pudor describirá como «la perfecta esposa de un escritor». «Pronto trabajaremos juntas y nos amaremos, nos amaremos ardientemente. Qué agradable es imaginarlo», escribe Selma a Valborg en 1909. Sin embargo, por alguna razón, Valborg Olander no llegó a vivir nunca en Mårbacka.

El amor de la «Bestia»

El amor es la fuerza motora del principio femenino, del *anima* contrapuesta al *animus*, que en *La leyenda de una casa solariega* se encarna en la figura de Ingrid Berg. Su rito iniciático, su metamorfosis, pasa por ser rescatada de la muerte cual Eurídice, por un Orfeo que, habiendo descendido a los infiernos de la locura, conserva ciertas facultades mágicas con su música, por un chivo o sátiro dionisiaco que retiene aún parte de su natural apolíneo. Ella, desde el pozo de desesperación en que ha caído, pide ayuda para ser sacada de la tumba, para volver a la vida, al igual que la pequeña Selma pidió ayuda a su niñera de Mårbacka para sacarla de la enfermedad que la paralizaba, como el letargo a Ingrid. Cuando después comprenda que su salvador, el Chivo, es la misma persona que el idolatrado estudiante, comienza su transformación en mujer activa, en heroína, en salvadora: un Orfeo femenino que, asimismo, bajará a los infiernos y devolverá a la vida a Gunnar Hede, una vez aceptado su lado animal y salvaje, una vez que se ha producido su confrontación con esa reina del Hades que es la Señora de la Pena con su cohorte de murciélagos. Su instrumento de salvación es el amor, pero también, y de modo más inmediato, nuevamente la música, el arte, prefigurando una unión entre ambos que se hace patente en el matrimonio Blomgren de la novela, modelo de creatividad y de fructífera asociación, como significativamente revela el propio nombre (Blomgren en sueco viene a significar: «rama florida»).

La casa mater

El *Diario de Selma Ottilia Lovisa Lagerlöf* acaba con la visita a Estocolmo de la tía Lovisa, que viene a ver a Selma desde Mårbacka. Al verla, Selma comprende que ella es también hija de Mårbacka, paraíso perdido y reencontrado: «Tenía las mejillas tan suaves, los ojos tan amables, las manos tan menudas... No podía proceder de ningún otro lugar en el mundo. En ella se veía que era de Mårbacka». Como Mårbacka, la Munkhyttan de *La leyenda de una casa solariega* es el castillo encantado, el arquetipo de la Madre Tierra, del seno materno, del templo al que se entra en los ritos de iniciación, a modo de descenso a las tinieblas antes del renacimiento. La casa materna es el lugar donde se inicia la curación, la vuelta a la vida de Gunnar Hede, y el escenario de la maduración emocional de Ingrid, como lo fue para Selma. No es la primera ni la última vez que Mårbacka aparece transfigurada literariamente: ya fue el modelo de la Lövdala de *La saga de Gösta Berling*, como lo será de *El hogar de los Liljecrona* o de la pequeña mansión campestre que aparece en *Nils Holgersson*. Mårbacka es para Selma fuente inagotable de inspiración, referente constante en su vida y en su obra. La lucha de Hede por salvar Munkhyttan es la lucha de Selma por recuperar Mårbacka: recuperación que se produce, antes que en vida, en sus propios escritos, donde Selma plasma el ideal, el sitio de ensueño que algún día pretende reconstruir en su vieja finca. Si Hede ritualmente sacrifica — como, nunca mejor dicho, «chivo» expiatorio— su talento artístico para salvar Munkhyttan, Selma lo pone al servicio de su objetivo de recomprar la heredad, aunando sus dos grandes impulsos vitales: el deseo de ser escritora y el anhelo de vivir en Mårbacka. Si a Hede «esa grande y vieja casa solariega, expuesta a los vientos, dotada de unas pocas hectáreas de campo y bosques y de algunos manzanos silvestres, no lo hubiera esclavizado, seguramente habría continuado sus estudios, o aún mejor, habría profundizado en el arte de la música, que parecía ser su auténtica vocación». Si a Selma no la hubiera esclavizado Mårbacka, quizá nunca habría iniciado sus estudios ni desarrollado su vocación de escritora. «Vaya mente curiosa tengo —escribe a Sophie Elkan—, no es por el dinero, ni por la gloria, ni por el deber por lo que trabajo, sino por esa vieja y miserable

finca». Y ello a pesar de que a veces le suponga una travesía del desierto, similar a la de Hede por el desolado paraje boscoso llevando el rebaño de las doscientas cabras que perecen en el camino: metáfora de un nuevo sacrificio en el proceso de maduración, pero también alegoría de los durísimos esfuerzos de la autora con su obra anterior, *Los milagros del anticristo*, con la que, como Hede, pretende alcanzar un mercado más amplio para llegar a la independencia económica con su oficio.

La leyenda de una casa solariega conforma un gran relato sobre la lucha entre el bien y el mal, entre la locura y el arte, entre lo apolíneo y lo dionisiaco; es una recreación del mito de la Bella y la Bestia con resonancias órficas que plantea como tema principal la fuerza curativa y redentora tanto del arte como del amor. Todo a través de una historia de desarrollo espiritual, de la batalla por alcanzar la madurez y por hacer realidad los sueños. El gran reto de dominar y encauzar las fuerzas interiores, de llegar a la unidad y armonía para poder vivir una existencia creativa, es afrontado por Gunnar Hede e Ingrid Berg como lo fue por Selma, que lo resolvió a través de su obra, primero, y en su vida, más tarde.

De Mårbacka al mundo entero

Selma Lagerlöf muere en Mårbacka el 16 de marzo de 1940, a los 81 años de edad. Tras de sí deja una obra que, en casi cuarenta tomos, abarca novelas, cuentos, escritos biográficos y autobiográficos, artículos, literatura epistolar (se conservan cerca de 42 000 cartas, entre las que escribió y recibió), y algún discurso político, como el magnífico *Hogar y Estado* (*Hem och Stat*, 1911), donde defiende el sufragio femenino. Su muerte pone fin no solo a esta prolífica actividad literaria, sino también a una vida intensa y apasionada, que supo conjugar las facetas de escritora, propietaria, empresaria, activista política y amante. Una existencia en la que Selma escogió siempre su propio camino.

Como Strindberg o Söderberg, Selma Lagerlöf es uno de los grandes autores de la literatura sueca, la más representativa de los llamados autores de los años noventa del siglo XIX («nittitalisterna»), los que con su inclinación neorromántica reaccionaron contra el realismo y el naturalismo

de los escritores de la década anterior. Pero, a diferencia de estos, Selma es también una escritora de renombre mundial. La «reina de las letras suecas», como se dijo en el discurso de su entrada en la Academia, «la sueca más famosa en el mundo desde Santa Brígida», cuyo nombre incluso ha sido puesto a uno de los cráteres del planeta Venus, continúa siendo la mejor embajadora de su país. «Si algo he conseguido en esta vida es al menos atraer el turismo a Värmland», dijo ella misma en una ocasión. Pero más allá de ello, ¿cuántos habremos sido los que nos enteramos por primera vez de que existía un lugar llamado Suecia cuando de niños leímos *Nils Holgersson*?

Desde que Mårbacka se abrió al público en 1942, esta mansión campestre situada en un paraje perdido ha recibido más de cuatro millones de visitantes. El premio Nobel de Literatura Kenzaburó Oé declaró, al recoger el premio, que ese era el lugar que más ansiaba visitar de toda Suecia. Setenta años después de la muerte de su dueña, Mårbacka, origen y escenario de fábulas y cuentos, se ha convertido ella misma en leyenda.

ELDA GARCÍA-POSADA
Madrid, 28 de octubre de 2011